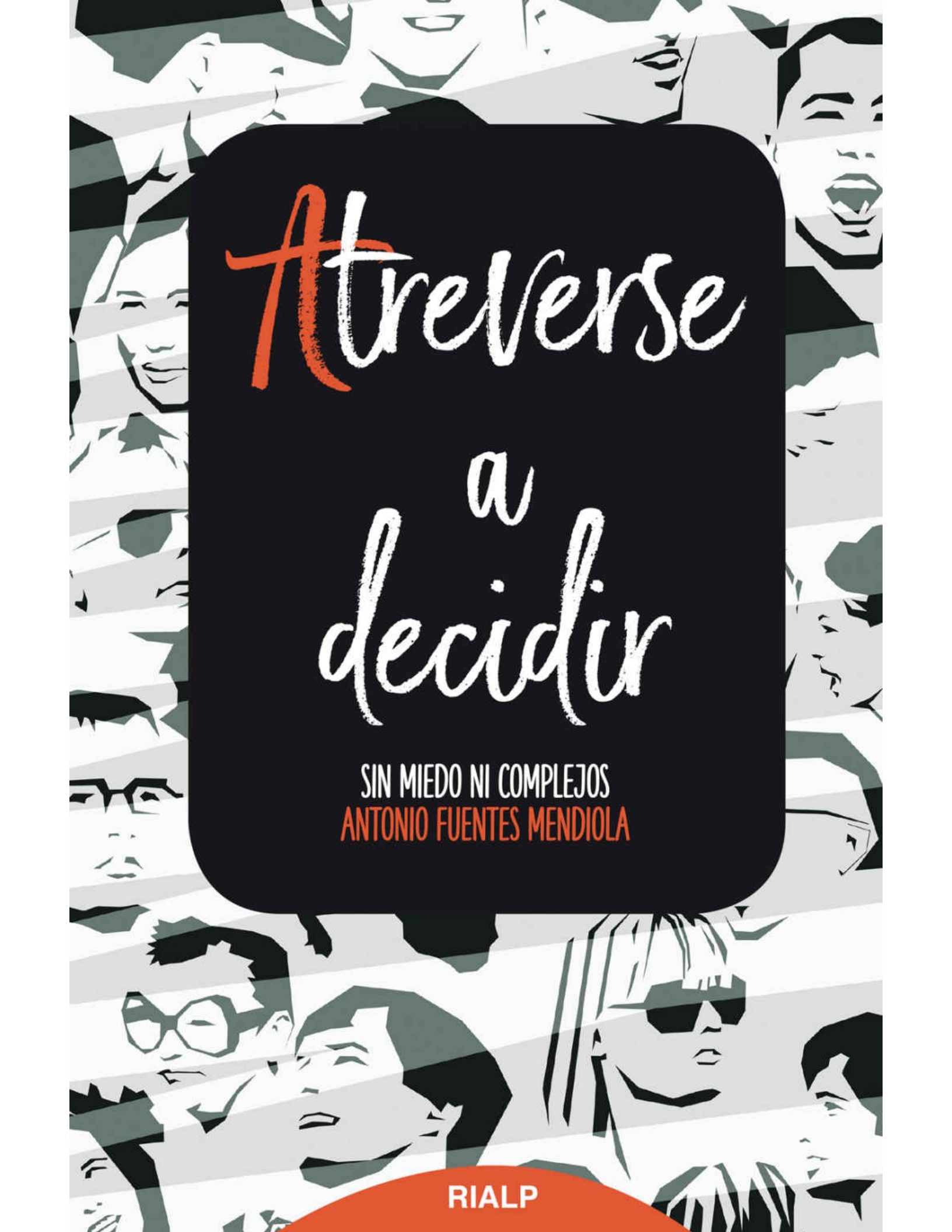


The background of the entire cover is a collage of stylized, high-contrast faces in various shades of gray and black. The faces are fragmented and layered, creating a sense of a diverse crowd or a complex social environment. The central text is contained within a dark, rounded rectangular frame.

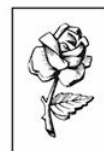
Atreverse a decidir

SIN MIEDO NI COMPLEJOS
ANTONIO FUENTES MENDIOLA

RIALP

Atreverse a decidir

SIN MIEDO NI COMPLEJOS
ANTONIO FUENTES MENDIOLA



Un deseo no cambia nada,
una decisión lo cambia todo.

H. Jackson Brown

© 2018 by ANTONIO FUENTES MENDIOLA
© 2018 by EDICIONES RIALP, S. A.,
Colombia, 63. 28016 Madrid
(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-5041-8

ISBN (versión digital): 978-84-321-5042-5

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CITA

CRÉDITOS

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. VENCER EL MIEDO

1. MIEDO A DECIDIR
2. MIEDO AL COMPROMISO
3. MIEDO AL RIESGO
4. MIEDO AL FRACASO
5. MIEDO AL FUTURO

SEGUNDA PARTE. ARMARSE DE VALOR

1. CON LA FUERZA DE LA VIRTUD
2. DE LA MANO DE LA PRUDENCIA
3. PASOS PARA DECIDIR BIEN
4. CONTAR CON LA EXPERIENCIA
5. PEDIR CONSEJO
6. LIBERTAD PARA DECIDIR

TERCERA PARTE. DECIDIR CON SENSATEZ

1. ACTUAR EN CONCIENCIA
2. FIDELIDAD A LOS COMPROMISOS
3. CRECERSE EN LA DIFICULTAD
4. RECTIFICAR ES DE SABIOS
5. UN FUTURO DE ESPERANZA

AUTOR

PRÓLOGO

SIEMPRE ME HA LLAMADO LA ATENCIÓN la dificultad que experimentan algunos a la hora de decidir. Dudan, titubean, sopesan los pros y los contras, y tras mucho cavilar acaban abandonando o dejando para otra ocasión decisiones como contraer matrimonio, preparar una oposición o responder a la vocación.

Es verdad que todos deseamos ser felices, pero son pocos los que están dispuestos a pagar el peaje de una decisión libre y responsable. El temor a decidir afecta tanto a jóvenes como a mayores, a gente sesuda y experimentada como a quienes están estrenando la vida. Pocos han sido educados para enfrentarse a decisiones sensatas y atrevidas, y menos aún para conjugar los dos elementos esenciales en toda decisión: la libertad y la responsabilidad. Decidir bien supone reflexionar sobre lo que se va a hacer, saber lo que se quiere y discernir las cosas previamente. Por olvidarlo, algunos terminan arrepintiéndose de las decisiones que alegremente tomaron.

Da gusto ver en cambio a esas personas que, a pesar de sus pocos años, actúan y deciden con el poso y la madurez de los mayores. Juega en esto un papel importante el ejemplo y la educación que recibieron de sus padres. De ellos aprendieron a pensar, a ser reflexivos, a contar con las experiencias. Por esto, al decidir, lo hacen de acuerdo con sus convicciones y su propia conciencia.

En el ambiente de hoy se percibe una cierta desorientación y desconfianza. De ahí que todos esperemos que emerja una generación de gente joven bien formada, honesta y valiente, decidida a convertirse en auténticos puntos de luz por su sinceridad y transparencia. Cada persona es fruto de las decisiones que toma, aunque, como es natural, deba vencer el miedo al riesgo que toda decisión conlleva, y también el lógico temor al compromiso o a un posible fracaso. El éxito no depende de los talentos que se tengan ni de los títulos que se hayan obtenido. Es, ante todo, fruto del esfuerzo personal, del afán de superación y de atreverse a decidir en el momento oportuno.

El miedo, queramos o no, es nuestro compañero inseparable de viaje. Más que temerlo, se ha de asumir. Pues, aunque parezca paradójico, miedo y valentía van de ordinario de la mano. Nos lo recuerda uno de los personajes más famosos de Sudáfrica del siglo pasado: Nelson Mandela. Sufrió en su propia carne todo tipo de escarnios, persecuciones y desprecios, hasta terminar dando

con sus huesos en la cárcel a consecuencia del color de su piel y de su lucha por la libertad y dignidad de las personas. Eran los tiempos del apartheid. Tras largos años de injusto e insufrible castigo, comprendió que «el hombre valiente no es el que no siente miedo, sino aquel que conquista ese miedo», de su libro Camino hacia la libertad. El miedo y la valentía marcaron la vida de este hombre tan singular. Pero no fue en balde. Sirvió para que años más tarde se reconociera su incansable labor en favor de la libertad y de la justicia.

Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Pero también hoy se nos pide a nosotros que vencamos el miedo y nos armemos de valentía a la hora de tomar una decisión. No es ya el apartheid el enemigo al que hemos de enfrentarnos, pero sí lo es la mediocridad y el conformismo. Los venceremos a condición de que luchemos con valentía, sin miedo ni complejos.

De todo ello hablaremos en este libro. Son sugerencias basadas en experiencias personales, que solo pretenden ayudar a quienes sienten miedo a la hora de tomar sus decisiones. Aunque el libro lo he escrito pensando en cualquier tipo de personas, he tenido especialmente presente a los jóvenes, y también a aquellos que, a pesar de sus años, tienen un corazón joven, abierto a grandes aventuras.

ANTONIO FUENTES
Molinoviejo, 16 julio 2018

PRIMERA PARTE
VENCER EL MIEDO

CUANDO HABLAMOS ACERCA DEL MIEDO, como es lógico, nos referimos a un miedo real, no imaginario; miedos que, en ocasiones, pueden acobardar e incluso impedir la toma de decisiones. Son miedos que, por su intensidad, pueden llegar a bloquear la mente y paralizar la voluntad. En esas condiciones es difícil decidir, pues falta la paz y la serenidad necesarias para ver con claridad lo que más nos conviene.

Las causas de estos miedos son muy variadas. Desde el miedo provocado por la inseguridad, por la incertidumbre del futuro, al temor que produce el riesgo o la simple posibilidad de fracasar. Cada cual siente el miedo a su manera, según las circunstancias. De ahí la dificultad de dar unas reglas generales para vencerlo.

Hace ya muchos siglos que Sócrates, gran filósofo griego, afirmaba que el hombre es un mundo en sí mismo, una especie de microcosmos cuyo trasfondo resulta muy difícil de conocer por su gran complejidad. Por eso, si se tiene en cuenta lo variadas y distintas que son las personas, será difícil hacer un diagnóstico preciso de la causa de estos miedos y de los medios que han de ponerse para vencerlos.

Existen otros miedos causados por el ambiente en que se vive, por la tensión económica o las turbulencias políticas del momento. Sin olvidar aquellos otros que proceden del temor a perder el estándar de vida del que se disfruta, o la comodidad o el confort que lo acompañan. En tales situaciones no puede extrañar que haya quienes rehúyan el compromiso o sientan un temor espantoso a asumir un riesgo. La consecuencia es que se resistan y no se atrevan a decidir, prefiriendo permanecer pasivos sin saber qué hacer ni qué camino tomar.

El miedo es algo instintivo. Por mucho que se luche por vencerlo no se logra eliminar del todo. Hemos de acostumbrarnos a convivir con él, aunque poniendo los medios para sacarle partido. Lo cual implica, como es natural, armarse de paciencia, fortaleza y valentía, para evitar que nos domine.

Es preciso persuadirse de que el miedo se puede vencer, aunque no se pueda eliminar del todo, siempre que se tenga una voluntad fuerte y decidida, junto a unas ideas claras y unas convicciones profundas.

1. MIEDO A DECIDIR

ES ESTE EL PRIMER MIEDO que se ha de vencer cuando se trata de tomar una decisión. ¿Qué es decidir? Formar un juicio verdadero tras un oportuno discernimiento, en especial sobre aquellas cosas que se presentan como dudosas o no se acaban de ver claras. Como es obvio, el arco de las decisiones es amplísimo, tanto cuando se trata de resolver problemas personales como colectivos.

No obstante, por prudencia, han de tenerse presentes unos puntos generales antes de enfrentarse a la decisión propiamente dicha. El fin no es otro que despejar dudas y asegurar en lo posible que se decide con acierto. Entre otras, cabe hacerse unas preguntas que sirvan de orientación:

- ¿Qué deseo hacer exactamente?
- ¿He pensado bien lo que debo decidir?
- ¿Qué posibilidades tengo de acertar?
- ¿Cuento con los medios suficientes?
- ¿He previsto las posibles dificultades?
- ¿Tendré fuerzas para asumir mis compromisos?

Son preguntas sencillas que pueden ayudar a decidir y paliar en lo posible el miedo que se puede sentir cuando la decisión entraña un cierto riesgo. Es preciso recordar que el miedo no desaparecerá del todo por mucha experiencia que se tenga o por largo que sea el tiempo dedicado a la reflexión de lo que se quiere hacer. De otra parte, aunque se consigan los medios suficientes no se puede estar seguro del resultado de la decisión, quedando en el aire por tanto su posible éxito o fracaso.

Decidir bien es todo un arte, que hay que aprender. Requiere estudio y reflexión, valentía y sensatez, mente clara y voluntad despierta, porque solo así se podrá juzgar y elegir lo mejor. A esto se ha añadir la rectitud de intención que se debe tener para que la decisión redunde no solo en beneficio propio, sino también en el de otros muchos. A esto se refería el apóstol Pablo cuando aconsejaba a los primeros cristianos de Corinto: «Que nadie busque su propio interés, sino el de los demás» (1 Cor 10, 24).

EL ACTO DE DECIDIR

Tanto la decisión como la elección previa de los medios que se han de emplear, son actos racionales, propios y exclusivos del hombre. Ningún animal, por desarrollado que sea, tiene capacidad para elegir y decidir su destino, pues carece de inteligencia y voluntad. Como por otra parte el acto de decidir está relacionado directamente con la conciencia, la decisión libremente tomada se convierte por esta razón en signo de autodominio, en el que se interrelacionan libertad y responsabilidad, actitudes propias de la persona prudente.

Por tener el hombre capacidad para elegir y decidir por sí mismo, puede distinguir el bien del mal, la virtud del vicio. Y lo que es más importante: puede dirigirse a su fin último de modo enteramente libre, por un acto de su voluntad. La decisión es por este motivo un proceso racional, al final del cual se está en condiciones de elegir y querer lo que se considera justo y de rechazar lo que se advierte como perjudicial. Tal elección es fruto de un conjunto de conocimientos, sensaciones y experiencias que, debidamente combinados, permiten tomar la decisión que se juzga más recta y justa.

Todos los días, en la televisión, en la prensa o en la radio, nos enteramos de decisiones de personas famosas, ya sean artistas, futbolistas, intelectuales o políticos. Han tenido que reflexionar y sopesar previamente distintas opciones, decidiendo al final de modo enteramente libre lo que consideraban mejor y más provechoso para sus intereses. Y porque cada una de estas personas es libre para decidir, lo es también —o debería serlo— para responsabilizarse de la decisión que ha tomado.

No obstante, puede ocurrir que, aun siendo conscientes de la importancia de tomar una determinada decisión, por miedo a sus consecuencias se aplace. Es el caso del típico futbolista del que se rumoreaba que ficharía por un determinado equipo y al final opta por quedarse en el que estaba. ¿Por miedo, por desconfianza? Tal vez por ambas cosas, sin descartar una razón sentimental. Solo a él le compete decidir, aunque se equivoque. Lo malo es cuando por miedo se perpetúa la decisión y probablemente no se tome nunca.

DOS EXTREMOS QUE DEBEN EVITARSE

A la hora de decidir se han de evitar dos extremos igualmente peligrosos: la temeridad y la cobardía. Temeraria se dice que es la persona que, de modo imprudente, se lanza a asumir riesgos por encima de sus fuerzas sin calibrar el peligro real que corre. Por lo general, puede deberse a su carácter atolondrado

o a su chulería. De la temeridad procede la presunción, la insensatez y la prepotencia. No puede extrañar, por tanto, que la persona temeraria se enrabie, proteste y se llene de ira cuando las cosas no le salen como esperaba, cuando contempla con pavor que sus planes se han quedado en puro espejismo, en ilusión vana. El temerario es un ser que vive apartado de la realidad, busca ante todo su propio bien, el aplauso y la consideración de los demás.

En el extremo opuesto está la cobardía. Cobarde es la persona timorata, la que no se atreve a decidir, bien por pusilanimidad o por estrechez de miras. De ahí que se deje dominar por el miedo, que le aterre el riesgo y todo cuanto pueda suponer compromiso. No se siente preparada para asumir responsabilidades, y menos aún para enfrentarse a un futuro incierto. El cobarde desconfía, duda de todo, hasta de sus propias capacidades. Prefiere atrincherarse en el pasado, pactando con actitudes acomodaticias y poco o nada exigentes. De ahí el miedo soberano que siente a decidir; prefiere mantenerse al margen de todo, y su apocamiento le lleva a refugiarse en una visión anodina y chata de la vida.

La conclusión, para un hombre de fe, es clara: ni temeridad por insensatez, ni cobardía por falta de valentía. Se ha de decidir lo que convenga venciendo el miedo, aunque para ello sea preciso emplear dosis grandes de fortaleza, de valentía y audacia. Solo la persona prudente, valiente y equilibrada está en condiciones de vencer el miedo a la hora de decidir, y seguramente lo hará sin llamar la atención, sin alborotos ni estridencias.

DETERMINACIÓN

En este punto entran en juego, junto con la fortaleza y la valentía, la cordura y la determinación, para ser dueño de uno mismo, para robustecer la voluntad y superar los miedos y complejos que se puedan presentar. Viene bien aquí recordar aquella «determinada determinación» de la que hablaba santa Teresa de Jesús, imprescindible para atreverse a alcanzar la meta más alta de todas: la santidad. Y lo dice ella después de diecisiete años de sequedad en su oración, por tener la imaginación revuelta y costarle controlar sus sentidos.

Todo eso cambió tras su experiencia ante la figura de un Cristo llagado, flagelado y coronado de espinas que dejaron en el oratorio donde se encontraba los hombres de un pueblo vecino. Así lo cuenta en el Libro de la Vida (9, 1). Lloró ante él al ver lo mucho que el Señor había hecho por ella, y que ella hasta entonces no había hecho nada por él. Y no era una mujer sentimental. De ahí que se atreviera a tomar de inmediato la determinación de cambiar, de

convertirse a su Señor.

Lo expresa con estas palabras:

«Digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella (la santidad), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabajase lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» (Camino de perfección, 21,2).

Se refiere aquí santa Teresa al atrevimiento y grandeza de alma que se ha de tener para alcanzar la santidad, no en general, sino la que cada cristiano está llamado a buscar por el hecho de haber sido bautizado. Santidad que se identifica con el anhelo más íntimo del alma: el deseo de felicidad. Es eso precisamente lo que Dios quiere y espera de cada uno: para eso nos ha creado, nos ha puesto en la existencia y nos ha llamado a participar de su infinita felicidad. Y como sabe bien que solos no podríamos, nos da su gracia y se sirve de personas y circunstancias concretas para abrirnos los ojos y los oídos, de modo que podamos verle y escucharle. Esta es la vocación, la llamada que Dios hace a cada uno en el silencio de su corazón, por medio de la oración en la que entra en sintonía con el Señor.

Refiriéndose a la vocación, un hombre de gran experiencia en asuntos del alma, como era san Josemaría Escrivá, la describe con estas breves y sencillas pinceladas:

«La vocación enciende una luz que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia. Es convencerse, con el resplandor de la fe, del porqué de nuestra realidad terrena. Nuestra vida, la presente, la pasada y la que vendrá, cobra un relieve nuevo, una profundidad que antes no sospechábamos. Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos adónde quiere conducirnos el Señor, y nos sentimos como arrollados por ese encargo que se nos confía» (Es Cristo que pasa, n. 45).

También nosotros podemos descubrir la voluntad divina si somos generosos y escuchamos con atención lo que Él nos dice. Aunque, como es lógico, para ello sea imprescindible vencer el egoísmo, la comodidad o la blandenguería. ¿De qué modo? Forjando la propia voluntad, de modo que se esté en condiciones de tomar, siguiendo la gracia de Dios, la determinada determinación de hacer lo que Dios nos pide, aunque en un primer momento no lo sintamos, aunque la

voluntad se resista o los sentimientos no nos acompañen. Ante la llamada, Dios solo pide que respondamos con fortaleza, firmeza de espíritu y prontitud de voluntad. Así lo han hecho todas las personas santas. Nos lo recuerda la siguiente reflexión:

«Voluntad. —Energía. —Ejemplo. —Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...

Sin esto, ni Cisneros hubiera sido Cisneros; ni Teresa de Ahumada Santa Teresa...; ni Íñigo de Loyola, San Ignacio... [...]» (Camino, n. 11).

Una meta alta, pero al alcance de todos. No hace falta ser ni un atleta, ni un genio, ni un superhombre, ni una supermujer; lo único que se requiere es tener deseos de amar a Dios, buena voluntad y un mínimo de sensatez y valentía.

CONVERSACIONES SUGERENTES

En general, salvo que se sufra alguna deficiencia psíquica o mental, la gente actúa y se sacrifica buscando ser feliz. Quizá pocos se lo planteen de modo explícito, pero en el fondo de su corazón late ese deseo. Lo observamos en conversaciones esporádicas en el autobús o en el metro, en el supermercado o en la peluquería. Amigos o simples conocidos hablan con la mayor naturalidad de cosas íntimas, y lo hacen sin complejos, sin respetos humanos. Necesitan manifestar sus problemas, exponer sus dudas, resolver sus temores, y aprovechan para ello la más pequeña oportunidad. La mayoría de las veces sin otro horizonte que el de vivir sin complicaciones, aunque a veces trasciendan una simple visión humana. Sirvan de muestra estos comentarios entre amigos:

—Hace unos días me ofrecieron un trabajo. Me pareció interesante, estaba bien remunerado y cerca de donde vivo. Pero, a pesar de eso, sentía miedo, no me atrevía a dejar el que tengo. Después de pensarlo bien, decidí seguir en el mismo. Gano menos, pero me siento más a gusto y seguro.

—Como sabes, desde hace tiempo sufro brotes de asma; el año pasado se agravaron y me obligaron a guardar cama una larga temporada. El médico me aconsejó que cambiara de clima, que me fuera a otra ciudad. Al principio me dio miedo, me costaba decidirme; al final, gracias a la ayuda de mi marido, decidí hacer caso al médico. Me sentí otra en cuanto pude respirar aire limpio, incontaminado, como era el de la sierra donde encontré un apartamento. Aunque como te digo me costó mucho decidirme, ahora me alegro de haber vencido el miedo.

—Conocía el riesgo que corría, sentía miedo; pero, después de consultarlo con mi mujer, decidí pedir un crédito al banco para ampliar mi negocio. Me ha obligado a trabajar duro, pero ahora soy feliz: han aumentado las ventas y los clientes se sienten mejor atendidos. Si Dios quiere, en poco tiempo podré amortizar el crédito. Bendito el día en que me decidí.

—Estaba contento con mi trabajo, tenía un buen sueldo, aún vivía con mis padres. Sin embargo, notaba que algo me faltaba, no me sentía feliz. Un día me encontré con un viejo amigo del colegio. Entramos en una cafetería. Me contó lo contento que estaba desde hacía tiempo por haber descubierto a Jesucristo leyendo el

Evangelio. Me dejó sorprendido. Pero debo reconocer que las palabras de mi amigo y la sencillez y naturalidad con que las decía, me impactaron. Intenté imitarlo, aunque me daba un poco de miedo. Comencé también yo a leer el Evangelio; me ha servido para conocer más de cerca a Jesucristo. Un día, sin saber cómo, me planteé la posibilidad de ser sacerdote. Recé y pedí consejo a un sacerdote amigo. Gracias a Dios, pude solucionar los problemas que se me presentaban. Al final, plenamente convencido, decidí entrar en el seminario. Con la ayuda de Dios pude vencer el miedo. Ahora me siento feliz.

Son, todas ellas, decisiones enteramente personales, sensatas y atrevidas. Después de sopesar los pros y los contras, y tras vencer miedos y temores, estas personas decidieron lo mejor para ellas. Y lo hicieron, además, convencidas de lo que hacían, con entera libertad. También ellos, de alguna manera, tomaron la “determinada determinación” de hacer lo que, en conciencia, pensaban que era lo mejor, lo más oportuno.

EDUCAR LA VOLUNTAD

Bien distintas son las personas que, por miedo o falta de convicción, en el fondo por no tener educada su voluntad, no se atreven a decidir. Nadie se lo enseñó. Es este un asunto que debe aprenderse desde pequeños. No para crear seres voluntaristas, sino para hacer en cada caso lo que se debe, con el deseo de cumplir la voluntad de Dios.

Como es natural, en este aprendizaje tienen un papel principal los padres. Son ellos quienes deben educar a sus hijos en virtudes y valores, de manera especial en las virtudes de la prudencia y la fortaleza, de modo que sus hijos desarrollen una voluntad recia y una actitud perseverante. Para esto, los padres han de saber que la mejor educación no es la de imponer sino la de proponer. Dejando

así un margen de libertad para que los chicos no se sientan cohibidos, y menos coaccionados. Bueno será hacerles ver en este sentido la conveniencia de sujetarse a un horario flexible que les permita acostarse y levantarse a una hora prudente, a no perder el tiempo enganchados a las redes sociales. Deben ser responsables de sus actos y acostumbrarse a moderar sus caprichos, apetencias o comodidades. Forjarán así una voluntad recia, de paso que aprenderán a hacerlo todo con rectitud de intención.

Con el paso de los años, las decisiones que tomen serán lógicamente distintas. Aun así, en la adolescencia tendrán que seguir educando su voluntad, para evitar quedar atrapados por los reclamos del ambiente. Y al acabar sus estudios, como es natural, tendrán que decidir dónde trabajar, si se casan o no, si responden a una llamada de Dios al sacerdocio, a la vida religiosa o al celibato apostólico, o bien se inclinan por ser unos buenos cristianos comprometidos con su fe.

Si se casan, tendrán que decidir si aceptarán o no los hijos que Dios quiera para ellos, con qué medios los sustentarán y en qué colegios estudiarán. Y, como es lógico, tendrán que vencer el miedo ante tanta responsabilidad. Lo vencerán en la medida que piensen en la felicidad de sus hijos y no en la de ellos. No les costará entonces ser generosos. Es más, se sentirán muy orgullosos de haber decidido mirar hacia delante, con la convicción de que Dios no los abandonará.

DOS ANÉCDOTAS ILUSTRATIVAS

La primera procede de una conversación mantenida entre dos amigas en un autobús. Hablaban de modo alegre y distendido de las pequeñas incidencias del día. De pronto, como para desahogarse, una de ellas comenta:

—¡No puedes imaginarte cómo me ha cambiado la vida desde que decidí romper con el chico con el que convivía desde hacía tiempo! Han sido para mí unos años de gran inquietud, de mucho dolor y sufrimiento a causa de su maltrato. La vida con él se me hacía un calvario insoportable. Acabé deprimida, angustiada. Tardé en darme cuenta de lo que me pasaba. Y cuando me percaté, por miedo no me decidí a dejarlo. No fui valiente, me horrorizaban sus represalias. Es muy bruto, grita y protesta sin ser capaz de mantener un diálogo. Al final, no pudiendo ya más, me lie la manta a la cabeza y lo dejé plantado. Vencí el miedo y he respirado a pleno pulmón. La verdad es que soy otra: he vuelto a sonreír y ahora veo el horizonte mucho más despejado.

La segunda anécdota tiene como protagonistas a dos compañeras de Facultad. Mantuvieron esta conversación en la cafetería de la universidad a la hora del recreo. Tras unos breves saludos, comenta una de ellas:

—No te lo había contado, pero este curso me ha ocurrido algo inesperado. Conocí a un chico, algo mayor que yo, con el que después de salir varias veces acabé intimando. Desde el primer momento me sentí atraída por él. Con el paso de los días observé que se trataba de una persona afable, educada y cariñosa. Un día se sinceró conmigo. Me dijo que, aunque había recibido una buena educación cristiana de niño, de mayor se había vuelto agnóstico y pasaba de todo. Como comprenderás, ese comentario me disgustó. Por tradición familiar, como bien sabes, he sido siempre una mujer de fuertes convicciones religiosas. Sin embargo, debido al trato con este chico, me he ido enfriando en mis relaciones con Dios. Quizá en el fondo porque no quería que supiera cómo pienso, por miedo a perderle. No quería que me considerase una mojigata. Pero el caso es que en pocos meses he dejado de practicar.

Así que como cada día íbamos sintonizando mejor y nos sentíamos profundamente enamorados, sin pensarlo dos veces decidimos irnos a vivir a su apartamento. Ya te puedes imaginar el sofocón y enfado que cogieron mis padres al enterarse. Mi padre no entendía nada; estaba perplejo y no comprendía lo que me había pasado.

A los pocos meses de vivir juntos, sin saber por qué, me asaltaron unos remordimientos fortísimos, sentía una profunda sensación de pena que no me podía quitar de encima. Tenía miedo, comencé a dudar de todo y aumentaba mi angustia. No sabía por dónde tirar ni qué camino tomar. Un día, después de meditarlo, decidí hablar con él. Pensaba que, ganándomelo, podría hacerle entrar en razones. Así que, cuando lo vi más receptivo y bien dispuesto, me armé de valor y le espeté: «Mira, te habrás dado cuenta de que llevo unos días tristona, fría y descontenta. Le he dado vueltas al porqué de esta situación, y he llegado a la conclusión de que no soy feliz porque no soy fiel a mis convicciones, y ambos vivimos alejados de Dios». Él se quedó perplejo, no entendía lo que le decía. Pero, como es inteligente y buena persona, me pidió por favor que le diera un tiempo para pensar lo que le había dicho y que después hablaríamos. Así lo hicimos. Al cabo de unos días, más calmado y complaciente me dijo: «Tus argumentos los veo razonables. He reflexionado sobre ellos y he llegado a la conclusión de que estaba equivocado. No sé por qué, pero de pronto he

visto las cosas claras y venciendo el miedo estoy dispuesto a rectificar». Y así lo hizo.

Tiempo después escribí a mis padres. Les daba la noticia que más les podía alegrar. Les anunciaba que, de acuerdo con mi novio y después de haberlo pensado bien, habíamos decidido casarnos. Lo haríamos al acabar el curso, que coincidía también con el final de su carrera. Queríamos ser felices, estábamos dispuestos a vivir en paz, especialmente con Dios. Y terminaba la carta preguntándole a mi padre si quería ser mi padrino de boda, porque además estábamos dispuestos a casarnos por la Iglesia. La respuesta, como comprenderás, no se hizo esperar. También ellos respiraron, felices por la decisión que habíamos tomado.

Dos anécdotas con un denominador común: la sensatez y la valentía demostrada por estas personas, que fueron capaces de vencer el miedo y cambiar el rumbo de su vida. En ambos casos, tomaron la decisión después de haberlo pensado bien. Y lo hicieron con prudencia, con objetividad y rectitud, sin dar pie a sentimentalismos. Gracias a decisiones sensatas como estas, son muchos los que logran rehacer su vida y recuperar la paz y la alegría. Un modo de actuar muy distinto a los que, por miedo o cobardía, no se deciden a enfrentarse con la realidad, por lo que antes o después pueden toparse de bruces con la soledad y la tristeza, contrariados por no haber aprovechado la oportunidad que se les ofrecía.

2. MIEDO AL COMPROMISO

ES UN MIEDO QUE NOS AFECTA A TODOS. Ciertamente se necesita una gran voluntad y mucho valor para hacer frente a los compromisos. Todos, de una manera u otra, sentimos como una especie de vértigo cuando se trata de asumir un compromiso. En ocasiones, ese temor puede resultar conveniente, viene a ser como un aviso que indica que antes de comprometernos hemos de estar seguros de las obligaciones que asumimos. Sin embargo, en otras ocasiones el miedo al compromiso puede llegar a paralizarnos y dejarnos noqueados. En ese caso se trata de un miedo irracional, que es preciso detectar cuanto antes para vencerlo o al menos tratar de encauzarlo.

El que por miedo no se compromete, de ordinario suele pasarlo mal. Se puede intranquilizar y hasta angustiarse imaginando los males que puedan sobrevenirle. Incluso puede llegar a perder la alegría y el buen humor, volviéndose muy a su pesar una persona arisca e intratable. Algunos hasta llegan a perder el sueño o se desvelan por las noches, abrumados al pensar en los compromisos que deben asumir.

Lo mismo suele ocurrirles a los que, habiendo anunciado la fecha de su boda, por miedo al compromiso deciden demorarla. Quizá busquen mil excusas y se justifiquen con argumentos inconsistentes. En el fondo sienten un miedo inconfesable a perder la libertad, esa independencia de la que tanto alardean. Para ellos eso sería tanto como renunciar a su confort y comodidad. De ahí que consideren exageradas las cargas que deben soportar, y al faltarles generosidad para sobrellevarlas, permanezcan por largo tiempo en la indecisión.

En un plano distinto, algo de esto puede sucederles también a los que, habiendo descubierto su vocación, no se atreven a dar el paso por miedo al sacrificio que conlleva el compromiso. Quizás en un primer momento estas personas sintieron el atractivo de la entrega, incluso pudieron experimentar la alegría de la llamada, pero en cuanto se percataron de las exigencias que comportaba un sí total y sin condiciones, se echaron atrás, empujados y acobardados por haber desconfiado de la gracia de Dios. Apenados y tristes, sienten después que desaprovecharon la oportunidad que se les ofrecía de ser felices, de gozar para siempre de un regalo tan grande e inmerecido.

Algunos piensan que si se comprometen hipotecan su libertad. Sin darse cuenta de que al dejar volar su fantasía se zambullen en un mundo irreal, fruto de su inmadurez. Olvidan que Dios lo puede todo y que, cuando llama a alguien, le da todo cuanto necesita para responder a su llamada con libertad y alegría, por medio de un compromiso firme y duradero. Las dudas, miedos y vacilaciones ante la vocación se convierten en altos muros que construye el egoísmo y que se interponen a los planes de Dios. Se ha de comprender que no es con las propias fuerzas como se responde al amor de Dios, sino con generosidad personal, fruto de la oración y del sacrificio de un corazón plenamente enamorado de Dios.

EL EJEMPLO DE MONTSE GRASES

Nacida en Barcelona en 1941, la vida de Montse fue de lo más corriente. Era una chica alegre, simpática, deportista y optimista. Estaba rodeada de amigas a las que quería, y ellas le respondían. Tenía un carácter fuerte, valiente y decidido. Vivía con sencillez, como una buena cristiana, gracias a la educación recibida de sus padres. No había en ella nada que llamara especialmente la atención. Sus días transcurrían con plena normalidad. Además de sus estudios le encantaba el baloncesto, el tenis, bailar y hacer teatro, y cuando podía aprovechaba para esquiar en La Molina. Era muy feliz, y contagiaba su alegría a cuantos la rodeaban. Como todos los jóvenes, también ella acariciaba planes de futuro.

Un día fue invitada a hacer unos días de retiro espiritual en Castelldaura, cerca de Barcelona. Hasta entonces no se había planteado responder a una vocación específica. Pero esos días, en el silencio y el recogimiento de la oración, sintió de cerca la presencia del Señor, y comprendió que la llamaba a una vida de entrega. Como cualquier chica de su edad, inicialmente sintió miedo. Luego, por efecto de la gracia, se fue calmando, hasta ver con claridad lo que Dios quería de ella. Tenía por delante una vida llena de planes, un futuro de ilusiones. Pero, sin verlo del todo incompatible, decidió pedir la admisión como numeraria en el Opus Dei. Un compromiso que asumió con plena libertad y de modo responsable.

Sin embargo, en medio de tanta alegría su vida se vio muy pronto truncada. Esquiando en La Molina tuvo la desgracia de caerse. Sintió de pronto un fuerte dolor en la rodilla, y horas después se le comenzó a hinchar. Ya en Barcelona le diagnosticaron un cáncer maligno de pronóstico grave. Sufría mucho. A pesar de tantos dolores como sentía no se dejó arrastrar por la

tristeza ni por el pesimismo. Un día le preguntaron cómo era el dolor que sentía en su pierna. A lo que respondió: «Es como si un perro rabioso me estuviera mordiendo la rodilla y no me suelta». Aun así, no perdió su alegría. Solía decir con frecuencia: «Señor, que ponga buena cara».

El papa Francisco aprobó el Decreto sobre la heroicidad de sus virtudes el 27 de abril de 2016, por lo que a partir de entonces se la puede invocar como Venerable. El postulador de la causa de su beatificación, comentaba: «Su vida demuestra que no hay que esperar a ser “mayores” para alcanzar metas altas, y que la juventud no es un periodo transitorio de la vida, sino todo lo contrario: es el momento en el que uno puede donarse a Dios, amándolo con todo el corazón, para iluminar el mundo con la luz de Cristo».

Si a los jóvenes de hoy les cuesta asumir sus compromisos, cumplirlos y responder con libertad y espíritu de sacrificio, es entre otras cosas porque nadie les ha ayudado a encontrarse con Dios, a amarle sobre todas las cosas y a ser valientes y atrevidos. Tal atrevimiento, lejos de ser una temeridad, es signo de sensatez y de coherencia. El árbol se conoce por sus frutos. Del olmo no pueden recogerse peras, ni del olivo uvas. Con los chicos pasa igual. Del buen comportamiento y coherencia de sus padres, de la educación que les den, dependerá en buena parte su madurez y que venzan el miedo a la hora de asumir sus compromisos. La gente joven necesita estímulos optimistas, positivos. Nos equivocáramos si pensáramos que están perdidos, que no tienen remedio. Así se lo decía Benedicto XVI a un grupo de peregrinos alemanes:

«No es verdad que la juventud piense sobre todo en el consumo y en el placer. No es verdad que sea materialista y egoísta. Es verdad lo contrario: los jóvenes quieren cosas grandes. Quieren que se detenga la injusticia. Quieren que se superen las desigualdades y que todos participen en los bienes de la tierra. Quieren que los oprimidos obtengan la libertad. Quieren cosas grandes. Quieren cosas buenas. Por eso, los jóvenes —vosotros lo sois— están de nuevo totalmente abiertos a Cristo» (Discurso del 25-IV-2005).

En el miedo al compromiso suelen incidir por lo general dos circunstancias: una desconexión con la realidad y el miedo a perder la libertad.

DESCONECTADOS DE LA REALIDAD

Suele ocurrir por inmadurez. Lo que se traduce en una imaginación alocada, en la tendencia a montar castillos en el aire, a rechazar por sistema cualquier tipo

de compromiso, en especial los que resultan más costosos. Tal desconexión con la realidad procede de la falta de circunspección y reflexión necesaria para analizar los problemas, que desemboca en un desconocimiento de quién es el hombre y del sentido de la vida.

En la práctica, esto lleva a algunos a adoptar posturas inmaduras, idealizadas, a alimentar sueños irrealizables, a forjar un carácter voluble, que les lleva a actuar al dictado de sus impulsos y que, a la larga, puede generar una afectividad enfermiza. Alejados así de la realidad, se vuelven comodones y antojadizos, caprichosos y superficiales. Esto explica el rechazo casi instintivo que sienten ante lo que supone esfuerzo o espíritu de superación.

¿Cómo salir de este círculo vicioso? En primer lugar, restableciendo la conexión con la realidad. Como es natural, en esto juega un papel importante la educación de la voluntad, el acostumbrarse a reflexionar para ser personas de criterio. Se le podrá plantar cara entonces a los planteamientos frívolos, a las novelerías o fantasías creadas por la imaginación. Ya lo advertía la santa de Ávila, que llamaba a la imaginación «la loca de la casa», pues con su locura aleja a las personas de la realidad y las lleva a vivir de novelerías. Es preciso sujetar la imaginación y ordenarla, para no convertirnos en monigotes, zarandeados de acá para allá por los vientos de la ilusión o de la fantasía. Y, en segundo lugar, se ha de poner orden en la afectividad, en las emociones y sentimientos, que, aunque buenos y necesarios para un comportamiento verdaderamente humano, dejan de serlo cuando no están ordenados por la razón y sometidos a la voluntad.

SER REALISTAS

Es imprescindible para esto dominar los sueños y las fantasías. Lo cual requiere juzgar y decidir con sensatez, teniendo los pies bien asentados en el suelo. Es consecuencia lógica de una mente bien ordenada y de una voluntad fortalecida por el esfuerzo. Se asumen entonces los compromisos con sentido de la realidad, a la vez que se cumplen con mucho más gusto, prontitud y responsabilidad. Si a esto se añade la mayor sensatez que da la virtud de la prudencia bien vivida, se habrán dado pasos de gigante en la actitud realista que caracteriza a la persona madura. Se está en condiciones entonces de discernir lo bueno de lo malo, el vicio de la virtud.

El realismo que se pide a la persona sensata comienza por el conocimiento de sí misma, que la coloca en su realidad concreta, haciéndole ver lo que realmente es y adónde se dirige, y no lo que le gustaría ser o hacer. Para abordar con

valentía los compromisos, es preciso conocer bien los talentos que se tienen, punto de arranque para percatarse de los propios límites y, en consecuencia, hasta dónde se puede llegar a la hora de asumir un compromiso. Es esta una consideración realista que lleva al crecimiento y a la autoestima personal, al empleo seguro y eficaz de los recursos que se tienen. Bueno será, por tanto, que antes de decidir nos preguntemos:

- ¿Soy realista al decidir o me dejo llevar de la fantasía?
- ¿Reflexiono antes de asumir mis compromisos?
- ¿Decido con libertad o me siento obligado?
- ¿Además de libre, soy responsable de mis actos?
- ¿Me agobio y pierdo la paz ante el compromiso?

En la medida que uno se conoce como es, asumirá sus compromisos con realismo, de paso que ejercitará la virtud de la prudencia y la sensatez en todo lo que se propone. En esto no caben ni engaños ni disimulos. Se trata de ser tal como se es, sin la pretensión de presentarse como superhombres o supermujeres, sino como personas corrientes que aspiran a ser realistas, maduras y decididas.

LOS "OJALÁS" ESTÉRILES

Algunos, por miedo al compromiso, se refugian en una serie de ojalás estériles que les aleja de la realidad. Como acabamos de ver, es preciso luchar contra los sueños y las fantasías si queremos dominar la imaginación. Los que por inmadurez la dejan volar, tarde o temprano se arrepentirán de haber actuado a la ligera, impulsados por la fuerza de sus pasiones. Son personas que reflejan con sus ojalás su propia inmadurez. Seguramente, todos habremos oído alguna vez a parientes, compañeros o amigos comentarios de este tipo:

- Ojalá hubiera elegido otra carrera.
- Ojalá hubiera preparado mejor la oposición.
- Ojalá me hubiera casado con otra mujer.
- Ojalá hubiera seguido la llamada de Dios.
- Ojalá hubiera hecho caso el consejo de mi padre.
- Ojalá hubiera gastado menos y ahorrado más.
- Ojalá me hubiera tocado la lotería.

Estos ojalás podrían multiplicarse hasta el infinito. En todos, sin embargo, aparece un denominador común: la desconexión con la realidad, la nostalgia del pasado, la espera sin esperanza. La realidad, sin embargo, es bien distinta.

Queramos o no hemos de aceptar las cosas como son y no como nos gustaría que fueran. Las quejas y los lamentos, los ojalás lanzados en horas bajas, son la mayoría de las veces reacciones pueriles, desahogos que dejan al descubierto la inmadurez. Los ojalás no sirven para solucionar los problemas, y menos para asegurar el éxito en los compromisos que se asumen. También en esto se impone el realismo, entre otras cosas, para saber que los frutos que queramos recoger mañana dependerán en gran medida de lo que hagamos hoy. Es el punto de arranque de cualquier compromiso, que obliga a asumir la realidad tal como es, aprendiendo del pasado y alejando los sueños e imaginaciones que hacen perder el tiempo y no solucionan nada.

No obstante, si nos hemos equivocado al decidir, en lugar de lamentarnos lo más práctico es hacer un pequeño examen para descubrir las causas de ese fallo y tratar de decidir en el futuro con más prudencia. De los errores ha de extraerse lo bueno que tienen para aprender de ellos. No olvidemos que errare humanum est. El hombre por ser falible se equivoca, y no una sino muchas veces.

MIEDO A PERDER LA LIBERTAD

Algunos piensan que si se comprometen pierden su libertad. El argumento que dan no puede ser más simple: «Si me comprometo, tarde o temprano me haré esclavo del querer de otros». No caen en la cuenta de que, cuando la libertad es auténtica, en lugar de esclavizar libera y protege. Sin libertad no pueden asumirse compromisos. Quienes los rechazan por miedo a perder su libertad, es porque en realidad prefieren actuar al dictado de sus gustos y caprichos, buscando de modo egoísta su propio interés.

Todo hombre por naturaleza tiene capacidad para dar y darse generosamente, aunque como es natural pueda costarle. Pero a nadie se le pide por encima de sus fuerzas. No se necesita ser un superdotado o un privilegiado para hacer en cada momento lo que se debe. Pero sí la generosidad suficiente para salir de uno mismo y darse a los demás.

Ciertamente esto implica poner en juego lo más noble e íntimo de la persona: su inteligencia y voluntad. Y no todos están dispuestos. Más aún cuando se trata de un compromiso que exige no solo dar algo material, sino lo mejor de uno mismo.

UNA MUJER APASIONADA

Entre otras muchas mujeres, Edith Stein destaca por su amor a la libertad y su pasión por la verdad. Discípula de Edmund Husserl, judía, agnóstica y más tarde católica, buscó respuestas a los interrogantes más profundos del ser humano. Decía: «Mi anhelo de verdad es la única oración». Esta búsqueda de la verdad le ayudó a dar con el sentido de la vida, a sentirse plenamente libre. La ciencia —decía— no agota las respuestas que buscamos. Siempre quedan cuestiones por contestar, sobre todo aquellas que tienen que ver con el sentido último de la existencia. Su encuentro con Anne Reinach y Teresa de Jesús cambió por completo su vida. Ellas le ayudaron a descubrir lo que con tanta pasión buscaba: la verdad. Y la descubrió en Jesús, que es camino, verdad y vida. Lo trató en el interior de su corazón, aprendió a amarle y a darle con toda libertad cuanto le pedía. He aquí un extracto de su pensamiento:

«El hombre —afirmaba— está llamado a vivir en su interior y a ser tan dueño de sí mismo como únicamente puede serlo desde allí; solo desde allí es posible un trato auténticamente humano aún con el mundo; solo desde allí puede el hombre encontrar el lugar que en el mundo le corresponde. Pero aun siendo esto así, ni él mismo llega a penetrar del todo en ese interior suyo. Es un secreto de Dios cuyos velos solo él puede levantar, y en la medida en que a él le plazca. Pero, eso sí, el hombre ha sido constituido dueño de ese reino suyo; puede mandar en él con entera libertad; pero también le incumbe el deber de guardarlo como tesoro precioso que le ha sido confiado...».

EN OTRO MOMENTO DECÍA:

«El alma tiene el derecho de disponer y decidir por sí misma. La misteriosa grandeza de la libertad personal estriba en que Dios mismo se detiene ante ella, la respeta. Dios no quiere ejercer su dominio sobre los espíritus creados sino como una concesión que estos le hacen por amor. Él conoce los pensamientos del corazón, penetra con su mirada los más profundos senos y lo más recóndito del alma, a donde ella misma no podía llegar, de no ser iluminada a propósito con una luz especial. Pero (el Señor) no quiere apoderarse de lo que es propiedad del alma, sin que ella misma consienta en ello. No dejará de poner, sin embargo, todo en juego, a fin de conseguir que el alma entregue libremente la propia voluntad a la voluntad divina como una donación que ella le hace en su amor, y poder de esta forma conducirla hasta la unión bienaventurada».

Consecuente con su descubrimiento, se entregó por entero al Señor y puso en juego voluntariamente su vida. Además, aprendió algo muy importante: que es dando como se recibe. Y así, no dudó en dar al Señor lo más valioso de todo cuanto poseía: su corazón por entero, fiel hasta el final. Todavía joven, tras la persecución nazi, entregó su vida en testimonio de fe en Jesucristo. Y, llena de alegría, murió en una de las cámaras de gas del campo de exterminio de Auschwitz - Birkenau el 9 de agosto de 1942.

Un ejemplo espléndido de decisión pronta y atrevida. Un compromiso asumido con entera libertad y cumplido por amor. Desde entonces, pero especialmente después de su canonización y proclamación como copatrona de

Europa, su ejemplo de valentía y de amor a Dios ha atraído a cientos de miles de jóvenes de todo el mundo. En su vida no alimentó fantasías ni se refugió en el fácil recurso de los "ojalás" estériles. Fue una apasionada de la Verdad y, al encontrarla, quedó rendida ante el Amor. Una mujer, en definitiva, de nuestro tiempo, que superó el miedo y los complejos, que se comprometió y fue fiel hasta el final, con el señorío propio de los que aman al Señor.

GRADUALIDAD DE LOS COMPROMISOS

No todos los compromisos, como es lógico, tienen la misma entidad ni el mismo grado de exigencia. Es más, se da de hecho una notable diferencia entre ellos. Diferencia que se pone de manifiesto con más claridad cuando se trata de elegir una carrera, preparar una oposición, cambiar de ciudad, casarse y fundar una familia o seguir la llamada de Dios, ya sea en el estado sacerdotal, la vida religiosa o el celibato apostólico.

No obstante, cualquiera que sea el grado de compromiso que se asuma, para que sea eficaz deben darse tres condiciones: madurez personal, libertad de espíritu y sentido de responsabilidad. Por una razón bien sencilla. Porque una vez elegido lo que se desea, el compromiso ha de mantenerse con lealtad, libertad de espíritu y fidelidad responsable; es decir, se ha de evitar que por miedo, cobardía o complejo se deje de realizar lo que se había prometido. Esto será naturalmente más difícil de cumplir cuanto mayor sea el grado de compromiso adquirido.

El compromiso, aceptado libremente, trasciende en ocasiones el plano de lo personal. Algunos no se percatan de que los compromisos que asumen pueden tener —y de hecho la mayoría de las veces lo tienen— una repercusión directa

en terceras personas. Ocurre así, por ejemplo, en el caso de los jueces que por su profesión adquieren el compromiso de administrar justicia y de velar por el bien común. En ocasiones se les puede plantear la necesidad de dictar sentencia en un asunto delicado y complejo. Pues bien, de que la sentencia sea justa dependerá no solo la vida de la persona que es juzgada, sino también y por extensión la de su familia, incluso la de sus amigos y colegas. Otro tanto puede suceder en el caso de políticos que, en sede parlamentaria, han de decidir con su voto si apoyan o rechazan una determinada proposición de ley. También ellos, como representantes del pueblo que les ha votado, han asumido el compromiso de legislar y hacer cumplir la ley. Ahora bien, ¿se comportan siempre con verdadera lealtad a sus compromisos? Porque podría darse el caso de que, en lugar de legislar con justicia y en conciencia, se dejasen presionar por intereses partidistas. Entonces no solo quedaría dañada su reputación, sino que se harían directamente responsables de las consecuencias de sus decisiones injustas, por haber sucumbido a la presión de grupos sectarios o a las amenazas de determinados grupúsculos.

Algo parecido puede decirse de los que, en el mundo de la empresa, asumieron un día el compromiso de velar por el bien de su empresa, de los accionistas y de los trabajadores. Si el compromiso lo asumieron con plena libertad, justo será también que por responsabilidad den cuenta ante el consejo de administración de cómo lo cumplieron. En cualquier caso, no deben tomar sus decisiones a la ligera, por conveniencia, y menos aún por un deseo inconfesado de enriquecimiento personal. De la fidelidad a los compromisos que asumieron dependerá no solo la viabilidad de la empresa, sino el mismo bienestar de sus empleados y trabajadores, que acabará repercutiendo en el entero tejido empresarial.

En un plano distinto, pero no por ello menos importante, se encuentran las personas que, al casarse, asumieron el compromiso de velar por la educación y el bienestar de sus hijos, tanto en el plano físico como en el espiritual. Del cumplimiento fiel a esos compromisos dependerá que su hogar sea verdaderamente un remanso de paz y de alegría, de comprensión y de cariño, no de enfrentamientos, riñas o discordias. Y si de verdad marido y mujer se aman, sabrán perdonarse sus fallos y evitarán que la indiferencia o la desidia les domine. Han de hacer lo posible para que su hogar no se convierta en una fría pensión, sin cariño ni espíritu de servicio. Son una maravilla los hogares en que los esposos viven sus compromisos con generosidad, que por responsabilidad se olvidan de sí mismos y procuran hacer felices a sus hijos y ayudarse mutuamente.

La gradualidad de los compromisos está relacionada a su vez con una ordenada jerarquía de valores. En primer lugar, se sitúan los compromisos para con Dios; en segundo lugar, los derivados de la atención a la propia familia; en tercer lugar, los relacionados con el trabajo o la actividad profesional. El propósito de mantenerse fiel a esta jerarquía de valores, ayuda de modo considerable a responder a los compromisos, y a gozar de mayor fortaleza para vencer el miedo y los embates del egoísmo.

3. MIEDO AL RIESGO

Es otro de los miedos que se han de vencer para decidir con libertad y justicia. No es fácil. Hay un miedo instintivo a toda clase de riesgos. Los encontramos a la vuelta de cada esquina. En realidad, todo cuanto emprendemos está marcado de una manera u otra por el riesgo. Desde que nacemos nos vemos expuestos al dolor, a la enfermedad o al sufrimiento. Por mucho que haya avanzado la ciencia, aún no se ha descubierto el elixir de la felicidad. Siempre nos sentimos acuciados por el riesgo y, en consecuencia, por el miedo a lo que nos pueda pasar.

Los riesgos son muy variados, y aunque queramos dominarlos siempre escapan de nuestro control. De ahí que la probabilidad de toparse con ellos sea alta y difícil de evitar, aun cuando se hagan cálculos alambicados o se pretendan blindar con cualquier tipo de seguro. Se pone de manifiesto una vez más el despropósito o la banalidad de quienes piensan que todo lo tienen atado y bien atado; una ingenuidad mayúscula de la que tarde o temprano sufrirán las consecuencias.

La Academia de la Lengua define el riesgo como «la percepción de una contingencia o la proximidad de un daño difícil de prever». Aplicado a la toma de decisiones, es evidente que hemos de contar con el riesgo en todo lo que hacemos, aunque resulte difícil de eliminar. Tenerlo presente evitará innumerables sorpresas, casi siempre producidas por la prisa o el nerviosismo. El riesgo al que nos podemos exponer aumenta, como es lógico, cuando falta el estudio o la reflexión previa, cuando no se analizan bien los peligros que se corren al decidir, o no se sopesan los pros y contras antes de tomar la decisión.

Como los riesgos existen y son difíciles de evitar, se les ha de plantar cara con decisión. Por otra parte, por ser difícil de prever, no podremos evitar que nos produzcan ciertos temores. Ahora bien, en la medida que sea posible, se ha de intentar cuantificar la magnitud del riesgo que se corre, aunque sea de modo aproximado. Por no tenerlo presente se pueden dar, y de hecho se dan, consecuencias irreversibles. Ocurre, por ejemplo, cuando no se le da al cuerpo el cuidado que se debe, o cuando se pasan por alto las normas más elementales de prudencia en las comidas o en las

bebidas, en la conducción de vehículos o en el empleo de aparatos peligrosos. De ahí que por frivolidad o imprudencia algunos de estos riesgos puedan resultar altamente peligrosos y entrañar un daño irreparable. Especialmente en asuntos tan prosaicos como:

- comer o beber sin moderación
- tomar el sol sin control alguno
- desobedecer el consejo del médico
- someter el cuerpo a pruebas abusivas
- no descansar lo suficiente
- trasnochar hasta horas intempestivas
- fumar de modo compulsivo
- la adicción a las drogas
- conducir sin carnet
- viajar con el coche en malas condiciones

Son riesgos que pueden evitarse y que ponen en peligro la vida del cuerpo, además de afectar indirectamente a la salud psíquica o mental. La persona prudente pone los medios necesarios para evitar tales desórdenes, contentándose con una vida moderada y libre de riesgos. Y puesto que se trata de riesgos previsibles, se ha de tener la suficiente fuerza de voluntad para atajarlos con prontitud y sensatez.

Como es natural, existen otros riesgos que, por ser imprevisibles, son más difíciles de atajar. Sin embargo, no podemos encogernos de hombros ni mirar para otro lado; hay que plantarles cara con valentía. En algunos casos quizá no sepamos con certeza su verdadera dimensión ni, en consecuencia, los medios que conviene emplear. Basta pensar, por ejemplo, en la aparición de una enfermedad grave, que requiere de una operación quirúrgica comprometida. La decisión se debe tomar, y cuanto antes mejor, aunque no se sepa con exactitud el riesgo que se corre. Pero existe. Y puede que se presente también la necesidad de tener que elegir para la operación entre la sanidad pública o la privada, entre un hospital o una clínica. La responsabilidad de la decisión y el consiguiente riesgo que conlleva, tendrá que tomarla el pariente más próximo si el enfermo no pudiera hacerlo.

Los riesgos se deben asumir con valentía, cualquiera que sea su entidad. Lo que no quiere decir que haya que cerrar los ojos a la realidad y lanzarse sin paracaídas. Como en todo, se trata de decidir con sensatez, sin rebajar los efectos del riesgo, aunque sin magnificarlos. En este sentido puede compararse

al miedo que siente el piloto al advertir en pleno vuelo que uno de los motores de su avión se ha incendiado. Aunque en ese momento sienta pánico, ha de serenarse y asumir el riesgo de maniobrar con prontitud, preparando tal vez un aterrizaje forzoso. Y si además son los dos motores los que se incendian, lo más seguro es que no dude en lanzarse en paracaídas si quiere salvar su vida.

Como es obvio, no se trata de liarse la manta a la cabeza y lanzarse sin saber los riesgos que se corren. Basta saber que, si se presentan, sin exagerarlos, no tendremos más remedio que armarnos de valor y asumirlos. Se examinan entonces con prudencia los medios que se deben emplear para reducirlos al mínimo. Con otras palabras, en la medida que se pueda se ha de intentar que el riesgo que se corre sea proporcional al beneficio que se espera conseguir.

LO IMPREDECIBLE DEL RIESGO

Aunque se puedan reducir o paliar las consecuencias del riesgo, es evidente que no las podremos eliminar del todo. Las decisiones, por bien razonadas que estén, están abiertas a posibles riesgos, inciertos e impredecibles, con un final que puede desembocar en éxito o en fracaso. De la tensión entre estos dos extremos suelen seguirse dos reacciones: de valentía o de temor, de gozo o de tristeza. Difíciles de predecir, porque nadie por sabio y poderoso que sea es dueño del presente como tampoco lo es del futuro. Limitados como somos por naturaleza, estamos sujetos al continuo vaivén de los acontecimientos, que no podemos prever.

Recuerdo un programa televisivo italiano de hace ya años en el que el presentador entrevistaba a unos cuantos militares veteranos de la primera guerra mundial. Reconocían que hubo campañas en las que habían pasado un miedo atroz dada la superioridad del ejército enemigo. Pero, aun así, sabían que si querían ganar debían arriesgar. Después de pensarlo bien, el general en jefe al mando de la división en la que se encontraban estos militares consideró que lo prudente en ese momento era ordenar una retirada táctica, con el fin de reorganizar las líneas de combate e intentar más tarde reemprender la lucha y alzarse con la victoria. Se lo contaba emocionado uno de aquellos militares, ya muy anciano, al presentador del programa. Cuando le preguntó en qué batalla había conseguido la mayor de las medallas que lucía en el pecho, sin inmutarse le respondió: «En la gloriosa retirada de los Alpes». En lugar de presumir de valor, reconoció con toda naturalidad que no fue atacando como vencieron, sino retrocediendo, a la espera de atacar en el mejor momento.

También cuando se trata de un riesgo cierto o previsible, la prudencia puede aconsejar esperar y actuar en otro momento. Nadie, como es lógico, está obligado a arriesgar y exponer su vida por encima de sus fuerzas, y menos a actuar contra su conciencia. Antes debe reflexionar, buscar nuevos elementos de juicio, pedir consejo. Con ello, además de templar el ánimo, logrará fortalecer su voluntad y ordenar sus emociones. Al estudiar las posibles soluciones, se pisa el terreno con más seguridad antes de arriesgar, resolviendo en lo posible los problemas con una inteligencia más despierta y una voluntad más valiente y decidida.

Aunque el riesgo sea impredecible y el miedo insuperable, en ningún caso debemos dejar que nos acobarde o nos obligue a actuar de modo imprudente. El riesgo, cuando es razonable, más que entorpecer se puede convertir en una ayuda valiosa, en estímulo muy oportuno a la hora de decidir. No obstante, si en algún caso el miedo a arriesgar persistiera, lo razonable entonces será analizar con detenimiento las diversas opciones que se presentan y otear otros caminos para no ir más allá de las propias fuerzas.

MEDIR LAS FUERZAS

Antes de asumir un riesgo lo normal es saber a qué nos comprometemos, para no estirar más el brazo que la manga. Algunos por imprudencia se lanzan sin saber lo que hacen, desafiando los riesgos. Al no medir sus fuerzas, acaban deslizándose por el despeñadero del “quise, pero no pude”. Son aquellos que buscan con vehemencia lo que les ilusiona, solo tienen ojos para lo que les atrae y consideran beneficioso, sin percatarse realmente del riesgo que corren y de sus consecuencias. Nos puede suceder a todos. Pero mucho más, como es natural, a los que por insensatez no controlan sus impulsos ni miden sus fuerzas antes de tomar una decisión.

Lo llamativo es que se suele pensar que esto solo le ocurre a la gente joven, o a las personas de escasa formación, y no es así; también existen personas instruidas y cultivadas pero que, por imprudencia, no han calibrado sus fuerzas antes de tomar una decisión, y se ven después desbordadas por los acontecimientos. Los riesgos que asumen podrían haberlos evitado si hubieran dedicado un tiempo prudencial a reflexionar. Pero la realidad es que no pocas veces, por no medir sus fuerzas, las decisiones que toman suelen acabar en estrepitosos fracasos.

Algo de esto le sucedió a una señora a la que no veía desde hacía tiempo. Me la encontré por la calle. Caminaba apenada y triste, a pesar de ser por naturaleza

una mujer afable y optimista. Tras saludarnos le pregunté qué le ocurría. Sin más preámbulo este fue su comentario:

«Me siento hundida. Mi empresa, a la que he dedicado todas mis energías desde que falleció mi marido, acaba de entrar en quiebra. Invertí en ella todo lo que tenía, incluso recurrí a un crédito hipotecario que tuve que avalar con mi propia casa. Había decidido ampliar las instalaciones de la empresa para aumentar su rendimiento. Pero, de buenas a primeras, se nos vino encima la dichosa crisis. Las ventas descendieron vertiginosamente, y como es lógico los ingresos también. No pude pagar el crédito. El banco ha terminado por embargarme la casa. He tenido que alquilar un piso y acabo de irme a vivir allí con toda mi familia».

Reconocía que su decisión de ampliar la empresa había sido precipitada. No había estudiado ni previsto el riesgo que corría. Ahora estaba confusa, indecisa, no sabía qué camino tomar. Le sugerí que, basada en su experiencia, aprovechara para comenzar de nuevo. Lo pasado, pasado estaba. Aunque los riesgos que encontraría fueran patentes, debía plantarles cara y no dejarse acobardar por ellos. También los fracasos tienen su cara positiva. Con sensatez y buena voluntad se puede aprender de las experiencias y rehacer el pasado.

Así lo hizo. Partió de cero. Llena de valor se atrevió con un nuevo proyecto. Con más prudencia esta vez, paso a paso, superando obstáculos y dificultades. Trabajó duro, pero llena de ilusión. Y no solo ella: implicó a toda su familia. La suma de aquellos esfuerzos dio frutos en poco tiempo. Tuvo que asumir nuevos riesgos, pero estaba envalentonada y convencida de que con paciencia y tesón superaría este nuevo reto.

Una experiencia reconfortante. Pues, aunque se sufra en propia carne las consecuencias de un riesgo no previsto, bueno será recordar entonces que «no hay mal que por bien no venga». La experiencia de esta mujer es un estímulo para los que, por miedo a posibles riesgos, se acobardan y no se atreven a vencerlo. Por negativas que hayan podido ser las experiencias pasadas, no es sensato tirar la toalla y pensar que todo está perdido. Se puede salir adelante cuando uno es consciente de las propias limitaciones, pero sabe a la vez que es capaz de enfrentarse a nuevos desafíos con ánimo renovado y valentía.

4. MIEDO AL FRACASO

EL MIEDO AL FRACASO PUEDE LLEGAR A DESMORALIZAR. Por esto hay quienes se preguntan antes de tomar una decisión: si me embarco en este proyecto, ¿triunfaré o fracasaré?, ¿tendré éxito o me arrepentiré? Interrogantes que puede formularse cualquiera de nosotros. Porque nadie, en efecto, puede garantizarnos el éxito en las decisiones que tomemos, ni asegurarnos que contaremos con las fuerzas necesarias para llevarlas a cabo. Y podría ocurrir que, por miedo al fracaso, nos encogiésemos y abandonásemos el proyecto que con tanta ilusión acariciábamos.

¿A quién no le gustaría triunfar en lo que se propone? Pero, como es natural, no siempre los planes que hacemos se cumplen, por buenos y bien pensados que estén. El miedo a fracasar puede provocar bloqueo mental, vértigo ante lo desconocido. Y de esta manera, obnubilada la mente y disminuida la voluntad, se podría observar con disgusto que pasa el tiempo y por miedo al fracaso no se pone por obra lo que se había decidido.

¿Cómo vencer el miedo a fracasar? Porque unos lo vencen y otros no. Depende de la voluntad de cada cual, del carácter y del grado de iniciativa que posea, de la responsabilidad con que actúe. Lo normal es que cuando alguien se decide a llevar adelante un proyecto, una vez estudiada su viabilidad, ponga toda su inteligencia y voluntad en llevarlo a cabo, convencido de que si pone ilusión lo más probable es que lo culmine con éxito.

Sería de ingenuos, no obstante, pasar por alto el posible riesgo a fracasar. El fracaso es de ordinario consecuencia de que algo se hizo mal, de que no se estudió bien el proyecto y por eso se obtuvo un resultado negativo, imprevisto e indeseado. Aun así, el fracaso no ha de considerarse como el resultado final de la meta que se esperaba alcanzar, y menos como una batalla perdida. Más bien se ha de ver como un obstáculo en el camino elegido que es preciso superar, y no como algo irreversible, sobre todo cuando hay voluntad de lucha y ganas de alcanzar la meta prevista.

No dramaticemos por tanto cuando nos topemos con un fracaso, imprevisto o no deseado. Los fracasos deben servir para que nos superemos, mirando hacia

delante, cada vez con más ilusión, sin quejas ni lamentos. Tirar la toalla cuando las cosas salen mal es de cobardes. El que pone los medios y se esfuerza por seguir luchando no fracasa. Solo fracasa el que por cobardía se para y no avanza.

Los fracasos se vencen poniendo en juego cabeza y voluntad, afectos y sentimientos. Estos últimos tienen un papel fundamental a la hora de suavizar tensiones y

desencuentros, llenan de alegría y optimismo, y permiten que el esfuerzo por superar los obstáculos no sea algo frío o antipático, y menos resultado de una acción voluntarista. Los sentimientos bien encauzados permiten poner en la lucha ascética el toque necesario de humanidad, de ternura y delicadeza que convierte lo áspero en amable y en estímulo la dificultad.

UN RELATO ESTIMULANTE

En un encuentro del papa Francisco con los jóvenes en la basílica de Santa María Mayor de Roma el 8-IV-2017, un chico llamado Pompeo le contó una anécdota personal llena de vida. De niño vivió una experiencia trágica que se le quedó muy grabada: el derrumbe de su escuela a causa de un terremoto el día 31-X-2002. Aquella tragedia tuvo para él consecuencias graves: desde entonces se vio obligado a ir en silla de ruedas pues perdió parte de la movilidad de sus piernas. A pesar de esto, y de que años después le vino una nueva y dura enfermedad, nunca se desanimó ni se dio por vencido; conservó la paz y el deseo de superación. Así lo relata él mismo:

«Aquel sufrimiento y esta silla de ruedas me han enseñado a descubrir la belleza en las cosas pequeñas y me recuerdan cada día la suerte que tengo; cada día me enseñan nuevamente a superar momentos de incomodidad y a dar gracias a Dios por lo que tengo: mi familia, mis amigos y también la pasión por la natación, gracias a la cual hoy soy campeón italiano de esa especialidad.

Y tengo un sueño: participar en los juegos Paralímpicos. Aquel derrumbe me cambió la vida a mí y a tantas otras personas. Pero, desde aquel día, ya no tengo miedo al futuro ni a lo que la vida me reservará».

Cuando, como en el caso de Pompeo, se tienen deseos de sobrevivir, sensibilidad y visión clara de la vida, el mundo y las personas se observan con una nueva luz, todo adquiere una visión más diáfana, alegre y comprensible. No hay ya miedo al fracaso. Y es que cuando el sentimiento está bien ordenado, permite descubrir con mayor lucidez las propias capacidades, y sacar de ellas las

fuerzas necesarias para superarse y volver a empezar. Arropados por los buenos sentimientos, es posible afrontar con serenidad y fortaleza, con espíritu de superación, cualquier tipo de fracaso; no se responde entonces con mala cara o con gritos de protesta, sino con una sonrisa y un gesto de buen humor.

Pompeo nos enseña con su ejemplo que, cuando se quiere, se puede responder a los desafíos con serenidad y alegría, venciendo el miedo, el pesimismo o el derrotismo. De modo que lo que podría verse como un mal, se transforma por la fe y el deseo de supervivencia en un gran bien. Dicho de otra manera: el fracaso acaba siempre en triunfo y el desaliento en esperanza cuando se es humilde y se aceptan las limitaciones con realismo y afán de superación.

Una vez más la sabiduría popular acierta al afirmar: «No hay mal que por bien no venga». Todo un aliento de optimismo en medio del fracaso, una brisa de aire fresco en medio del vendaval del desconsuelo. Por mucho que agujee el dolor, nada ni nadie puede impedirnos el deseo de alcanzar lo mejor. Aunque suponga riesgo, aunque uno se vea superado por las circunstancias y le lleguen a flaquear las fuerzas. Quien vive de fe y confía en Dios, aunque por momentos pueda pasarlo mal, siempre saldrá robustecido de la prueba.

El riesgo que se corre, no obstante, es el de dejarse llevar del sentimentalismo, es decir, actuar según el estado de ánimo que se tenga, y pensar que todo fue un sueño, que se pasó el entusiasmo. Puede ocurrir. Del fervor primero, ante un pequeño fracaso, puede pasarse al desánimo y al desconsuelo pensando que se ha esfumado el entusiasmo inicial. Es la hora de recordar este oportuno consejo dado a una persona que se encontraba en una situación parecida: «"Se me ha pasado el entusiasmo", me has escrito. —Tú no has de trabajar por entusiasmo, sino por Amor: con conciencia del deber, que es abnegación» (Camino, 994).

LA EXPERIENCIA DE LEONARDO DA VINCI

La vida de Leonardo es una historia de pequeños fracasos. Su primera decepción comenzó cuando el papa Sixto V decidió decorar la Capilla Sixtina del Vaticano y prefirió elegir a otros pintores, y no a él. Tras esta frustración, decidió marcharse a Milán en busca de mejores oportunidades. Allí, en junio de 1482, entró al servicio de Ludovico el Moro, que deseaba levantar un monumento ecuestre en bronce a Francesco Sforza.

Da Vinci había logrado hacer una lira de plata en forma de cabeza de caballo, que según la opinión popular sonaba mejor que las tradicionales. Ludovico, impresionado de su invención, pidió al artista que hiciera una réplica del entero

animal en bronce. El encargo lo recibió Da Vinci con gran ilusión, dispuesto a hacer la estatua ecuestre más grande del mundo, de siete metros de altura. A este trabajo le dedicó quince años. Fue para él su gran obsesión. Pero la obra al final no pudo concluirse, tal vez por la dificultad de fundir una cantidad tan grande de bronce. Había hecho también un modelo de siete metros en arcilla, que fue exhibido en Milán en 1493, la obra más bella que jamás se había visto. Pero desapareció al derrotar los franceses a los milaneses en 1499, se supone que al utilizar los soldados de Luis XII el modelo en arcilla para sus prácticas de tiro. Un nuevo fracaso para Da Vinci. Tan relevante que, con el tiempo, el Caballo de Sforza se consideró en Italia como símbolo de derrota.

Más tarde, en Florencia, recibió el encargo de decorar la gran Cámara del Consejo del Palacio de la Señoría, en colaboración con Miguel Ángel. El tema escogido fue la representación de la Batalla de Angliari. Inició esta gran obra en 1504. Pero el deseo de innovar y de dar con una nueva técnica para aplicar el óleo directamente sobre el estuco, parece que fue la causa de su nuevo fracaso, que le obligó a abandonar la labor iniciada con tanto empeño.

Antes, al poco de llegar a Florencia, en 1503, inició el magistral retrato de Mona Lisa, mujer de Francesco Giocondo. Trabajó en él durante cuatro años. Pero también lo dejó inacabado. Parece que se lo llevó a Francia, aunque se duda si el que está en el Museo del Louvre, conocido por la Gioconda, sea realmente el suyo.

Da Vinci fracasó en Milán, en Florencia y en Roma, y solo triunfó en Francia, muchos años después. Como suele ocurrir con los grandes genios, fue un artista incomprendido en su época. Pero sus fracasos, grandes o pequeños, dejaron una huella imborrable en la vida de este gran maestro. Sus fracasos le sirvieron para curtir su voluntad, para ganar en humildad y rectificar, gracias a lo cual surgió el gran artista, el hombre sabio y polifacético, ejemplo de laboriosidad y de amor por la obra bien hecha.

5. MIEDO AL FUTURO

EXISTE TAMBIÉN EL MIEDO AL FUTURO, que puede acobardar a más de uno a la hora de tomar una decisión. Sobre todo, cuando se trata de poner en juego la libertad personal y los propios recursos, sin garantía alguna de lo que le pueda ocurrir el día de mañana. En esa situación parece lógico que se extremen las medidas antes de asumir un compromiso, por las consecuencias que pueda tener. El hecho de que el futuro sea impredecible es todo un desafío. Por mucho que nos empeñemos es imposible adivinar lo que podrá sucedernos.

No somos adivinos, ciertamente. Nadie puede saber a ciencia cierta si en un futuro más o menos lejano gozará de buena salud, si conservará la lucidez mental o si estará en condiciones de asumir sus obligaciones. Y podría ocurrir que, por miedo a la incertidumbre del futuro, se acobarde y aplaze sine die la decisión que iba a tomar, por ilusionantes y maravillosos que fueran los planes y proyectos que se había hecho.

No es fácil en tales circunstancias moderar, y menos controlar, el miedo que se siente ante un futuro imprevisible. Pero, aun así, no hemos de dejarnos acobardar; es preciso encarar la vida como viene, pues, aunque el futuro sea impredecible, se puede abordar con ciertas garantías de éxito cuando hay voluntad de superación, se vive de fe y se confía en Dios. Lo contrario sería dar pábulo al temor y la inseguridad, a la duda y la vacilación. Que puede dispararse aún más a consecuencia del ambiente enrarecido en el que se vive: inestabilidad familiar, política, económica o social, que de ordinario genera desazón y angustia. Es este el origen de buena parte de los desequilibrios, manías o desconfianzas que padecen muchas personas.

Decía Víctor Hugo que «el futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable. Para los temerosos, lo desconocido. Para los valientes, es la oportunidad». ¿Cómo desbloquear, pues, el miedo al futuro? Para un cristiano es fácil. Sobre todo, si vive de fe y confía en Dios. No se trata de prever el futuro y ejercer de adivino, sino sobre todo de avivar la esperanza, armarse de valor y ser optimista, sin duda la mejor de las farmacopeas para aprovechar las oportunidades que se nos presentan.

AVIVAR LA ESPERANZA

Aunque no pueda eliminarse del todo el miedo al futuro, puede afrontarse sin embargo con serenidad, ilusión y optimismo. Es el objeto de la virtud de la esperanza. De esta virtud procede la seguridad que permite crecerse ante los obstáculos e imprevistos. Volveremos a hablar de ella al final del libro, por tratarse de una virtud imprescindible para mantener la serenidad y la confianza ante la adversidad. No obstante, adelantamos ahora algunas de sus características principales.

La esperanza es la virtud del caminante, propia de la persona joven de espíritu, decidida a caminar con garbo para desafiar las circunstancias y alcanzar la meta que se propone. No se precipita. Sabe que ha de dar un paso y después otro, superando cansancios y redoblando esfuerzos, manteniendo la ilusión, aunque la meta esté aún lejana. Los obstáculos, para el que vive de esperanza, lejos de detenerlo o desanimarlo, le sirven de estímulo para continuar con más brío la marcha, con más ilusión y alegría.

Ahora bien, no se ha de confundir la esperanza con la simple "previsión" de lo que pueda ocurrir mañana, y menos con un "esperar" a que se cumpla lo que tanto deseamos. Algunos confunden la espera con la esperanza porque en realidad lo que "esperan" es que les suban el sueldo, que les asciendan de categoría o que les toque la lotería... Es este un esperar sin esperanza. De ahí que, para ellos, perder la esperanza signifique fracaso, contrariedad, mala suerte. Este modo de enfocar el futuro tiene mucho de humano y muy poco o nada de esa otra visión esperanzada de la vida.

Es cierto que la esperanza se relaciona con el futuro. Pero no hemos de olvidar que se alimenta y crece con lo que se hace en el presente. Es decir, al hablar de esperar con esperanza no se quiere decir que se cuente con la "seguridad" de lo que ocurrirá mañana; pero ayuda a crecerse por dentro, poniendo más esfuerzo e ilusión en el "hoy y ahora", que es donde de verdad se decide el futuro. Por lo tanto, aunque la esperanza no asegure el éxito, que siempre será incierto, es garantía de que alcanzaremos lo mejor si por nuestra parte hacemos en cada momento lo que debemos.

De ahí que el rechazo a asumir un compromiso por miedo al futuro, pueda convertirse en falta grave contra la virtud de la esperanza. La pasividad del agnóstico, la indecisión del descreído, lejos de motivarles los paraliza y los llena de desconfianza, cercenando así poco a poco la vida de su espíritu. En tal situación, la persona sin esperanza, acobardada y sin resuello, queda abocada al

desaliento, con su autoestima por los suelos, y lo que es peor, sin voluntad ni motivación para encarar con valentía el futuro.

Jesús animaba a sus discípulos a confiar y a vivir de esperanza. Sus palabras son para nosotros un estímulo importante para los momentos de desaliento. Vale la pena recordarlas:

«Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros, por mucho que se preocupe, puede añadir a su estatura un solo codo? Y acerca del vestido, ¿por qué preocuparos? Contemplad cómo crecen los lirios del campo: no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, inquietos diciendo: ¿Qué comeremos, o ¿qué beberemos?, o ¿con qué nos vestiremos? Por todas esas cosas se afanan los gentiles. Bien sabe vuestro Padre celestial que necesitáis de todas ellas [...] No os inquietéis por el día de mañana, pues el mañana tendrá su propia inquietud. A cada día le basta su contrariedad» (Mt 6, 26-34).

Avivar la esperanza es de gran ayuda para encarar con confianza el futuro. Aparte de ayudar a mantenerse en la presencia de Dios, impulsa a hacer en cada momento lo que se debe, alejando así imaginaciones y fantasías que hacen perder el tiempo y que, de ordinario, acaban en sobresaltos y disgustos. Quizá resulte más cómodo limitarse a “esperar”, dejando que pasen los días sin ilusión ni perspectivas de futuro. Pero, además de ser una imprudencia, supondría exponerse voluntariamente a vivir tristes e inoperantes, sin darle sentido a la vida.

PREVENIR EL FUTURO

No va contra la virtud de la esperanza hacer previsiones para el futuro. Es más, parece lo más razonable. Todos necesitamos un mínimo de previsión para que el futuro no nos encuentre desprevenidos. Gracias a esa previsión el Faraón de Egipto agradeció a José que le previniera de la catástrofe que se les avecinaba: siete años de vacas gordas y siete de vacas flacas. Lo malo pues no es prevenir el futuro, sino preocuparse en extremo por lo que pueda sucedernos. El que se llena de preocupaciones no hace sino adelantar al presente, al hoy y ahora, los problemas que puedan sucederle el día de mañana.

Esta consideración debería servirnos para decidarnos a poner los medios y evitar que se den en nuestra vida estos dos extremos igualmente dañinos: la imprevisión o el exceso de previsión. La imprevisión se da cuando por comodidad o pasividad se sacrifica el futuro por el presente, dejando que pasen los días y que el tiempo se encargue de arreglar las cosas. En el otro extremo se da el exceso de previsión, debido a una preocupación o inquietud exagerada, que sacrifica el presente por el futuro. Esta inquietud puede acabar por desmoralizar y hacer perder la esperanza; y así, lejos de eliminar el miedo a lo que pueda pasar en el futuro lo multiplica por un exceso de preocupación. Tanto en un caso como en el otro, el resultado viene a ser el mismo: acobardarse y huir de la realidad, ya sea de presente o de futuro. Decía Shakespeare que «los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte; los valientes saborean la muerte una sola vez», en Julio César. ¿Inquietarse o acobardarse por el futuro? Sería tanto como anticipar la muerte y no dar solución a los asuntos que preocupan. Por mucha previsión que se haga y por listo que uno sea, nadie puede cambiar el curso de los acontecimientos.

Como en toda virtud, también en la esperanza es necesario mantener un justo equilibrio, que permita hacer frente en cada momento a lo que por prudencia se debe hacer. En resumen: es preciso evitar tanto la imprevisión como la preocupación por exceso de previsión. Sin prescindir por ello, como es lógico, de las legítimas ambiciones y estudiando en cada caso cómo actuar y qué pasos se deben dar para evitar que el futuro nos sorprenda.

En el libro de los Proverbios (31, 10-31) se hace el elogio de la mujer fuerte, que con su prudencia y sabiduría se dedica a las tareas de cada día, previendo el futuro y velando por los de su casa. De ella se dice, entre otras cosas:

«En ella confía el corazón de su marido
y no le faltará ganancia.
Le procura bien y no mal
todos los días de la vida.
Busca lana y lino
y trabaja con diligencia.
Es como nave de mercader,
que trae de lejos su alimento.
Y se levanta cuando aún es de noche,
para distribuir la comida en su casa [...]

Está revestida de fortaleza y dignidad,

y sonríe al porvenir.
Abre su boca con sabiduría
y su lengua enseña con bondad.
Vigila la marcha de su casa
y no come el pan de balde...
¡Muchas mujeres tuvieron entereza,
pero tú superas a todas!

Un hermoso canto a la fortaleza y prudencia de la mujer previsora, en el que se pone de relieve su calidad humana y su fuerza moral. Al referirse san Juan Pablo II a este canto comentaba: «Se expresa en él la fuerza de numerosas figuras femeninas del Antiguo Testamento, del tiempo de Cristo, y de las épocas posteriores hasta nuestros días. La mujer es fuerte por la conciencia de esta entrega, es fuerte por el hecho de que Dios “le confía el hombre”, siempre y, en cualquier caso, incluso en las condiciones de discriminación social en las que pueda encontrarse. Esta conciencia y esta vocación fundamental hablan a la mujer de la dignidad que recibe de parte de Dios mismo, y todo ello la hace “fuerte” y la reafirma en su vocación» (Mulieris dignitatem, 30).

SEGUNDA PARTE

ARMARSE DE VALOR

INICIAMOS ESTA SEGUNDA PARTE considerando la importancia del valor en la toma de decisiones, y más cuando se trate de asuntos de cierta relevancia. Se necesita tener valor para superar el miedo, hacer frente al cansancio y vencer el desánimo o el pesimismo. A veces sabemos lo que tenemos que hacer, pero por cobardía no nos atrevemos a llevarlo a cabo. Dejamos con facilidad arrinconados asuntos que reclamaban una decisión pronta y valiente, de la que dependen el bienestar personal y el de otros.

Hablamos de valentía, pero ¿qué significa? Es una virtud humana que se identifica con la fuerza de voluntad, el atrevimiento o la audacia para llevar a cabo asuntos arduos o de difícil ejecución. La valentía es, por tanto, la capacidad que se tiene de superar el obstáculo o la dificultad que en un primer momento se pueden ver como insuperables. La valentía se opone por esta razón a la cobardía, a la falta de fortaleza. En cambio, son sinónimos de valentía el coraje, el arrojo, la bravura o la osadía, imprescindibles para abordar con posibilidades de acierto las decisiones difíciles.

No ha de confundirse sin embargo la valentía con la autoafirmación personal, ni con la actitud egoísta del que se envalentona buscando su propio interés. Valiente es el que lucha por vencer los obstáculos, el que más que buscar su propio bien se desvive por compartirlo con los demás. Y eso, aunque para ello tenga que renunciar a parte de su tiempo y de su dinero, y lógicamente también a su comodidad.

UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

En el corazón de todo hombre late un deseo insaciable de felicidad. Es significativo en este sentido el encuentro del chico joven que se presenta ante Jesús atraído por su persona y su palabra. Quería ser feliz, pero no sabía cómo. De ahí que de inmediato le pregunte: «Maestro, ¿qué cosa buena he de hacer para alcanzar la vida eterna?». Jesús le responde: «Si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos». Una vez que Jesús se los ha recordado, él le responde: «Todo esto lo he guardado. ¿Qué más me falta?». Jesús debió mirarlo con admiración y cariño, dada su buena actitud. Por esto, y para su sorpresa, le abre un panorama mucho más alto del que él planteaba: «Si quieres ser perfecto —es decir, feliz—, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme». Pero este chico, que al principio se sentía insatisfecho, «al oír estas palabras se marchó triste, porque tenía muchos bienes» (Mt 19, 16-22).

Este muchacho hubiera podido ser feliz, pero por estar apegado a lo que tenía le faltó generosidad para responder a la llamada de Jesús. Su corazón no era libre, no se atrevió a cortar amarras. El resultado fue de lo más triste: desperdició el gran negocio que se le presentaba, el de alcanzar el Reino de Dios, y con él la felicidad que anhelaba. Se acobardó, prefirió disfrutar de los bienes que tenía antes que responder con generosidad al amor que Jesús le ofrecía. Su corazón, creado para amar y ser feliz, no fue capaz de levantar el vuelo, y quedó cautivo por la nimiedad de unos bienes terrenos. En el fondo, si no se atrevió a seguir al Maestro fue por falta de generosidad y valentía.

¿Cómo ser valientes? Con altura de miras, con generosidad y afán de servicio. Sin valentía es muy difícil superar los reclamos del egoísmo. Sin valentía no cabe la generosidad ni el espíritu de sacrificio. Sin valentía la vida se vuelve mustia, decae el ánimo y hasta la más pequeña contrariedad puede parecer insuperable. La valentía tiene mucho que ver con la madurez y el equilibrio psíquico y moral de la persona. Proporciona una mayor agilidad mental, fortalece la voluntad y ordena el recto uso de las pasiones. De donde se sigue que cuanto mayor es la valentía, tanto mayores son las posibilidades de acertar en las decisiones que se toman. Sin decisiones valientes y atrevidas se cierra el camino a la felicidad.

Se suele decir que se pierde más por las decisiones no tomadas que por las que fueron equivocadas. La razón es sencilla. Aunque nos equivoquemos al decidir, rara vez esas equivocaciones serán irreparables. Para el que actúa con rectitud de intención y busca lo mejor para sí y para los otros, aunque pueda equivocarse siempre está, si quiere, en condiciones de remediarlo. Todas las cosas tienen arreglo. Lo importante es atreverse a decidir, aunque se corra el riesgo de equivocarse. Con gran sabiduría afirmaba Disraeli que «las decisiones no siempre traen la felicidad, pero esta no existe si no se toman las decisiones a tiempo».

EL INFLUJO DE LAS PASIONES

Al hablar de valentía se ha de contar con otro parámetro importante del que con frecuencia nos olvidamos: del influjo que ejercen las pasiones y los sentimientos en el comportamiento humano. Bien administrados, los sentimientos son un estímulo altamente positivo a la hora de decidir. No se ha de olvidar que los sentimientos son parte constitutiva de la propia personalidad, y como tales los hemos de valorar.

El Catecismo de la Iglesia Católica en su número 1764, al referirse a los sentimientos afirma que por ser «componentes naturales del psiquismo humano, constituyen el lugar de paso y aseguran el vínculo entre la vida sensible y la vida del espíritu. Nuestro Señor señala el corazón del hombre como la fuente de donde brota el movimiento de las pasiones (cf Mc 7, 21)».

Las decisiones pueden verse influidas, por tanto, para bien o para mal por la fuerza de las pasiones. Ahora bien, de la misma manera que pueden ser una ayuda valiosa a la hora de decidir, se pueden convertir también en una rémora. La cabeza y el corazón deben ir al alimón en la toma de las decisiones, de modo que actuando al unísono se asegure que la reflexión precede a la decisión. La precipitación provocada por las pasiones desordenadas, puede llegar a nublar el entendimiento y debilitar la voluntad, convirtiendo a la persona en una marioneta, mecida al vaivén de sus caprichos.

No obstante, conviene recordar que por sí mismos los sentimientos no son ni buenos ni malos. Su valor depende de la moralidad de los actos que se realizan, en los que, como decimos, pueden influir para bien o para mal. Por esta razón se dice que los sentimientos son asumidos por las virtudes o pervertidos por los vicios (cf 1768), necesarios no obstante para que pueda darse un comportamiento verdaderamente humano.

Conviene subrayar, sin embargo, que en ningún caso los sentimientos constituyen la última instancia de las decisiones que se toman. Si así fuera, los sentimientos se convertirían en un fin, en motor del actuar humano; y así, desconectadas de la inteligencia y de la voluntad, las decisiones que se tomen serán fruto del sentimiento, dejando con ello la puerta abierta al sentimentalismo antojadizo, frívolo e inconsistente.

ATENCIÓN AL SENTIMENTALISMO

El sentimentalismo cobra toda su fuerza cuando, llevado hasta el extremo el sentimiento, se exalta la emotividad como principio del obrar. En tal caso, al prescindir de la razón y del discernimiento, las decisiones así tomadas carecerían de fundamento. Cualquiera actuaría entonces condicionado por su estado de ánimo, por sus gustos y apetencias, sin el toque de cordura y sensatez propio de las personas prudentes. Los prontos, las decisiones precipitadas, más que ser signo de fortaleza y valentía lo son más bien de temeridad. Al sentimental le atrae y le interesa solo lo que siente, lo que le supone placer, y rechaza en cambio cuanto pueda comprometerle o exigirle algún sacrificio. De ahí que, si no siente lo que se le encomienda o la tarea que debe realizar, la desprecia y

abandona. De donde se sigue que los sentimientos, que son de una gran ayuda, al extremarse y transformarse en sentimentalismo se convierten en un auténtico lastre del obrar humano.

Solo cuando los sentimientos están dirigidos por la razón y sometidos a la voluntad, se convierten en un estímulo positivo a la hora de decidir. Es decir, cuando las decisiones se toman con cabeza y en ellas se pone el corazón. Solo entonces se robustece la personalidad, se incrementa la autoestima y se decide con sensatez.

1. CON LA FUERZA DE LA VIRTUD

HOY SE CONSIDERA POR ALGUNOS LA VIRTUD como la cenicienta de la vida moral. Goza de poca estima. Y así, por desconocer lo que realmente significa, tienden a rechazarla y considerarla como algo anticuado, pasado de moda. Piensan que quizá tuviera su importancia en la antigüedad, pero no hoy, cuando lo que prima es el deseo de libertad, el afán de independencia. Se explica así que estas personas rechacen cuanto significa norma, deber o compromiso. Y lo argumentan diciendo: ¿Cómo puedo someterme a normas y criterios caídos en desuso? ¿Por qué voy a dejarme esclavizar por una moral restrictiva, si lo que quiero es ser libre? Es evidente que para los que piensan así, la sola invitación a cultivar la virtud es considerada como un atentado a su intimidad, una injerencia molesta que ni pueden ni deben aceptar.

Se olvida que fue precisamente el cultivo de la virtud el que sirvió en la antigüedad clásica para alcanzar sabiduría, para ser libres y ejercitar sin trabas las capacidades personales. Gracias a su ejercicio, aquellas gentes lograron conquistar su libertad y dar un sentido coherente a sus vidas. La práctica de la virtud les llevó a sentirse dueños de sí mismos, a salir victoriosos en medio de una sociedad esclavizada por los vicios y el desorden moral. El estilo de vida que lograron implantar no era algo impuesto, contrario a la libertad, sino fruto de una decisión personal, valiente y atrevida.

SIGNIFICADO DE LA VIRTUD

Es lógico que nos preguntemos, ante las dudas de muchos de nuestros amigos y parientes: ¿Qué significado tiene la virtud? Hay que empezar por decir que esta palabra procede de la voz latina *virtus*, en su significado de fuerza, poder o valentía, cualidades todas ellas atribuidas a la persona virtuosa. Con la fuerza y el vigor procedente de la virtud, el hombre se capacita para responder a las situaciones arduas o embarazosas que se le presenten. De ahí que se diga de un marido, por ejemplo, que «a pesar de las dificultades que encontró en su matrimonio, las pudo superar gracias a su virtud, a su fuerza de voluntad y a la firmeza de su carácter».

En la antigua Grecia se dio, como decimos, una gran importancia al cultivo de la virtud. Muchos de sus filósofos consideraron la palabra virtud como sinónima de excelencia o plenitud. En este sentido, Sócrates aseguraba que la virtud es una ayuda imprescindible para alcanzar el bien mediante el uso de la razón. Platón, al hablar de ella, partía de un hecho verificable: que todo hombre, por el hecho de serlo, dispone de tres potencias altamente valiosas: el intelecto, la voluntad y la emoción. A cada una asignó las respectivas virtudes de la sabiduría, el valor y el autocontrol.

— La sabiduría la identificó con la virtud de la prudencia, puesto que ayuda al hombre a actuar con rectitud y sensatez, dándole capacidad para elegir los medios que considere oportunos para alcanzar el bien.

— El valor lo identificó con la virtud de la fortaleza, por cuanto representa una ayuda considerable a la hora de afrontar decisiones que exigen esfuerzo y constancia.

— Asimismo identificó el autocontrol con la virtud de la templanza, por cuanto permite al hombre dominar sus pasiones y poner orden en sus apetencias, actuando con moderación y equilibrio en la busca del deseo razonable del bien.

— Añadió, por último, una cuarta virtud: la justicia. Gracias a la cual el hombre puede vivir en paz consigo mismo y con los demás, protegido por unas normas que le garantizan permanencia y estabilidad en su vida, dentro de un orden justo y responsable. Virtuosa es, en este sentido, la persona que vive todas estas virtudes, gracias a lo cual llega a poseer el dominio de sí misma y puede dar a los demás lo que en justicia les pertenece.

Aristóteles al considerar la virtud, se refiere al hombre que, por falta de reflexión y discernimiento, pierde la percepción del bien y del mal, hasta llegar a confundir la virtud con el vicio. En su tratado de Política (I, 1), afirma: «Lo propio del hombre con respecto a los demás animales es que solo él tiene la percepción de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto y otras cosas semejantes [...] Pues, así como el hombre cuando llega a su perfeccionamiento es el mejor de los animales, así también es el peor de todos cuando está divorciado de la ley y de la justicia. La justicia más aborrecida es la que, teniendo armas para emplearlas en favor de la sabiduría y de la virtud, puede usarlas precisamente para lo contrario. Por eso el hombre sin virtud es el más

impío y salvaje de los animales, y el peor en lo que respecta a los placeres sexuales y a la gula».

Santo Tomás por su parte, siguiendo a Aristóteles, habla de la virtud como un hábito que perfecciona al hombre y le ayuda a obrar con facilidad en la búsqueda del bien. Distingue para ello un doble principio en las acciones humanas: de una parte, la razón; de otra, el apetito sensitivo. Son como los dos motores principales del obrar humano. De este modo, en la medida que la virtud perfecciona el entendimiento —especulativo o práctico— en la búsqueda del bien, se puede hablar de una virtud intelectual; en cambio, cuando perfecciona el apetito sensitivo se habla de una virtud moral (cf. S.Th. q. 58, a.3).

Por todo ello, la virtud puede definirse como «el hábito del bien obrar». Es «una disposición habitual y firme para hacer el bien. Permite a la persona no solo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas» (CEC 1803).

Las cualidades morales derivadas de la virtud diseñan el perfil humano de la persona, su categoría y calidad. Gracias a ello puede decidir lo que es justo y verdadero, y rechazar lo que es innoble e injusto. Por esta razón se dice de ciertas personas que «tienen la virtud de hacer fácil lo difícil, amable lo engorroso, convirtiendo lo malo en bueno y lo negativo en positivo. Pasan inadvertidas haciendo el bien, y porque son fuertes no dejan que salga de su boca una palabra de queja o murmuración».

CULTIVAR LA VIRTUD

Recomendaba san Pablo a los primeros cristianos de Filipo: «Por lo demás, hermanos, pensad en cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de buena fama, todo lo que sea virtuoso y laudable. Lo que habéis aprendido y recibido, lo que oísteis y visteis en mí, ponedlo por obra; y el Dios de la paz estará con vosotros» (Flp 4, 8-9).

No basta por tanto con saber qué es la virtud, para que crezca requiere que se cultive a diario. La llamada del Apóstol es un aviso para que no solo escuchemos la buena doctrina, sino sobre todo para que procuremos practicarla. El cultivo de la virtud transforma a la persona, le da fortaleza y estabilidad, un gran amor por todo lo que es noble y justo. Así lo vivieron los primeros cristianos, según lo refleja esta exhortación de san Juan Crisóstomo:

«Busquemos —decía— aquellas virtudes que, junto con nuestra salvación, aprovechan principalmente al prójimo [...] En lo terreno, nadie vive para sí mismo; el artesano, el soldado, el labrador, el comerciante, todos sin excepción contribuyen al bien común y al provecho del prójimo. Con mayor razón en lo espiritual, porque este es el vivir verdadero. El que solo vive para sí y desprecia a los demás es un ser inútil, no es hombre, no pertenece a nuestro linaje» (Homilías sobre San Mateo, 77,6).

El cultivo de la virtud es una ayuda eficaz en la toma de decisiones. Previene ante el deseo de buscar el propio interés, y empuja a ser generoso con los demás. La virtud fortalece y estimula ante el miedo y los complejos que se han de vencer, ayuda a superar los caprichos y saltar por encima de la comodidad. Lo cual requiere el ejercicio contante y amoroso en lo pequeño, en lo ordinario de cada día. Y porque cuesta, es preciso echar mano de la fortaleza y de la audacia, para encarar con éxito los asuntos que requieren una decisión atrevida y no pocas veces arriesgada.

La película de Spielberg *Los papeles del Pentágono* (2017), recrea de modo real lo ocurrido en relación con la Guerra de Vietnam, ante el afán del Gobierno por ocultar lo que realmente estaba ocurriendo. El film es un elogio a la libertad de prensa frente a la tentación del poder político por erosionarla. Y un elogio también a la valentía y el coraje demostrado por el periódico *The Washington Post*, en especial por su editora, Katharine Graham (Meryl Streep) y su director, Ben Bradlee (Tom Hanks), que defendieron con gran fortaleza y atrevimiento la necesidad de hacer públicos aquellos papeles. Buscaron la verdad y la encontraron. Luego, coherentes con su criterio, decidieron publicar el contenido de aquella información frente a la oposición que encontraron incluso en su propio periódico, además de la amenaza del mismo Gobierno. Aun así, se lanzaron sin miedo ni complejos a aquella arriesgada aventura.

Llevados a juicio ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, este falló a favor del periódico, basando sus argumentos en la primera enmienda de la Constitución que defiende la libertad de prensa y deja muy claro que los periodistas están al servicio de los gobernados y no de los gobernantes. En todo este episodio destacan y adquieren gran relieve las virtudes de valentía, constancia y decisión de cada uno de los personajes. Gracias a ello, tanto la editora como el director del *The Washington Post* lograron hacer frente a las insidias y amenazas de los que con gran imprudencia pretendían acallar la voz de la libertad.

2. DE LA MANO DE LA PRUDENCIA

ENTRE LAS VIRTUDES QUE HAN DE CULTIVARSE, cuando se trata de tomar una decisión, destaca la prudencia, que junto con la fortaleza ayuda a decidir con valentía. Prudencia y fortaleza van por esta razón de la mano. Pues sin prudencia la valentía se convierte en temeridad, y sin valentía la prudencia acaba en cobardía. Del entrelazamiento de estas dos virtudes deriva en definitiva el dinamismo interior de la persona, su capacidad de decisión y el valor o atrevimiento para embarcarse en decisiones de altura.

RELACIÓN CON LA PROVIDENCIA

Santo Tomás de Aquino vincula la virtud de la prudencia con la providencia, de la que toma su nombre. Este procede del verbo latino provideo, que significa ver de lejos, o lo que es lo mismo, pre-ver lo que sucederá antes de que suceda. De ahí su gran valor.

La providencia supone por tanto un cierto conocimiento de lo que puede suceder, pero que aún no ha sucedido. Es un acto de la razón práctica, en el que está implicada la voluntad que se ordena a la busca del bien. Esto quiere decir que, aunque la providencia es propiamente un acto del entendimiento, presupone la voluntad que, como decimos, tiende a la búsqueda del bien.

Hablando con propiedad, puede decirse que nadie puede llamarse previsor si no ejercita su voluntad junto a la razón. La providencia presta de esta manera a la prudencia una cierta visión de lo que ocurrirá en un futuro, por tener como misión ordenar lo que se hace en el presente con vistas al bien deseado, pero aún no alcanzado. Como, por otra parte, ordenar es propio de quien emplea su razón para buscar lo que desea, solo puede ser previsor quien actúa con inteligencia.

De todo lo cual se derivan dos actos principales: el de ordenar los medios al fin previsto, y el de ejecutar, al que se llama propiamente gobernar. Estas dos acciones de ordenar y gobernar son inseparables del ejercicio de la prudencia. ¿Qué se deduce de todo esto? Pues que es propio de las personas sabias e inteligentes ordenar los medios al fin que se proponen; ahora bien, nos encontramos con que no todos los hombres, por sabios e inteligentes que sean,

tienen capacidad de gobierno. ¿De qué sabiduría hablamos, por tanto? De una sabiduría práctica, en la que además de la inteligencia se necesita el ejercicio de la voluntad para ejecutar y gobernar lo que se ha decidido. Esta capacidad de ejecutar es propia del buen gobierno, y su falta conduce al desgobierno, al desorden y no pocas veces al caos.

En este sentido es patente que al marido y a la mujer les incumbe la tarea de gobernar su propia casa. Pero, con frecuencia, podemos encontrar matrimonios maniáticos del orden, que en la práctica les falta capacidad de decidir y ejecutar la marcha de su hogar. No ha de extrañar que antes o después acaben en auténtico desgobierno. Serán al final los hijos quienes carguen con las consecuencias de su indecisión y tengan que soportar, por el desgobierno de sus padres, un cúmulo de riñas o amonestaciones sin cuento.

Por extensión algo parecido puede decirse de quienes gestionan la cosa pública. Representantes del gobierno, comunidades o municipios cargados de buenos planes, teóricos de la política, pero que en la práctica a muchos de ellos les faltan las dotes necesarias del buen gobierno quedándose en planteamientos teóricos, en continuas promesas, dejando pasar los días sin que se vean cumplidas. Con un poco más de prudencia y sensatez, tal vez se hubieran atrevido a ejecutar lo que habían decidido y prometido.

EL PAPEL DE LA PRUDENCIA

De lo expuesto se deduce que corresponde a la prudencia ordenar y gobernar, o lo que es lo mismo, preparar y ejecutar las decisiones que se toman. La prudencia se convierte por este motivo en guía certera de las decisiones que se toman o se van a tomar. Como es natural, esto requiere discernir en cada caso los medios que se han de emplear, y comprobar además que se eligen los mejores, los más justos y razonables.

El Catecismo de la Iglesia define la prudencia como «la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo. “El hombre cauto medita sus pasos” (Pr 14, 15). “Sed sensatos y sobrios para daros a la oración” (1 Pt 4, 7). La prudencia es la “regla recta de la acción”, escribe santo Tomás (S. Th. 2-2, 47, 2), siguiendo a Aristóteles. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o el disimulo. Es llamada auriga virtutum: dirige las demás virtudes indicándoles la regla y medida que deben seguir. Es la prudencia precisamente la que sirve de guía al juicio recto de la conciencia. El hombre prudente decide y ordena su conducta según este juicio. Gracias a esta virtud aplicamos sin error

los principios morales a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar» (n. 1806).

La prudencia enseña por consiguiente a discernir y ordenar lo que uno se propone realizar. Esto quiere decir que le incumbe también prever los efectos que tendrán las decisiones que tome, y eso requiere examinar la propia conciencia para comprobar si ha procedido bien o debe rectificar. Tal discernimiento lleva a comprobar no solo que se ha elegido el bien, sino que además ese bien es el verdadero. Porque podría ocurrir que, queriendo lo mejor, nos hubiésemos deslizado por la senda del error.

De otra parte, como auriga virtutum que es, a la prudencia le corresponde encaminar al hombre a su plenitud, a su excelencia. No de una manera llamativa sino discreta, por ser una virtud que actúa sin ruido, sin llamar la atención. Y eso aun cuando en ocasiones podamos quedar admirados de la prudencia y sabiduría de algunas personas, de su sensatez y buen criterio. Por ejercitar la virtud de la prudencia, estas personas gozan de mayor facilidad para alcanzar el éxito en lo que se proponen, para superar obstáculos y dificultades, aunque a veces se vean zarandeadas por un vendaval de calumnias o difamaciones. No obstante, gracias al equilibrio que les proporciona la prudencia, logran mantenerse serenas, conservando la alegría y el buen humor. Y así, huyen de los dimes y diretes, evitan las discusiones y el acalorarse por cuestiones de escasa monta. Por el contrario, escuchan con atención e interés las opiniones ajenas, se muestran comprensivos con todos, tienden generosamente la mano al que los necesita.

CULTIVAR LA PRUDENCIA

Para vivir en paz y sin sobresaltos es obvio que necesitamos cultivar la virtud de la prudencia. Pero, como toda virtud, exige para su desarrollo la repetición de actos, que engendra el hábito de la virtud. Se ha de tener en cuenta, además, que por ser la prudencia la primera y principal de las cuatro virtudes cardinales, su influjo se extiende a la justicia, la fortaleza y la templanza. En todas ellas deja su impronta, a la vez que recibe de ellas la fuerza y el empuje que se necesita para ser fuertes y valientes. El hábito de la prudencia hace a la persona circunspecta, juiciosa y ponderada.

No obstante, aunque se cultive la prudencia, no basta para acertar en las decisiones que se toman. Es verdad que la prudencia hace a las personas más reflexivas, realistas y conscientes de sus limitaciones, ayudándoles a reconocer sus errores y a rectificarlos con gusto. Pero, a la vez, exige tener la

humildad necesaria para comenzar y recomenzar sin sonrojos ni complejos. Pues, aunque las decisiones que se tomen no salgan a la primera, no debe importar. Cuando se es humilde, se replantean nuevamente y, con nuevas luces, se afina y se persevera en el esfuerzo.

Sin embargo, para evitar equívocos, viene bien recordar una advertencia de san Juan Pablo II:

«Prudente no es —como frecuentemente se cree— el que sabe arreglárselas en la vida y sacar de ella el máximo provecho, sino quien acierta a edificar la vida entera según la voz de la conciencia recta y según las normas de la moral justa.

De este modo —continuaba diciendo—, la prudencia viene a ser la clave para que cada uno realice la tarea fundamental que ha recibido de Dios. Esta tarea es la perfección del hombre mismo» (Alocución, 25-X-1978).

3. PASOS PARA DECIDIR BIEN

PASAMOS A ANALIZAR AHORA ALGUNOS de los pasos que se han de dar antes de tomar una decisión. Importa saberlo porque buena parte de los fallos y desaciertos que se cometen proceden de decisiones mal tomadas. Bien por no haber discernido los términos del problema, bien por no contar con las experiencias pasadas, o por no haber pedido consejo.

Por esta razón es aconsejable tener presentes estos tres pasos para aprender a decidir: discernir, juzgar y deliberar. Necesarios para actuar bien tras un juicio ponderado de lo que se pretende hacer. No se trata de dedicar mucho tiempo a cada uno de estos pasos. De ordinario, la persona que tiene bien cogido el hábito de la prudencia suele actuar con rapidez, descubriendo en seguida los pros y contras que pueden afectar a las decisiones que piensa tomar.

APRENDER A DISCERNIR

Es el primer paso que se debe dar. Importa tenerlo presente porque en ocasiones hay quienes ni siquiera saben la meta a la que se dirigen ni los medios que han de emplear para alcanzarla. Y así, por falta de discernimiento, muchas de las decisiones terminan en fracaso.

Según el Diccionario de la Lengua, discernir significa distinguir una cosa de otra, descubrir las diferencias y semejanzas que se dan entre las distintas opciones o elecciones que se presentan. Imprescindible para elegir los medios más convenientes en orden a alcanzar el fin que se pretende. El discernimiento además de fijar el fin facilita la elección de los medios.

No quiere decir esto que se deba mantener por principio una postura conservadora cuando se trata de tomar una decisión. A esto se refería el papa Francisco en la audiencia del 14-IX-2017 concedida a un grupo de obispos, en la que subrayó la necesidad de aprender a discernir.

El discernimiento —decía— «es un remedio al inmovilismo del “siempre se hizo así” o del “nos tomamos un tiempo”. Porque el discernimiento es un proceso creativo, que no se limita a aplicar

esquemas. Es un antídoto contra la rigidez, porque las mismas soluciones no son válidas en todas partes. [...] No os dejéis aprisionar por la nostalgia de poder tener una sola respuesta para aplicar a todos los casos. Eso quizá calmaría nuestra ansia de rendimiento, pero dejaría relegadas a los márgenes y "secas" vidas que necesitan ser regadas por la gracia que custodiamos (cfr. Mc 3,1-6; Ez 37,4)».

Es importante, pues, dedicar el tiempo que se necesite a discernir lo que nos proponemos. Hay gente sensata que se instruye por medio de la lectura en relación con lo que piensan hacer, cambian impresiones con amigos y compañeros, comentan sus posibles decisiones antes de tomarlas con su mujer o sus hijos, y solo entonces deciden en función de lo que consideran mejor.

JUZGAR EN CONCIENCIA

Tras el discernimiento el juicio. No todos saben juzgar. Para hacerlo bien es necesario seguir el dictamen de la propia conciencia, como más adelante tendremos ocasión de ver. Este juicio de conciencia es importante porque cada uno es responsable de sus actos. No es el marido o la mujer, los padres o los jefes, sino uno mismo personalmente el que tiene que hacer frente personalmente a las decisiones que toma.

Y es en este punto donde surge la duda y a veces la ignorancia de qué es realmente la conciencia. Precisamente por desconocerla, no son pocos los que se lanzan a actuar de modo inconsciente, es decir, sin hacer caso a la voz de su conciencia, que, aunque ellos no la escuchen, nunca permanece en silencio.

Refiriéndose a ella, el Catecismo de la Iglesia enseña:

«La conciencia moral es un juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la cualidad moral del acto concreto que piensa hacer, está haciendo o ha hecho. En todo lo que dice o hace, el hombre está obligado a seguir fielmente lo que sabe que es justo y recto. Mediante el dictamen de su conciencia el hombre percibe y reconoce las prescripciones de la ley divina» (CEC 1778).

La conciencia es ante todo un juicio, por medio del cual cada uno debe aplicar los principios morales generales a su caso particular. Por haberlo olvidado o no haberlo aprendido, algunos se encuentran no pocas veces desorientados sin saber qué hacer o qué decidir. Al carecer de criterio, es difícil que puedan tener un juicio recto sobre lo que piensan hacer. De ahí que pierdan el norte de las cosas y hasta el de su misión en la vida. En esta situación se encuentran los que

deben decidir si se casan o no, con quién y cómo hacerlo. O aquellos otros que se sienten movidos a ensayar planes de futuro sin un juicio certero de lo que quieren. No consultan con su conciencia, es más, la desconocen o se niegan a conocerla.

La conciencia viene a ser como un GPS que nos permite caminar con seguridad, un indicador certero que, si te equivocas, te advierte que el camino que has elegido no es el correcto, y que si sigues por él no te conducirá al destino que deberías llegar.

Por no hacer caso a su conciencia, muchos no se percatan de la grandeza de su destino, ni se plantean de dónde vienen ni adónde van. De ahí que se llenen de dudas y vacilen por no estar seguros a la hora de tomar una decisión. Y así, por falta de atrevimiento o por miedo a equivocarse, danzan de un lado para otro, tristes y desconsolados. Es verdad que todos queremos ser felices, pero la mala conciencia puede llevarnos por derroteros que no queríamos, sustituyendo el buen juicio por el sentimiento o la mera opinión.

Se comprende así la incoherencia de algunos chicos jóvenes. Con una conciencia laxa y sin criterio, actúan al dictado de sus apetencias, arrastrados por su gustos y caprichos. Esta es la razón de que confundan la libertad con el libertinaje, y que por falta de un juicio recto y bien formado acaben haciendo lo que les viene en gana. Aún no se han enterado que la libertad es limitada, no absoluta.

El juicio de la conciencia ayuda a discernir la bondad o maldad de lo que se ha hecho o se pretende hacer. Sin ese discernimiento es difícil atinar a la hora de elegir entre las diversas opciones que se pueden presentar, por no saber a ciencia cierta cuál de ellas es la más justa y conveniente. Actuar sin prestar oídos a la voz de la conciencia suele acabar en decisiones arbitrarias. Al faltar un juicio verdadero, lo mismo da una cosa que otra, se actúa con exceso de optimismo, sin convicción ni coherencia.

LA DELIBERACIÓN

Deliberar supone una reflexión atenta, prudente y ponderada sobre lo que se piensa hacer o decidir. Engloba, por tanto, el fin que se pretende alcanzar y los medios que se han de emplear. En este sentido conviene hacerse unas preguntas que centren y faciliten la deliberación. Entre otras:

- ¿Qué me propongo conseguir?
- ¿Qué medios debo emplear?
- ¿Con qué dificultades me toparé?

— ¿Tendré fuerzas para llegar hasta el final?

Como es natural, en las decisiones de poca importancia apenas se necesita deliberar, basta con una sencilla y breve reflexión para centrar lo que se quiere y determinar los medios más convenientes. Pero cuando las decisiones son de mayor calado, la prudencia aconseja dedicar un tiempo más extenso a la deliberación, para ponderar los fines y ajustar los medios, previendo en lo posible las dificultades u obstáculos que se puedan presentar.

En la fase de deliberación han de tenerse presente además otras tres cuestiones, a las que nos referiremos más adelante:

- la importancia de la experiencia
- la petición de consejo
- la previsión de las consecuencias

Una vez estudiados estos puntos, que ahora solo dejamos enunciados, se pasa al último de los pasos: la decisión propiamente dicha.

LA DECISIÓN

Es el último y más importante de los pasos que se han de dar. Será más eficaz, como es lógico, si previamente se le dedicó un tiempo prudencial a la deliberación. Con los datos recopilados, es fácil entonces tomar la decisión que se estime más justa y oportuna. Aun así, además de tomar la decisión, es preciso ejecutarla, siempre que se pueda con prontitud. Porque a veces se producen retrasos y demoras que hacen perder eficacia a lo que se había decidido, con los consiguientes perjuicios.

La decisión, como decimos, llega a su término cuando se ponen por obra los acuerdos tomados. Con prudencia, sin algazaras ni fuegos artificiales. Conscientes, de que al poner por obra lo decidido, se ha dado un paso de gigante en el posible éxito de la gestión. Y esto supone tomar conciencia de la responsabilidad que se adquiere cuando sin justificación se demora lo que se había planeado.

«La prudencia —en palabras de san Josemaría— exige ordinariamente una determinación pronta, oportuna. Si a veces es prudente retrasar la decisión hasta que se completen todos los elementos del juicio, en otras ocasiones sería gran imprudencia no comenzar a poner por obra, cuanto antes, lo que vemos que se debe hacer, especialmente cuando está en juego el bien de los demás» (Amigos de Dios, n. 86).

Por lo tanto, si existen razones que lo justifiquen, en ocasiones será oportuno retrasar la decisión tomada. Ocurre, por ejemplo, cuando se advierte que no se dedicó el tiempo necesario a deliberar sobre el asunto en cuestión. En tal caso, lo prudente será esperar y dilatar un tiempo la decisión tomada. Otras veces, por el contrario, puede ocurrir que se juzgue oportuno ejecutar de inmediato la decisión. Sería entonces una irresponsabilidad retrasarla o dilatarla sin una causa que lo justifique.

No obstante, si a pesar de todo se mantuvieran las dudas o no se viera con claridad lo decidido, lo mejor será hacer un pequeño parón, rebobinar el asunto y volver al punto de partida. Intervalo que sirve para deliberar de nuevo con calma sobre los planteamientos que se hicieron. Lo cual supone:

- reconsiderar las metas
- mejorar los medios
- ajustar los tiempos
- definir las responsabilidades

La consideración de estos puntos ayudará a disipar las dudas, clarificar la mente y decidir con conocimiento de causa. Cuanto mayor sea la prudencia y el discernimiento, tanto mayores serán las garantías de acierto. Y, como es natural, sin perder de vista en ningún momento el bien que se pretende conseguir, que ha de ser equitativo y justo.

BUSCAR EL VERDADERO BIEN

San Juan Pablo II, al referirse a la prudencia, se hacía las siguientes preguntas:

«El programa que realizo, ¿sirve al bien verdadero? ¿Sirve para la salvación que quiere para nosotros Cristo y la Iglesia?». Y continuaba: «Si hoy me escucha un estudiante o una estudiante, un hijo o una hija, contemple, bajo esta luz, sus propias tareas de la escuela, las lecturas, los intereses, los pasatiempos, el ambiente de los amigos o amigas. Si me escucha un padre o una madre de familia, piense un poco en sus compromisos conyugales y de padre. Si me escucha un ministro o un hombre de Estado, mire el abanico de sus deberes y de sus responsabilidades. ¿Busca el verdadero bien de la sociedad, de la nación, de la humanidad? ¿O solo intereses particulares o parciales? Si me escucha un periodista, un publicista, un hombre que ejerce influencia sobre la opinión pública, reflexione sobre el valor y el fin de esta influencia» (Alocución, 25-X-1978).

Para alcanzar el bien, tanto propio como ajeno, se requiere una voluntad firme, sustentada en juicios rectos y sensatos, modelada en la fragua del sacrificio generoso. Pues «en el continuo ejercicio de negar y negarte en esas cosas — que nunca son futilidades ni naderías— fortalecerás, virilizarás, con la gracia de Dios, tu voluntad, para ser muy señor de ti mismo, en primer lugar. Y después, guía, jefe, icaudillo!..., que obligues, que empujes, que arrastres, con tu ejemplo y con tu palabra, y con tu ciencia y con tu imperio» (Camino, n. 19).

4. CONTAR CON LA EXPERIENCIA

A LA HORA DE DECIDIR, NADA MEJOR para acertar que contar con la experiencia, ya sea propia o ajena. La experiencia responde al conocimiento que cada uno ha adquirido a lo largo de su vida. Aunque ciertamente por el mero hecho de haber vivido mucho se pueden aportar experiencias, como es obvio cada momento de la vida, a cualquier edad que se tenga, ofrece la oportunidad de aportar nuevos conocimientos y experiencias.

A diferencia de los animales, los seres humanos no solo aprendemos por los sentidos (calor, frío, dolor, placer), sino que tenemos también la posibilidad de analizarlos y extraer de ellos una información certera en la que apoyar nuestras decisiones. Con la experiencia se tiene una percepción más profunda y totalizante de la realidad, en la que precisamente se apoya la virtud de la prudencia.

Echando mano de su experiencia, Jesús advierte a sus discípulos: «Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (Mt 10, 16). Quería ponerlos así en guardia ante los peligros y desafíos que encontrarían, a los que tarde o temprano se verían expuestos. Ante ellos debían mantenerse serenos, apoyados en la fe y en la esperanza, sin miedo ni complejos.

Se refiere aquí Jesús a la serpiente por ser considerada símbolo de prudencia, debido a su gran habilidad para huir de los peligros y defender su cabeza de los golpes que le pudieran dar. De aquí parte san Juan Crisóstomo cuando comenta: «Como la serpiente lo abandona todo, y aunque le hagan pedazos el cuerpo no hace mucho caso, con tal de guardar indemne la cabeza, así vosotros —parece decir el Señor— entregadlo todo antes que la fe, aunque fuera preciso perder la vida misma. La fe es la cabeza y la raíz. Si se conserva indemne, aunque todo lo demás lo pierdas, todo lo recuperarás más espléndidamente» (In Matthaeum homiliae 33, 2).

El hombre prudente, y más el cristiano, está obligado a proceder con cautela ante los peligros que le acechan. Pero, junto a la prudencia de la serpiente, debe unir la sencillez de la paloma. No puede hacer uso de la violencia para

defenderse, sino que debe actuar con nobleza y valentía. Ha de ser por tanto sencillo, sin doblez ni engaño. La mejor arma sin duda para huir del peligro de mundanización, uno de los más graves que se pueden presentar. El cristiano no puede pactar con el error, ni con el engaño, ni con el fraude. Transigir con tendencias y caprichos inmorales lo llevaría a ser un hombre mundano, sin principios ni criterio. De ahí que se le pida hoy más que nunca coherencia, que dé testimonio de la fe que profesa, con valentía, sin complejos ni respetos humanos.

REMEMORAR LAS EXPERIENCIAS

Por simple prudencia, es bueno hacer el esfuerzo de rememorar las experiencias que puedan enriquecer los propios conocimientos. Esas experiencias ayudan a que nos conozcamos mejor, a descubrir los puntos débiles del propio carácter y de las virtudes que se precisan para superar los defectos. Las experiencias, en definitiva, son una valiosa ayuda para reducir la exposición a los riesgos y para, en lo posible, acertar en las decisiones.

Hacer memoria es imprescindible para aprender y no echar en saco roto las experiencias pasadas, así como las decisiones que en su momento pudimos tomar. Y, en consecuencia, es de gran valor para decidir lo que se ha de hacer hoy y prever lo que se hará mañana. No se ha de olvidar que lo que pueda sucedernos en el futuro tiene mucho que ver con lo que hagamos hoy apoyados en experiencias pasadas. Así, pasado, presente y futuro se entrelazan y se retroalimentan, dando como resultado un aumento en la capacidad de decisión.

Desde antiguo se ha dado mucha importancia al valor de la experiencia, considerada por muchos como fuente de sabiduría. Los pueblos primitivos acudían a los sabios del lugar o de la tribu en busca de consejo, por su experiencia amasada a lo largo de su vida. Fracasando unas veces y saliendo victoriosos otras, pero en cualquier caso les servía para enriquecerse y decidir con sensatez. Sin embargo, la sabiduría de esos prominentes ancianos no se debía tanto a su longevidad, que ciertamente la tenían, sino al conocimiento que habían adquirido a través de la observación atenta de la realidad, tras una reflexión profunda y un buen discernimiento. Esto les capacitaba para aconsejar a otros, de modo natural y sencillo, siempre con prudencia y sabiduría.

En este sentido destacan los sabios de Israel. Ellos, por medio de una observación atenta de la realidad, se convirtieron en auténticos paradigmas de

experiencia y sabiduría. Gracias a sus largas horas de reflexión, alcanzaron un elevado grado de conocimiento, lo cual les granjeó el reconocimiento del pueblo que no dudaba en considerarlos como verdaderos maestros. Aunque enseñaban con autoridad, sin embargo, no imponían sus enseñanzas; se limitaban a proponerla con sencillez y humildad, con el máximo respeto hacia sus oyentes. Dejaban a quienes les escuchaban la tarea de ahondar en sus enseñanzas y sacar sus propias conclusiones, siempre en el marco de una experiencia que cada vez iban comprendiendo mejor.

Salomón constituye un verdadero paradigma de sabiduría y prudencia. Al poco de heredar el trono de su padre David, y preocupado como estaba de cómo debía gobernar a su pueblo, el Señor se le apareció en sueños y le dijo: «Pídeme lo que quieras», a lo que Salomón respondió: «Tú has hecho que tu siervo suceda a David, mi padre, en el trono, aunque yo soy un muchacho y no sé desenvolverme. Tu siervo se encuentra en medio de tu pueblo, un pueblo inmenso, incontable, innumerable. Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues, ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso?». Al Señor le agradó que Salomón hubiera pedido aquello, por lo que le dice: «Por haber pedido esto y no haber pedido para ti vida larga ni riquezas ni la vida de tus enemigos, sino que pediste discernimiento para escuchar y gobernar, te cumpla tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente, como no ha habido antes ni lo habrá después de ti. Y te daré también riquezas y fama, mayores que las de rey alguno» (1Re 3, 4-13).

Gracias a aquella sabiduría y siendo aún muy joven, Salomón pudo aplicar sus decisiones de gobierno con justicia y equidad, discerniendo en cada caso lo que más convenía a su pueblo. Una experiencia muy válida para el hombre de hoy, que no deberíamos olvidar.

APRENDER DE LA EXPERIENCIA

Hemos de aprender de la experiencia para ganar en sabiduría y sensatez, y para discernir con criterio y rectitud. Sin olvidar que la sabiduría más que una conquista humana es un don de Dios. Se alcanza cuando se pide con humildad. Todos, grandes y pequeños, necesitamos crecer en sabiduría y prudencia, y lo haremos a condición de que aprendamos a ser sencillos, a discernir sin complicarnos la vida. Con independencia de la mayor o menor agudeza mental que se tenga, podremos progresar en prudencia y sabiduría si a la sencillez le acompaña una buena voluntad. De una sabiduría así proceden esas intuiciones

que calificamos de geniales, pero que en realidad no son sino la conjunción de la propia experiencia con la contemplación de la verdad.

Es una tarea que requiere esfuerzo, y una voluntad decidida para recordar el pasado y valorar las experiencias. La experiencia, fundada en la prudencia, se convierte en verdadera maestra de vida. Además de permitirnos acertar en las decisiones que tomemos, nos ayudará a sacar provecho de los errores cometidos. Ahora bien, al memorizar no se trata de recordar por recordar, y menos recordar para alimentar susceptibilidades o avivar viejos rencores. Sería inhumano y poco caritativo. Las decisiones fundadas en la memoria del pasado deben ser ante todo creadoras de vínculos fraternos, estimuladoras de metas ilusionantes. Por lo tanto, si recordamos el pasado ha de ser con la recta intención de aprender de él, para hacer las cosas bien y vivir mejor la caridad con el prójimo. Los recuerdos negativos tan solo sirven para avivar rencillas, para atizar el rescoldo del resentimiento, para mirar con ojeriza al que nos ha ofendido.

OBSERVAR Y REFLEXIONAR

Las personas que consideramos sabias lo son sobre todo porque han tenido la paciencia de observar y reflexionar, acumulando multitud de experiencias. Son como libros abiertos, enciclopedias vivientes de las que todos hemos de aprender. Dando esto por sentado, cabe preguntarse: ¿por qué entonces tanta resistencia a dedicar tiempo a la observación y poder sacar partido así de ese pozo inagotable de experiencia? Quizá por la torpeza y terquedad de querer resolver las cosas a la primera, por el orgullo o la autosuficiencia con que a veces actuamos.

Parémonos por tanto a observar la realidad, hagamos el firme propósito de examinar con atención lo que hemos de hacer para no repetir los mismos errores. Hemos visto cómo muchos, como fruto de su observación, alcanzaron a lo largo de su vida gran sabiduría, sin dejarse llevar de sus emociones y menos de teorías o planteamientos ingenuos. Para advertirnos de tal falacia, el famoso médico francés Alexis Carrel, premio Nobel de medicina, escribió unas frases que nos invitan a ser más observadores y menos teóricos. Así lo formulaba:

Poca observación y muchas teorías
conducen al error.

Mucha observación y pocas teorías
conducen a la verdad.

Una observación atinada, una reflexión muy oportuna. Ambas abren el camino de la verdad y hacen a la persona juiciosa, capaz de acertar en las decisiones que toma. Ahora bien, ¿cómo seremos capaces de observar y reflexionar si en lugar de guardar silencio y mantener los sentidos recogidos, dejamos la imaginación dispersa y la mente llena de fantasías?

Reflexionar consiste en analizar las cosas con detenimiento. Pero no confundamos la reflexión con el simple pensar. La reflexión es un acto consciente a través del cual somos capaces de tomar el control de nuestros pensamientos. De tal manera que nuestras decisiones serán acertadas si, en lugar de caer en una actividad febril, alocada e inconsistente, aprendemos a reflexionar, con el fin de buscar la verdad y decidir con un mínimo de sensatez. Aunque el error goce del aplauso de una mayoría y llegue a imponerse, por encima de él debe prevalecer la verdad. Una verdad que, como acabamos de ver, se alcanza por el don de sabiduría y la observación atenta de la realidad.

DECIDIR CON RECTITUD

Aparte de refrescarnos la memoria, las experiencias deben servirnos para afianzar la rectitud en el obrar y la fidelidad a los compromisos contraídos. Es importante para no dejarse seducir por el capricho o por el brillo fulgurante de las fantasías. Gracias a su buen criterio, muchos brillaron por su sabiduría y sentido sobrenatural, acertaron en sus decisiones y gracias a ello alcanzaron una notable notoriedad. Y eso aun en medio de denigraciones, vejaciones y calumnias. Pero lo notable es que en ningún momento perdieron ni la serenidad ni el sentido del humor.

Un ejemplo singular en este aspecto lo encontramos en Tomás Moro. Graduado en Leyes por Oxford, gracias a su brillante carrera llegó al parlamento británico. El rey Enrique VIII lo nombró Lord Canciller del reino en 1529. Pero el monarca, nombrado en 1521 defensor de la fe católica por el papa León X, rompió con Roma a causa de su pretensión de anular su matrimonio con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, y contraer nuevas nupcias con Ana Bolena. La negativa del pontífice a su petición no se hizo esperar. Enrique VIII, en claro desafío a la autoridad papal, se declaró cabeza visible de la Iglesia de Inglaterra, llevando a cabo su casamiento en 1533 con Ana Bolena (segunda de las seis bodas del rey).

En abril de 1534, el rey exigió a Tomás Moro que jurase lealtad al rey y al acta que declaraba nulo y “contrario a las leyes de Dios” el matrimonio entre el rey y Catalina de Aragón. Al negarse a firmarlo, fue enviado prisionero a la Torre de

Londres. En una carta que desde la Torre envió a su hija Margaret, le indicaba que no actuaría en contra de su conciencia, pues «no puedo aceptar el juramento que se me ofrece sin poner mi alma en peligro de condenación eterna». Y así, en la tesitura entre elegir al rey o a Dios, Tomás no lo duda y responde: «No estoy obligado a cambiar mi conciencia para conformarla con el consejo de un reino que se halla en contra del consejo general de la cristiandad».

Tomás Moro mantuvo firme su criterio hasta el final de su vida. No obstante, su hija Margaret trató de persuadirle para que cediera ante la presión del rey. En una carta le pide que encuentre una salida honrosa, que «siendo del gusto de Dios, pueda también dar contento y gusto al rey». Su padre le responde que no era este un asunto que hubiera «mirado ligeramente, sino que por muchos años lo he estudiado y consultado», a lo que «mi conciencia se interpone». Su hija insiste en que muchos hombres sabios se han sometido. Pero él replica: «No me propongo prender mi alma con un alfiler a la espalda de otro hombre». Como se ve, no estaba dispuesto a acatar una ley que consideraba perversa, ni a dejarse atenazar por el miedo ni los complejos, como si fuera un cobarde.

Tomás fue juzgado y condenado por traidor. Antes de morir, aprovecha para dirigirse a la corte y al pueblo congregado ante el patíbulo, y les dice: «Muero como “el buen servidor del rey”, pero no puedo ir contra mi conciencia». Servía ciertamente al rey, pero por encima del rey estaba Dios a quien en conciencia no podía desobedecer. Se atrevió a tomar su decisión como fruto de su fe y de su aquilatada experiencia, aun a sabiendas del riesgo que corría y de las consecuencias que de ello se seguirían. Pero, confiando en Dios, ni por un momento dudó de lo que debía hacer.

Una gran lección de rectitud moral que no hemos de olvidar. La fe verdadera no es consecuencia de un impulso pasional, ni siquiera una reflexión consciente y sincera; es, por encima de todo, la aceptación de la palabra de Dios, la entrega a la voluntad divina, con la confianza y seguridad que da el saberse querido por el Señor. De esta fe robusta procede esta frase de Tomás: «Aunque sea decapitado, sé que no sufriré daño alguno».

A Tomás Moro se le considera un gran santo, por su fe, coherencia y firmeza de criterio. Pero también por su buen humor. Antes de subir al cadalso, se acerca su hijo llorando a pedirle que lo bendiga. Un momento lleno de emoción. Tomás se dirige después al oficial que estaba al frente de la ejecución, y al verlo con la cara seria, le pregunta: «¿Puede ayudarme a subir?, porque para bajar, ya sabré

valérmelas por mí mismo». Es el sentido del humor que lo caracterizó a lo largo de su vida y que conservó hasta el momento de su muerte. Le habían prohibido que hablara. Pero, dirigiéndose al verdugo momentos antes de la ejecución, le dice: «Fíjese que mi barba ha crecido en la cárcel; ella no ha sido desobediente al rey, por lo tanto, no hay por qué cortarla. Permítame que la aparte». Estas fueron sus últimas palabras.

Es el ejemplo de un hombre recto, que supo reírse de sí mismo y ponerlo todo, hasta su misma muerte, al servicio de Dios y de su prójimo. La oración que él mismo compuso es prueba de su fe, confianza y buen humor. Reza así:

«Señor, ten a bien darme un alma que desconozca el aburrimiento, que desconozca las murmuraciones, los suspiros y las lamentaciones; y no permitas que me preocupe demasiado en torno de ese algo que impera, y que se llama yo...

Obséquieme con el sentido del humor. Concédeme la gracia de entender las bromas, para que pueda conocer algo de felicidad, y sea capaz de donársela a otros. Amén».

5. PEDIR CONSEJO

LA EXPERIENCIA, CON SER IMPORTANTE, no lo es todo. Se necesita también el consejo de una persona que, por su prudencia y sensatez, pueda orientarnos y enseñarnos el camino de la cordura. Somos limitados por naturaleza, así que por mucho que nos esforcemos no podemos abarcarlo todo. Nos sentiremos seguros si nos dejamos aconsejar, y en la medida que lo hagamos serán más los elementos de juicio que tengamos para elegir y decidir lo mejor.

Con su proverbial sabiduría, el libro del Sirácida, uno de los libros sapienciales del Antiguo Testamento, aconseja: «No hagas nada sin aconsejarte, y no te arrepentirás de tus acciones» (32, 19). Y más adelante, al hablar del consejero idóneo, añade: «Recorre siempre a un hombre piadoso, de quien sabes seguro que guarda los mandamientos, que comparte tus anhelos y que, si caes, sufrirá contigo» (37, 12).

La verdad es que no es fácil dar con una persona que reúna tales condiciones. Aunque no imposible. Tal vez, sin darnos cuenta, la tengamos cerca de nosotros, más aún, dentro de nosotros. Es la presencia invisible, oculta y eficaz del Espíritu Santo, nuestro mejor Consejero. Entre sus dones está el de consejo, que lo recibimos en el Bautismo, y que llega a su plenitud con la Confirmación. Gracias a él se perfeccionan los actos de la virtud de la prudencia, a través de los cuales es más fácil elegir los medios que se emplearán al tomar una decisión. Y no solo para tomarla, sino para hacerlo con rectitud, prontitud y atrevimiento.

CORRESPONDER CON DOCILIDAD

El Espíritu Santo actúa sobre todo en quienes responden con docilidad a la acción de su gracia. Como, de otra parte, la gracia cuenta con nuestra naturaleza para actuar, hemos de poner los medios más justos al tomar nuestras decisiones. De este modo se ajustarán a la voluntad de Dios, y no dependerán de cálculos egoístas ni de comportamientos relativistas.

Si falta docilidad, de nada sirve pedir consejo o dejarse aconsejar. Tomaríamos los consejos a la ligera, como para salir del paso. Lo más probable es que luego tengamos que arrepentirnos de haber actuado de modo imprudente,

alocadamente. Una persona así pretenderá resolverlo todo por sí misma, querrá tenerlo todo atado y bien atado por temor a que alguien le arrebatase lo que con tanta codicia guardaba para sí. Esto, a la larga se traduce en desconcierto e inhibición, esperando dar en las decisiones con la mejor solución. Pero, como lo mejor es enemigo de lo bueno, sería una ingenuidad esperar a dar con decisiones perfectas, que no existen en la realidad.

Siempre necesitaremos el concurso de una persona que, por su experiencia y honradez, pueda ayudarnos con sus consejos a encontrar una solución razonable a los problemas que se nos presentan, aunque suponga en ocasiones tener que renunciar a las propias opiniones. En este sentido, la gente joven se encuentra más necesitada de ayuda. No porque sean malos, sino porque se están abriendo a la vida y necesitan una ayuda especial, tanto mejor si procede de sus propios padres.

Es ilustrativo el caso de un chico que se sentía disgustado por la tensa relación que mantenía con su padre. Este le regañaba de continuo, y algunas veces hasta llegaba a amenazarle. La causa no era otra que su falta de aprovechamiento en el estudio, sus continuos suspensos, las salidas nocturnas y su incontenible afición a fiestas y jolgorios. No sabiendo qué más hacer, el padre recurrió a un amigo experto en cómo tratar a los jóvenes.

Consiguió hablar con él. Este, después de escucharle, le dio algunos consejos, y para remacharlo le pidió que leyera el siguiente párrafo:

«Los jóvenes de hoy aman el lujo, tienen manías y desprecian la autoridad. Responden a sus padres, cruzan las piernas y tiranizan a sus maestros. Los jóvenes hoy en día son unos tiranos. Contradicen a sus padres, devoran su comida, y faltan al respeto a sus maestros».

Esta es —respondió el padre al escucharle— la viva imagen de mi hijo. El que ha escrito esto sabe mucho de la gente joven, está al día. Pues, ¿sabes quién lo ha escrito? No. Pues nada menos que Sócrates, un filósofo griego que vivió en el siglo v a. C.

Los problemas de los jóvenes de hoy son los de siempre. Siempre se enfrentaron a la autoridad de los padres y maestros, siempre se dejaron llevar de sus caprichos, siempre se opusieron a cualquier clase de normas e imposiciones, siempre mantuvieron una actitud de rebeldía. Los jóvenes, no hay

que olvidarlo, son rebeldes por naturaleza. Es lógico que así sea. Están en una fase importante del desarrollo de su vida, necesitan construir su propia personalidad, aspiran a ser libres, quieren disfrutar de la vida.

Aunque a veces lo olvidemos, están pidiendo a voz en grito que se les respete y ayude, no con amenazas, amonestaciones o castigos. Desean consejos y propuestas amables, llenas de cariño, ejemplos de vida sugerentes y optimistas. Solo entonces se puede esperar de ellos que respondan con docilidad, de modo cordial y distendido. ¡Cuánto bien puede hacerles un buen consejo! Pero, como es lógico, estos no se improvisan. Y, además, cuando se dan, requieren ser aceptados con docilidad y confianza, con cabeza y corazón.

Pedir consejo es muy importante. Aunque la verdad es que nadie los necesita cuando las cosas le van bien y sopla el viento a su favor. Pero las bonanzas suelen durar poco. Lo normal es que antes o después uno acabe topándose con problemas y dificultades, de esas que inquietan y llenan de perplejidades. Tan fuertes, que pueden dejarnos en blanco, sin saber qué hacer ni qué dirección tomar.

BUSCAR EL CONSEJO OPORTUNO

Es de ingenuos pensar que lo sabemos todo, que no necesitamos la ayuda de nadie. El hombre es sociable por naturaleza, por eso necesita la ayuda de otras personas, el consejo oportuno. Más aún cuando se trata de tomar decisiones de cierta importancia. De ahí que en esos casos se deba esmerar la prudencia. Es esta una virtud, afirmaba santo Tomás, que por tratar de «lo particular y contingente, exige, para conocer algo con certeza, tener en cuenta muchas condiciones y circunstancias, difícilmente observables por uno solo, que pueden en cambio ser percibidas con más seguridad por varios, pues lo que uno no advierte se le ocurre a otro» (S. Th. II-II, q. 47, a- 15 c).

El consejo que se recibe se ha de considerar como un don, como un regalo llovido del cielo. No es fruto del esfuerzo ni del ingenio personal, sino sobre todo obra de la gracia, de la sabiduría divina, a la que se ha de responder con docilidad. De ahí la importancia de descubrir a alguien que pueda darnos el consejo que necesitamos. Y, una vez descubierto, abrirle con sinceridad el corazón, en confidencia de amigos, y escuchar atentamente lo que nos dice. Nos dará su opinión, no como una imposición sino como un consejo. Tras meditarlo y ahondar en su contenido, hemos de ponerlo por obra con entera libertad y responsabilidad personal, con deseos de progresar.

Para responder al consejo pedido, son necesarias dos condiciones: docilidad y humildad. Dos virtudes indispensables para actuar con prudencia y acertar en lo que se decide. Conviene recordarlo, porque a veces, presumiendo de experiencia, en lugar de ser humildes y escuchar lo que nos dicen, por arrogancia y amor propio decidimos por nuestra cuenta y hacemos caso omiso a lo que nos han dicho, con lo que nos exponemos a cometer errores de bulto. Dejarse aconsejar es propio de personas humildes y sensatas; no supone ninguna humillación, ni es fruto del capricho, es una verdadera necesidad. Se evitan con ello subjetividades y prejuicios, y se gana en realismo. De ahí que, en lugar de rechazarlo, valoremos tanto el consejo en sí como a las personas que nos lo dan, mostrándoles agradecimiento y respeto.

6. LIBERTAD PARA DECIDIR

LOS CONSEJOS QUE SE RECIBEN DAN la posibilidad de compartir experiencias, abren la mente y nos permiten captar nuevos puntos de vista. Sirven además para aportar nuevos datos, para enriquecernos y ayudarnos a descubrir mediterráneos antes ignorados, que impulsan a decidir con actitud renovada, magnánima y optimista.

Pero en el consejo se puede descubrir una realidad aún más rica y profunda: que somos libres, tanto para aceptar el consejo que nos dan como para decidir y actuar según el propio criterio, sin imposiciones ni cortapisas. Somos libres porque Dios así lo ha querido. Podía habernos hecho de otra manera, pero nos ha dotado de la capacidad de conocer y amar, de elegir y decidir, y por tanto de asumir con plena libertad el propio destino. Ninguna decisión sería válida si no se actuara libremente, en pleno uso de la capacidad mental, sin coacción de ninguna clase.

El apóstol san Juan en su evangelio pone en labios de Jesús estas palabras: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8,32). La verdad tiene aquí un sentido personal: se atribuye al Hijo de Dios, de quien él mismo dice que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). De la verdad nos viene la libertad, que por proceder de Cristo puede decirse que es la libertad de los hijos de Dios. El Catecismo de la Iglesia puntualiza:

«La libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad, de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar por sí mismo acciones deliberadas. Por el libre arbitrio cada uno dispone de sí mismo. La libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y la bondad. La libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza» (n. 1731).

La libertad es pues un don recibido de Dios. No lo recibimos para presumir de él, como si se tratara de un trofeo ganado en una competición y exhibido después en una vitrina. Se trata de un don que está llamado a crecer y desarrollarse por medio de actos personales. De ahí que debemos actuar con prudencia, pues no somos libres para hacer lo que nos viene en gana, sino lo que Dios quiere. Los

que actúan llevados de su capricho o antojo, caen con facilidad en el subjetivismo, que les lleva a apartarse de la realidad y a deslizarse por las sendas del relativismo, afirmando que no existen verdades definitivas ni absolutas, lo cual les lleva a caer también en el escepticismo, de donde proceden sus dudas y vacilaciones, empeñados en afirmar que el hombre no puede alcanzar la verdad. La libertad, no lo olvidemos, está siempre al servicio de la verdad.

DESCUBRIR LA VERDAD

La verdad no es una creación humana, es preciso descubrirla. Ya Aristóteles en el siglo IV a. C. había afirmado que la verdad es la adecuación de la mente a la realidad de las cosas. Ahora bien, como el hombre es limitado en su inteligencia y voluntad, aun cuando tenga la capacidad de conocer la verdad, por falta de humildad puede desconectarse de la realidad, de manera que, en lugar de usar su libertad para alcanzar la verdad, se haga esclavo del error. No es una simple posibilidad.

Todos sabemos de gentes que, en nombre de la libertad, cayeron en la mayor de las tiranías al manipular a su antojo la verdad, aunque para defenderse protesten que lo hacen en nombre de una libertad que es ficticia. Para desgracia de sus víctimas, muchos de ellos presumiendo de libertad avasallaron, maltrataron y sometieron a castigos inhumanos hasta su exterminio a multitud de seres inocentes e indefensos. No hay más que recordar, por ejemplo, a tantos como fueron exterminados en la China de Mao, en la Rusia de Stalin, en los campos de exterminio nazis, en las recientes atrocidades cometidas en Siria, Irak, Sudán, Pakistán, Afganistán... Auténticos genocidios.

La libertad se funda en la verdad y no en la mentira, en lo objetivo y no en lo subjetivo. Y así, en la medida que el hombre la descubre ha de ser coherente con ella, para que las decisiones que tome sean justas y oportunas. En su visita al Reino Unido en 2010 con motivo de la beatificación del cardenal John Henry Newman, una parte de la opinión pública había lanzado duras críticas contra Benedicto XVI. El Pontífice acudía en son de paz, no con la intención de echar en cara a los británicos sus vicios y defectos. No obstante, aprovechó aquel viaje para hablar alto y muy claro de cosas que podían escocerles. La actitud del Papa distaba mucho de la de tantos retóricos y «charlatanes» que pululan a diario por Hyde Park, dedicados a proferir palabras huera pero altisonantes.

En realidad, Benedicto XVI llegaba con la firme intención de proclamar la verdad y, como consecuencia, para hablar de libertad. Fue esta como la columna

vertebral de uno de sus discursos. Con claridad y gran precisión decía:

«En nuestros días, cuando un relativismo intelectual y moral amenaza con minar la base misma de nuestra sociedad, debemos recordar que fuimos creados para conocer la verdad y encontrar en esta verdad nuestra libertad última. No podemos guardar para nosotros mismos la verdad que nos hace libres; hay que dar testimonio de ella, que pide ser escuchada. En nuestro tiempo, el precio que hay que pagar por la fidelidad al Evangelio ya no es ser ahorcado, descoyuntado y descuartizado, pero a menudo implica ser excluido, ridiculizado o parodiado. Si hemos aceptado la verdad de Cristo y nos hemos comprometido con Él, no puede haber separación entre lo que creemos y lo que vivimos».

En el trasfondo de estas palabras se atisba la grandiosa figura de Sir Tomas Moro. Un ejemplo muy válido para el hombre de hoy. Es cierto que, por fragilidad, podemos sentir miedo y equivocarnos, confundiendo lo malo con lo bueno, el vicio con la virtud. Somos libres, ciertamente, pero podemos también abusar de la libertad y sumergirnos en el error. Tan solo cuando se busca la verdad y se hace buen uso de la libertad, puede decirse que las decisiones que se toman son justas y equitativas.

Así pues, aunque aceptemos con docilidad los consejos que nos den, la decisión final ha de ser exclusivamente nuestra, personal, tomada con plena libertad y responsabilidad. Se ha de saber, no obstante, que la libertad en ningún caso es un fin en sí misma, sino un medio excelente para cumplir la voluntad de Dios y servir mejor al prójimo. De otro modo la libertad se convertiría en fuerza destructora, promotora de muerte y no de vida.

PREVER LAS CONSECUENCIAS

Para decidir libremente es necesario también en la medida de lo posible prever sus consecuencias. Porque somos libres para tomarlas, hemos de ser responsables también para pechar con las consecuencias que conllevan. Por eso es tan importante que nadie, a fin de cuentas, decida por nosotros. Y así, al ser la decisión algo exclusivamente personal, uno está obligado a prever las consecuencias que puedan seguirse. De donde antes de decidir deberíamos preguntarnos:

- ¿He previsto las consecuencias de mi decisión?
- ¿Podré responder a mis responsabilidades?
- ¿Tendré fuerzas para llegar hasta el final?

- ¿Consulté con personas en situación parecida?
- ¿He pensado en planes alternativos?

La persona previsora pone los medios que tiene a su alcance y se adelanta a las consecuencias de sus decisiones, evitando con ello preocupaciones y disgustos, y no pocos dolores de cabeza. De ahí la necesidad de tener presente a la hora de decidir la posibilidad de verse involucrados en problemas y situaciones que pueden acarrear serios problemas. Esto obliga a ser prudentes, a tener los ojos bien abiertos para prever con tiempo los posibles problemas y abordarlos, buscando las soluciones más adecuadas.

TERCERA PARTE

DECIDIR CON SENSATEZ

ACABAMOS DE AFIRMAR QUE SOMOS LIBRES para decidir, pero también es verdad que en ocasiones podemos equivocarnos. Bien sea por no haber pensado bien las cosas, por atolondramiento o por falta de reflexión. De ahí que se imponga la sensatez y la coherencia. En definitiva, se trata de madurar las decisiones para tomarlas con la mayor sensatez posible.

La palabra sensatez procede de la unión de dos componentes latinos: *sensatus* y *ez*. El primero se refiere a la persona dotada de buen juicio, a la que el sufijo *ez* le añade el componente de cualidad. De este modo puede definirse la sensatez como la cualidad propia de las personas juiciosas, que en sus actos reflejan su prudencia y madurez. Por esta razón la palabra sensatez se asocia a cordura, reflexión o raciocinio, cualidades todas ellas de la virtud de la prudencia.

Con el buen juicio y la reflexión se prevén mejor las consecuencias de las decisiones que se toman, a la vez que pueden elegirse y evaluarse los medios que se deben emplear. La sensatez, en definitiva, sirve para tomar conciencia de lo que se ha hecho o de lo que se piensa hacer, lo cual evita tener que arrepentirse después de las decisiones que por precipitación se tomaron a lo loco.

Puede servir de ejemplo a este respecto la fábula de la zorra y el macho cabrío, de Esopo. A pesar de su astucia, la zorra no había advertido que por el camino que iba había un pozo, y distraída cayó en él; tan profundo era, que luego no podía salir de él. Lo intentó varias veces, pero al fin desistió. Poco después pasó por aquel lugar un macho cabrío. Al ver el pozo se asomó, estaba sediento. Viendo a la zorra allá abajo le preguntó si el agua era buena. — Sí, riquísima, le respondió la zorra ocultando su verdadero problema. Y le animó para que bajara. El macho cabrío, sediento como estaba, sin pensarlo se lanzó y bebió hasta saciarse. Después preguntó a la zorra cómo podría salir de allí, porque el pozo era bastante hondo.

— Mira, le dijo la zorra. Tú apoyas las patas delanteras contra la pared y alzas bien tus cuernos; luego yo me subiré encima de ellos y de un salto estaré afuera y desde arriba te echaré una mano para que subas tú también.

— ¡Qué inteligente eres!, exclamó el macho cabrío. Y así lo hicieron. Pero una vez arriba, viéndose ya libre, la zorra echó a correr sin cumplir lo prometido. Al poco regresó. Y, asomándose al brocal, le dice al macho cabrío:

— Mira, los seres sensatos antes de actuar prevén el final de sus actos, y solo entonces se lanzan. Si tuvieras tanta inteligencia como pelos en tu barba, no habrías bajado al pozo sin pensar antes en cómo podrías salir de él.

El atolondramiento es siempre mal consejero. Aunque urja la necesidad de decidir, hay que hacerlo sin precipitación. Discernir, juzgar y deliberar son, como vimos, los pasos que se han de dar antes de tomar una decisión. La inmadurez, propia de la adolescencia, suele jugar malas pasadas, también a los mayores, sobre todo cuando se actúa sin discernimiento, como le ocurrió al macho cabrío. En este sentido son relevantes los comentarios de unos chicos jóvenes:

— A fulanita, porque es muy impulsiva, le recomendó su amiga que antes de lanzarse a dar el paso que iba a dar, lo pensara bien y fuera sensata.

— La experiencia de su hermano drogadicto le ayudó a reflexionar sobre el sentido de la vida y la necesidad de poner orden en sus apetencias e impulsos. Comprendió que no podía seguir viviendo de modo tan alegre y atolondrado como lo venía haciendo.

— El disgusto familiar por la separación de sus padres, le hizo caer en la cuenta de la necesidad de tomarse en serio la vida, de no ser tan insensato y precipitado.

Esto no solo les ocurre a los jóvenes, también son muchos los que a pesar de su experiencia actúan sin discernir lo que hacen. Deciden como si tuvieran la cabeza "a pájaros", hablan y hablan sin darse cuenta ni de lo que dicen ni de lo que hacen. Les vendría bien recordar el sabio consejo de Mark Twain: «Es mejor tener la boca cerrada y parecer estúpido, que abrirla y quedar en evidencia». Suele ocurrir cuando alguien se lanza de modo impulsivo y atolondrado a sentenciar y decidir sin fundamento.

Gracias a Dios y con la ayuda de la experiencia, todos podemos ir limando pequeños defectos del carácter, impidiendo que los arrebatos nos hagan actuar de modo insensato. Es preciso intentar por todos los medios desarraigar un vicio tan dañino, para no tener que lamentarnos después de haber hablado mucho y discernido poco, cometiendo por insensatez "locuras" propias de la inmadurez.

Decidir, y hacerlo con sensatez, requiere además de buena voluntad una conciencia recta. Gracias a ella se puede hacer frente a las dudas y vacilaciones, superando con más facilidad las dificultades u obstáculos que puedan presentarse. La conciencia bien formada advierte en seguida si se acierta o no a

la hora de elegir, a la vez que impulsa a rectificar en el caso de que nos hayamos equivocado.

Cabe sin embargo la posibilidad de que la conciencia sea no solo errónea sino culpablemente errónea, es decir, que la persona actúe sin pensar si es bueno o malo lo que hace. Y, de otra parte, que por mala voluntad no consulte ni ponga los medios para salir de su ignorancia. «Así sucede “cuando el hombre no se preocupa de buscar la verdad y el bien y, poco a poco, por el hábito del pecado, la conciencia se queda casi ciega” (GS 16). En estos casos la persona es culpable del mal que comete» (CEC 1791). La consecuencia es inmediata: está obligada a salir de su error, a poner los medios para actuar con rectitud y por amor a la verdad.

1. ACTUAR EN CONCIENCIA

LA SENSATEZ O CORDURA DE JUICIO está relacionada con la conciencia moral, que es la facultad de decidir y de ser actor de los propios actos, y responsable asimismo de sus consecuencias. De ahí la obligación de escuchar la voz de la conciencia, tanto más cuando se trate de tomar una decisión de cierto relieve o de imprevisibles consecuencias.

Es normal que a veces pasemos por temporadas de cierta oscuridad o desaliento, que los acontecimientos nos influyan y vayamos como brujuleando por la vida, olvidados de quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde nos encaminamos. En esas circunstancias es muy conveniente hacer un parón, guardar silencio y escuchar la voz de la conciencia, para discernir la situación y saber cómo actuar.

Hacer silencio. Sí, pero sabiendo que el mero callar no es suficiente. Se puede callar externamente, y a la vez mantener en el interior un continuo hervidero de ideas y pensamientos. Por fuera silencio, por dentro ruido. No se puede escuchar la voz de la conciencia sin lograr mantener el debido silencio interior. A esto se refería Ratzinger cuando era cardenal, en una homilía publicada en 2012. Sus palabras son muy ilustrativas.

«Hacer silencio significa encontrar un nuevo orden interior. Significa pensar no sólo en las cosas que se pueden exponer y mostrar. Significa mirar no sólo hacia aquello que tiene vigencia y valor de mercado entre los hombres. Silencio significa desarrollar los sentidos interiores, el sentido de la conciencia, el sentido de lo eterno en nosotros, la capacidad de escucha frente a Dios. De los dinosaurios se afirma que se extinguieron porque se habían desarrollado erróneamente: mucho caparazón y poco cerebro, muchos músculos y poca inteligencia. No estaremos desarrollándonos también nosotros de forma errónea: ¿mucho técnica, pero poca alma? ¿Un grueso caparazón de capacidades materiales, pero un corazón que se ha vuelto vacío? ¿La pérdida de la capacidad de percibir en nosotros la voz de Dios, de conocer y reconocer lo bueno, lo bello y lo verdadero?». ».

¡Qué importante es hacer silencio para escuchar la voz de la propia conciencia, para sintonizar con Dios y descubrir el sentido de la vida! Pero, ¿sabemos realmente qué significa la conciencia? Esta palabra procede de la voz latina *conscientia*, que significa conocer. Tomar conciencia de sí significa por tanto conocerse uno mismo tal como es, imprescindible para identificar la propia identidad personal y la de las cosas que le rodean. Para un cristiano, además, tomar conciencia significa conocer su vinculación con Jesucristo, con su vida y con su doctrina. La conciencia advierte al cristiano si es o no coherente con su fe, si pone por obra el mandamiento nuevo del amor, si es solidario y busca por encima de su propio bien el de los demás.

El pasado Concilio definía la conciencia como «el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que este se encuentra a solas con Dios y cuya voz resuena en lo más íntimo de su corazón» (*Gaudium et spes*, 16). Más tarde, el Catecismo de la Iglesia lo concreta diciendo:

«Es preciso que cada uno preste mucha atención a sí mismo para oír y seguir la voz de su conciencia. Esta exigencia de interioridad es tanto más necesaria cuanto que la vida nos impulsa con frecuencia a prescindir de toda reflexión, examen o interiorización: “Retorna a tu conciencia, interrógala... retornad, hermanos, al interior, y en todo lo que hagáis mirad al Testigo, Dios” (S. Agustín)» (CEC 1779).

Y, para terminar, añade un comentario a modo de conclusión:

«La conciencia hace posible asumir la responsabilidad de los actos realizados. Si el hombre comete el mal, el justo juicio de la conciencia puede ser en él el testigo de la verdad universal del bien, al mismo tiempo que de la malicia de su elección concreta. El veredicto del dictamen de la conciencia constituye una garantía de esperanza y de misericordia. Al hacer patente la falta cometida recuerda el perdón que se ha de pedir, el bien que se ha de practicar todavía y la virtud que se ha de cultivar sin cesar con la gracia de Dios» (CEC 1781).

Por desgracia, hoy son muchos los que actúan sin prestar oído a su conciencia, buscan sus propios intereses sin detenerse a pensar si obran bien o mal. No ha de extrañar que acaben zambulléndose en las turbulentas aguas de sus avaricias y ambiciones, cegados a causa de sus desórdenes e injusticias.

UN CASO SINGULAR

Es el caso de un ingeniero que equivocó el planteamiento de su vida. Había acabado la carrera y muy pronto encontró trabajo, gracias a su inteligencia y buen expediente. Se casó y tuvo un hijo. Como objetivo de su vida se propuso trabajar sin descanso, ascender y tener prestigio, conseguir una buena remuneración económica y ser feliz.

Para ello tuvo que renunciar a muchas de sus relaciones sociales con el fin de dedicarle más tiempo al trabajo. No iba al cine ni al teatro, dejó de ir al fútbol, aunque era un buen aficionado, porque le parecía una pérdida de tiempo. A su mujer la tenía casi olvidada, no la acompañaba a las frecuentes invitaciones a bodas o bautizos que recibía de sus amigos. Se sentía esclavizada. Apenas salía con ella, ni siquiera a dar un paseo o a disfrutar de una buena excursión. Las vacaciones de verano las reducía al mínimo para poder trabajar en sus proyectos. Por encima de todo trabajaba porque quería ahorrar para ser feliz.

Pasaron los años y llegó la hora de su jubilación. Había hecho una buena fortuna. El dinero lo había invertido en la compra del chalet donde vivía, en un apartamento de lujo en la playa, en coches de alta gama a tono con la magnífica situación de la que disfrutaba. El resto lo tenía invertido en Bolsa.

Un día, sentado a la vera de la playa, pensó en lo que había sido su vida hasta entonces. Tomó conciencia de que había sido un fracaso. Tanto trabajar y arriesgar para al final no ser feliz. Veía que le faltaba algo, se sentía vacío por dentro. Ninguno de los bienes que poseía le llenaban. Se sentía triste y apenado. En su interior oyó esa tarde con claridad la voz de su conciencia que le reprochaba el camino que había elegido. El resultado no podía ser más patente: ni él ni su mujer eran felices. Y comprendió por primera vez que había hecho el tonto prestando oídos sordos a su conciencia, a la que tantas veces había hecho callar.

En realidad, lo que este hombre había hecho no era malo. Trabajó hasta la extenuación, prescindió de todo para alcanzar el objetivo que se había propuesto: ser feliz. Pero, aunque en su conjunto todo pareciera correcto, había enfocado mal su vida. Porque la vida no consiste en trabajar mucho para ganar cada día más. El trabajo, como el dinero, son medios y no fines. Este ingeniero los había confundido. Aquella tarde se hizo el propósito, por primera vez en su vida, de pedir consejo a una persona de su confianza, de buen criterio.

Aquello supuso para él un cambio de vida. No porque hubiera dejado de trabajar, sino porque había tomado conciencia de lo que en realidad cuenta: amar y sentirse amado. Esta es la verdadera sabiduría, la que lleva a la madurez

y al enriquecimiento espiritual. A la persona delicada de conciencia no le cuesta reconocer sus equivocaciones; si es coherente, sincera y transparente, sabe lo que tiene que hacer, y lo hace. Y porque se sabe libre toma sus decisiones con responsabilidad, sin demorarlas ni cambiarlas a capricho. Solo entonces logrará su equilibrio personal y familiar, convencida de que la conciencia es la instancia moral última de sus decisiones. Pues, como lo recuerda la Iglesia, «la persona debe seguir siempre el juicio recto de su conciencia» (CEC 1790).

Es esta una obligación que nos afecta a todos, con independencia del modo de pensar, de actuar o de las creencias religiosas que se tengan; afecta, en definitiva, a la dignidad de la persona. La obligación de actuar en conciencia fue reconocida en 1948 por la Declaración Universal de los Derechos Humanos, con la voluntad expresa de que su observancia llegara a todos los pueblos e individuos de la Tierra.

FORMAR LA CONCIENCIA

Es necesario formar bien la conciencia para evitar ir “por libre” en asunto tan delicado. Esta formación, como es obvio, depende exclusivamente de la voluntad de cada uno. El hombre puede actuar en conciencia «si se esfuerza por interpretar los datos de la experiencia y los signos de los tiempos gracias a la virtud de la prudencia, los consejos de las personas entendidas y la ayuda del Espíritu Santo y de sus dones» (CEC 1790). Cada uno por tanto ha de esforzarse por conocer, mediante una serena reflexión, si actúa con rectitud y asume con responsabilidad sus compromisos. De su rectitud y buena disposición depende su propia felicidad y la de los que con él conviven.

No obstante, se ha de evitar un doble riesgo: de una parte, pensar que basta con oír unos determinados consejos, pero si no se les presta atención en la práctica equivale a dejar que sean otros los que decidan por uno mismo; de otra, puede que se hagan oídos sordos a los consejos recibidos, pensando por arrogancia o autosuficiencia que uno ya tiene larga experiencia y puede valerse por sí mismo. En ambos casos se cometería un grave error. Pues, aunque la decisión que se tome sea del todo personal, es prudente y muy conveniente escuchar el parecer de otros para formar mejor el propio juicio de conciencia. De ahí que en la medida que se pueda han de aprovecharse los consejos para formar la conciencia, con lo que se evitará tanto el delegar la decisión por comodidad como el rechazar el consejo por autosuficiencia.

EL FIN NO JUSTIFICA LOS MEDIOS

Hay ocasiones en las que uno podría encontrarse en la necesidad de sacar a un pariente, amigo o conocido de una situación embarazosa, de esas que producen angustia o perplejidad. Un miedo o temor producido muchas veces por un asunto importante que precisa una pronta e inmediata intervención. Esto, como es obvio, requiere sabiduría y sensatez para dar el consejo oportuno, y a la vez humildad por parte de quien lo recibe. Cuando se vacila y no se sabe por dónde tirar, la prudencia obliga a pedir consejo a persona experta en el asunto que pueda sacar del atolladero. Aun así, el consejo ha de ser valorado y asumido con entera libertad por el propio interesado.

Una vez recibido el consejo, se han de tener presentes los postulados de la ley natural, uno de cuyos principios dice: «El fin no justifica los medios». Lo cual se traduce en que bajo ningún concepto está permitido hacer el mal para conseguir un bien. Por bueno que sea el fin que se pretenda, en ningún caso puede justificarse el empleo de medios ilícitos o inmorales.

Sirvan de ejemplo dos casos que, aunque distintos por la actitud de sus protagonistas, ambos tienen un final feliz. El primero se refiere a una señora que tras cinco meses de embarazo le diagnostican un tumor maligno. El cáncer había avanzado bastante y sentía unos fuertes dolores. El médico que la había reconocido en el hospital, a los pocos días se dirige a su marido y le dice de sopetón: «Su mujer no tiene solución. Podría hacerse algo por salvarla, pero si ella está dispuesta a abortar». Y se lo razona: «Siempre es mejor salvar la vida de la madre que la del niño, y más cuando como en este caso el nacimiento del niño parece inviable». El marido se queda perplejo, sumergido en un mar de dudas. Como cristiano practicante que es sabe que el aborto es un mal moral, que produce la muerte de un inocente. Para salir de sus dudas, decide preguntarle a un amigo experto en estos temas. Tras una breve conversación con él le confirma lo que ya pensaba: «Debéis descartar el aborto, pues, aunque el fin de salvar la vida de la madre sea bueno, el medio que este médico propone es malo: el fin no justifica los medios». Y termina aconsejándole que recen y confíen en Dios.

El marido habla de inmediato con su mujer y le comenta lo que pasa. También ella, aunque desgarrada por la noticia, responde con un no rotundo a la posibilidad de abortar. «¡Sea lo que Dios quiera!», le dice a su marido. Tenía muy clara la idea de que no podía salvar su vida a costa de la de su hijo. De común acuerdo, comunican al doctor la decisión de seguir adelante con el embarazo.

Cuando a la mañana siguiente el médico pasa por la habitación para un control rutinario, la señora pregunta al médico: «¿Doctor, usted cree en los milagros?». En un primer momento, el médico se queda perplejo. Después le responde: «Mire, señora, yo tan solo creo en los milagros de la ciencia médica». «Pues yo —le contesta ella— sí creo en los milagros de la gracia y por eso rezo a diario para que el Señor me cure». El doctor se queda sin respuesta. La mira con gesto displicente y sin más sale de la habitación.

Ese mismo día por la noche la mujer experimenta una recuperación inesperada, más patente por la mañana. Al visitarla ese día, el médico se queda sorprendido. Ignoraba cómo había podido producirse aquella sorprendente e inesperada mejoría, pero no la podía negar. Dos días después, la señora salía del hospital por su propio pie. Cuando le llega la hora del parto, da a luz a un niño hermosísimo, sano y robusto. Días después se encuentra de nuevo con el doctor. Le comenta su buena salud y la de su hijo. Y aprovecha para preguntarle: «¿Doctor, cree ahora en los milagros?». Él le responde: «Pues sí, señora. Tras su curación he comprobado que la ciencia médica, en contra de lo que yo pensaba, no tiene la última palabra. Debo admitir que Dios puede más».

Este médico descubrió una verdad que ignoraba. Estaba admirado de las convicciones profundas de esta mujer. Ella, siguiendo el dictamen de su conciencia, estaba dispuesta a ofrecer su vida por salvar la de su hijo. Desde entonces, el médico comenzó a valorar el poder de la oración, las maravillas de la gracia, un mundo para él desconocido hasta entonces.

Este otro caso procede de un relato del Padre Tadeusz, del Centro Nacional Católico de Philadelphia. En esta ocasión se trata de una madre con tres hijos pequeños. Al enterarse de que se había vuelto a quedar embarazada, se llena de miedo pensando que el nuevo hijo sería para ella una carga insoportable. Al ir a la consulta médica para que la reconocieran, decide por el camino que debe abortar, y está firmemente dispuesta a hacerlo.

El médico no sabía nada de lo que pensaba. Así que, de entrada, le aplicó el ultrasonido de rutina para observar la situación de su embarazo. Entre tanto, los tres hijos pequeños se habían quedado jugando sobre el suelo de la consulta. Al pasar el doctor el escáner por el abdomen de la mujer, el niño más pequeño levanta los ojos por encima de los avioncitos con los que jugaba y mira sorprendido la pantalla. No se puede contener y exclama: «¡Mira, mamá, un bebé!». Esa misma tarde, cuando la mamá abandonaba la consulta había tomado ya la decisión de seguir adelante con su embarazo. Estaba convencida

de que no podía terminar con la vida del niño que crecía en su vientre y al que hasta sus hijos habían visto.

Fue en este caso la mirada inocente de un niño la que iluminó la conciencia de la madre, la que le hizo distinguir lo bueno de lo malo. Gracias a ello, pudo juzgar con rectitud y descubrir la maravilla y dignidad del ser que crecía en sus entrañas. La fidelidad a la conciencia permite descubrir la voluntad de Dios, hace a las personas más humanas, generosas y serviciales, mucho más abiertas al verdadero amor.

JUZGAR EN CONCIENCIA

Ante la necesidad perentoria de decidir, la conciencia ha de estar preparada para emitir un juicio recto. Sin embargo, en ocasiones puede errar en su juicio, bien por ignorancia de la ley moral o por la opacidad de su conciencia a causa del acostumbamiento o las sucesivas inmoralidades cometidas. Esto explica que, en ocasiones, sea más difícil y menos seguro el juicio moral. Aun así, ante una situación urgente y dudosa, no se puede dejar de actuar, pero se ha de tomar la decisión en función de lo que se considere más justo y recto, a la luz de la propia conciencia.

En uno de sus libros, el cardenal Ratzinger cita una carta enviada por John Henry Newman al duque de Norfolk. En ella habla de la primacía de la conciencia, y lo hace en estos términos: «Yo brindo por el Papa —le dice al duque de Norfolk—, pero primero por mi conciencia y después por el Papa». El duque le pregunta: «¿Por qué dice eso?». A lo que Newman le contesta: «Porque la conciencia, que es la voz de Dios dentro de uno, es lo que te debe dirigir la vida». Y a continuación añade: «Pero hay que formar la conciencia muy bien, hay que saber dónde está la verdad, lo cual conecta con lo que decía antes: que cuando se conoce la verdad no hay dificultad de seguir al Papa y a su conciencia».

Años más tarde surgió en la Alemania nazi un movimiento de resistencia denominado Rosa Blanca, promovido por Sophie Scholl y su hermano. Ella había puesto en marcha este movimiento tras leer en 1940 a Newman. Así lo explica: «Mi conciencia me dice que, como he leído en Newman, debo seguir lo que dice mi conciencia, lo que me dice Dios dentro y tengo que oponerme a este régimen». Como bien sabemos, la detuvieron, la condenaron a pena de muerte y la ejecutaron. En el momento de su detención era estudiante de biología y filosofía en la Universidad de Múnich. Muchos años después, en 2005, otra mujer alemana, la canciller Angela Merkel, decidió nombrar a Sophie Scholl

como la mujer del milenio en Alemania. Todo porque una chica de 22 años había seguido la voz de su conciencia, oponiéndose al Régimen nazi, dispuesta a dar su vida por ello.

La conciencia, en efecto, es soberana, la regla próxima y subjetiva de la moralidad, reflejo en el alma del bien y de la verdad que se ha de buscar y seguir. Si, por pereza o descuido, no la formásemos y nos lanzáramos a decidir atolondradamente sin previa reflexión, nos expondríamos a errar, confundiendo el bien con el mal. El hombre juicioso, de conciencia recta, tiene mucho camino andado en la práctica del bien y en la fidelidad a los compromisos que asume. De estas personas se puede uno fiar.

2. FIDELIDAD A LOS COMPROMISOS

LA FIDELIDAD SUELEN DEFINIRLA LOS TEÓLOGOS como «la virtud moral que inclina a la voluntad a cumplir con rectitud de intención, sinceridad y exactitud las promesas hechas». Y santo Tomás de Aquino por su parte afirma: «Corresponde a la fidelidad del hombre cumplir aquello que prometió» (S. Th. 2-2, 101, a.3).

Hablando con propiedad, puede decirse que solo Dios es verdaderamente fiel, es más, el fiel por excelencia (Ap 19, 11), causa ejemplar y principio eficiente de nuestra fidelidad. Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre está llamado a participar de la fidelidad divina si quiere alcanzar su propia excelencia, que no es otra que la felicidad a la que aspira. Esta participación se hace operativa a través de la fe en Dios y del cumplimiento de los propios deberes, ya sean profesionales, familiares o sociales.

El libro de los Proverbios afirma que «el hombre fiel será muy alabado» (18, 20). Y san Agustín exclama con fuerza: «¡Qué hermosa es la fidelidad! Como brilla el oro ante los ojos del cuerpo, así brilla la fidelidad ante los ojos del corazón» (Sermón 9, 16). Para ayudarnos a comprenderlo, Dios nos dice cómo es su fidelidad. Y lo hace por medio del profeta Isaías con estas palabras: «¿Acaso puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré» (Is 49, 8-15). La suya es una fidelidad que, al ser obra de su amor, no conoce límites. Todos los actos de Dios están regidos por un amor total, exclusivo, como debería ser el nuestro si de verdad lo amásemos con todo el corazón. Y esto, con independencia de lo que podamos sentir en un momento determinado, o de los estados de ánimo por los que pasemos.

La fidelidad a los compromisos adquiridos se convierte así en verdadero motor de la vida del hombre. La infidelidad, por el contrario, le impide alcanzar su pleno desarrollo como persona (C. Jung). Lo cual explica las crisis que en la actualidad padecen muchas personas, en realidad puede decirse que son crisis de infidelidad, de las que se derivan serios trastornos que pueden llegar a producir en determinados casos una quiebra de la personalidad.

En este sentido llaman la atención esas personas que, por falta de amor y una mal entendida libertad, no dudan en quitarse el anillo de bodas, símbolo de la fidelidad matrimonial que un día asumieron, para ir en busca de aventuras. Piensan que al prescindir del anillo son más libres, sin caer en la cuenta que su infidelidad a lo único que les conduce es a ser cada vez más egoístas, esclavos de sus pasiones.

La fidelidad, para que lo sea de verdad, debe sustentarse en el amor y en la confianza. Cuanto más se ama, más se confía en la persona amada. La fidelidad es por esta razón fuente de paz y de serenidad, de seguridad y alegría. La infidelidad, por el contrario, conduce a la tristeza y al pesimismo, es fuente de enfrentamientos, de rencores y rencillas.

ASUMIR EL COMPROMISO

El compromiso derivado de la fidelidad es personal e intransferible, manifestación de libertad, de generosidad y afán de servicio. Estos aspectos se hacen más patentes cuando se tiene presente que el compromiso se hace operativo desde el mismo día en que se acepta, proyectando su eficacia en el futuro, en el discurrir de los días. Lo cual nos hace ver también que el riesgo que se asume en ocasiones es del todo desconocido. Tal compromiso obliga entonces a hacer un acto de fe, porque en realidad nadie puede prever hoy lo que sucederá mañana. Es más, la fidelidad exige aceptar de antemano unas condiciones que solo en su conjunto se pueden vislumbrar, pero que es imposible saber con exactitud lo difíciles o pesadas que serán.

El compromiso pactado obliga por tanto desde el momento en que se acepta, y dura hasta su conclusión. Puede proyectarse en ámbitos muy diversos: desde la realización de un trabajo profesional, la culminación de un proyecto empresarial, la aceptación de matrimonio, o la decisión de entregarse a Dios, ya sea en el sacerdocio, en la vida religiosa o en el celibato apostólico. Compromisos a los que se equiparan el de sacar adelante la propia familia, cumplir las normas cívicas, difundir la buena doctrina entre colegas y amigos, dar ejemplo de honradez y transparencia.

Se ha de tener presente que en ningún caso debe asumirse un compromiso sin conocer antes con detalle las obligaciones que conlleva. De lo contrario, como es obvio, no habría obligación de cumplirlo, pues cuando se desconocen los términos de lo pactado el compromiso pierde su validez. Ahora bien, una vez conocidos y estudiados, han de aceptarse con libertad, de modo oral o escrito, expreso o tácito. Así, por ejemplo, los que contraen matrimonio asumen el

compromiso expreso de educar a sus hijos, de proporcionales el debido sustento y de velar por su salud, tanto física como espiritual. A lo que se ha de añadir que los mismos esposos se comprometen a amarse y ayudarse mutuamente, «tanto en las alegrías como en las penas, en la salud como en la enfermedad, en la riqueza como en la pobreza, en la juventud como en la ancianidad».

Los hijos, por su parte, también han de asumir su propio compromiso, que puede resumirse en respetar a sus padres y obedecerles, tratarles con el cariño debido y cuidar de ellos, en especial cuando se hacen mayores o han enfermado. Cada uno de estos compromisos engendran una obligación de justicia, fundada en una relación de amor y fidelidad, no en una fría y distante obligación legal.

Junto a los compromisos familiares, no se han de olvidar esos otros referidos a la vida laboral, deportiva o social. Entre estos, ocupan lugar principal los derivados del propio trabajo, que afectan por igual a empresarios, empleados y trabajadores; los que se contraen con el banco al suscribir una póliza hipotecaria o cualquier otro servicio comercial; los que se han de aceptar al comprar un coche o un piso, o al suscribir una póliza de seguro. Compromisos que se aceptan libremente, tras haber leído con atención las cláusulas o estipulaciones de dichos contratos, que determinan las obligaciones que se asumen y los posibles riesgos que conllevan.

DISTINGUIR ENTRE FIDELIDAD Y LEALTAD

Conviene distinguir bien estos dos términos a la hora de asumir un compromiso, pues al moverse en planos distintos también es distinta la exigencia que comportan. Como veremos a continuación puede darse el caso de una persona que sea leal, o que al menos lo parezca, pero que en la práctica se comporte de modo infiel.

En el lenguaje corriente se suelen emplear estos dos términos como sinónimos, aunque hablando con propiedad sean distintos. Para evitar posibles equívocos o falsas interpretaciones, señalamos algunas de las características más relevantes que pueden ayudar a distinguirlos.

Fidelidad. Procede esta palabra del latín fidelitas, que está compuesta a la vez por las partículas fides (fe), alis (relativo) y el sufijo dad (cualidad). La fidelidad se traduce por tanto como «la cualidad o virtud relativa a la fe», de la que deriva el término confianza (cum fide).

La fidelidad es por esta razón una virtud esencial en las relaciones interpersonales, de las que de ordinario se siguen firmes compromisos. Tiene una relación directa con la persona, no con la ley. Por ella se establecen relaciones de confianza, de amistad, comprensión y servicio. La fidelidad es sin duda uno de los motores principales del obrar humano, ya que capacita para cumplir los compromisos en situación de confianza y no de exigencia, y menos de exigencia legal.

Al basarse en una relación de confianza, la fidelidad hace más efectivo el compromiso dotándolo de mayores garantías. La persona fiel tiene más facilidad para mantener la palabra dada, al no hacerlo por exigencia legal, sino por una razón de amistad y confianza hacia la otra persona. Además de la confianza, la fidelidad se basa en la generosidad, lo cual potencia la búsqueda del bien general por encima del particular. De ahí que la persona fiel esté dispuesta a darse sin esperar nada. Hace suyas de este modo las palabras del apóstol Pablo, quien asegura: «Más dicha hay en dar que en recibir» (Hch 20, 35). No hace las cosas por quedar bien, ni buscando el aplauso, sino por estar convencida de que obrando así hace lo mejor.

De otra parte, la fidelidad por ser una virtud operativa exige una voluntad firme y perseverante, decidida a cumplir los compromisos adquiridos. Hoy se echa de menos esta disposición en la actuación de algunos, cuando en un abrir y cerrar de ojos olvidan lo que prometieron, dejando sus compromisos inoperantes de un día para otro. Son los que fruncen el ceño cuando se les habla de fidelidad, de mantener la palabra dada.

Se nota esto sobre todo cuando se trata de la fidelidad conyugal o de la respuesta a la propia vocación. Los que por falta de generosidad no están dispuestos a mantener sus compromisos, esbozan una sonrisa y te observan con extrañeza cuando se les recuerda la necesidad de ser fieles. No comprenden, o no quieren comprender, que el compromiso para que sea estable exige fidelidad, una fidelidad no a regañadientes, sino alegre y generosa.

Lealtad. Palabra procedente del latín *legalis*, relacionada con la ley o con el actuar en conformidad con ella, tanto en sentido jurídico como moral. El compromiso en este caso se adquiere por imperativo legal, tal como lo determina el cumplimiento de las leyes o normas emanadas de un parlamento o de la misma sociedad. Lo cual se traduce a la hora de asumir los propios

compromisos, en la obligación de mantenerse leales a las disposiciones pactadas.

Es obvio que la lealtad facilita las relaciones de convivencia en cualquiera de sus niveles, ya sean laborales, empresariales, lúdicos o deportivos. Por lealtad, la persona se compromete a dar la cara por defender lo que ha pactado, aunque en ocasiones puedan verse afectados sus propios intereses. La persona desleal, en cambio, se echa atrás con facilidad, dispuesta a mentir o engañar si ve comprometidos sus intereses. Y puede ocurrir incluso que, llegado el momento, no dude en traicionar al amigo, compañero o colega si se ve acosada y puesta contra las cuerdas. Todo le vale con tal de impedir que alguien pueda recortarle o poner en peligro sus ambiciones.

La lealtad, como virtud humana que es, no se improvisa. Para que se dé han de cultivarse las virtudes que la potencian: la veracidad, la sinceridad y la transparencia, entre otras. Mentir para ocultar una información a la empresa, al juez o al abogado que ha tomado la defensa del caso, es una indignidad. Como lo es el mentir, aunque sea para ayudar a un amigo culpable de un posible delito de fraude o cohecho. En este caso no se trata de una prueba de lealtad hacia esa persona, sino de complicidad, por atentar contra la justicia y la veracidad.

Quien se mueve por ambición o envidia, difícilmente sacrificará sus intereses para ser leal a lo pactado. Se inclinará más bien por bordear la legalidad y buscar una salida que pueda beneficiarle. Y si es preciso no dudará en tratar a las personas como meros objetos, por lo que si mantiene su amistad con ellas será en tanto que pueda servirle de provecho. Para el desleal, la amistad es un mero instrumento a su servicio, como un kleenex, que hoy se usa y mañana se tira. Al carecer de ideales, el desleal se vuelve descreído, con laxitud de conciencia, a merced de sus instintos. Desconfía de todos, y con eso lo único que consigue es que los demás le paguen con la misma moneda.

REPERCUSIÓN EN LA VIDA CONYUGAL

La fidelidad en la vida conyugal tiene un componente especial, que la hace única y singular al implicar un amor exclusivo. La razón es simple. Se puede, por ejemplo, ser fiel a un amigo, a un colega, a una idea... Pero en estos casos la fidelidad no tiene carácter de exclusividad. Se puede tener también más de un amigo, más de un colega, más de una idea; incluso se puede compartir la fidelidad con todos y cada uno, sin faltar por eso a la confianza de ninguno de ellos. Pero no ocurre lo mismo con la fidelidad conyugal. La fidelidad entre marido y mujer exige un amor único, exclusivo.

Tanta importancia tiene la fidelidad en este caso, que Benedicto XVI dice de ella: «La fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor». Por lo tanto, todo lo que suponga rebajar ese amor, más pronto que tarde repercutirá en un enfriamiento entre los esposos, en dar vía libre a los devaneos, amoríos o flirteos, que con frecuencia suelen acabar en infidelidad.

La fidelidad conyugal exige pues un amor y entrega incondicional, generosa y sacrificada. No es fruto del azar o de un impulso vehemente o pasional. Es la simple consecuencia de un compromiso que se ha adquirido por amor y que por su alto valor debe mantenerse. Sobre todo, con actos de comprensión, confianza y cariño, unidos al deseo vivo e ilusionante de renovar ese amor cada día.

Puede darse, sin embargo, el caso de que uno de los cónyuges, o los dos a la vez, se comporten de modo leal, pero que en la práctica sean infieles. Parece difícil de imaginar, pero lo cierto es que este caso se da con relativa frecuencia. ¿Cómo puede darse? Pues cuando el marido o la mujer cumplen con sus obligaciones legales, es decir, cuando viven bajo el mismo techo, velan por sus hijos, atienden los gastos de su enseñanza, alojamiento y sustento. Quizá, ante los demás, pasen por esposos fieles y cumplidores. Pero la verdad es muy otra; su corazón lo tienen puesto en otra persona, y es a ella a la que van sus pensamientos e ilusiones, con las graves consecuencias que de esto se derivan.

Con cierta frecuencia se oyen comentarios entre amigos semejante a este: «¿Te has enterado? Fulanito, que parecía muy enamorado de su mujer, resulta que ha intimado con una compañera de trabajo y se ha enamorado de ella. Dicen que al principio le remordía la conciencia, pero con el paso de los días ha terminado acostumbrándose».

Hombres así llevan una doble vida: en casa se muestran distantes, ariscos y fríos; fuera de ella, son considerados como personas simpáticas, generosas y serviciales. De vez en cuando, para contentar a los suyos, les llevan algún regalo y se esfuerzan por limar su carácter. Pero, aunque lo intentan, no pueden evitar que su corazón se vaya a otra persona. El compromiso de amar a su mujer con un amor exclusivo, ni de lejos lo cumplen. Traicionando la confianza de su cónyuge, terminan convirtiéndose en maridos infieles, aunque sigan manteniendo la lealtad hacia su mujer.

Por desgracia, hay personas que, bajo la apariencia de lealtad, en realidad son maridos o mujeres infieles. Y esto sin llamar la atención, sin riñas ni peleas, pero actuando en el fondo con hipocresía. Y es que la lealtad sin fidelidad acaba siendo un barniz del verdadero amor. El amor auténtico exige exclusividad, una

fidelidad sin componendas. De lo contrario, lo que deberían ser unas relaciones pacíficas y cariñosas, se convierten en unas relaciones tensas, llenas de discusiones y desencuentros, de peleas y desconfianzas. Es el fruto de la infidelidad. Por mucha que sea la lealtad que se muestre, siempre será un sucedáneo del verdadero amor, una pantomima del respeto y la amistad debida.

SUPERAR LA LETRA DE LA LEY

En tiempos de Jesús, los escribas eran considerados como rigurosos cumplidores de la ley. Pero, en realidad, se quedaban en la letra sin calar en su espíritu. A esto se

refería Jesús al exclamar: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan como doctrina preceptos de hombres» (Mt 15, 8-9). Aquellos responsables de la ley, en el fondo se amaban a sí mismos. Sabían lo que debían hacer, pero no lo hacían. Ni eran fieles, ni tampoco leales. Habían olvidado lo que significaba amar con obras y de verdad, como habían pedido los profetas. A este tipo de personas se refiere el dicho popular: «Obras son amores y no buenas razones». De nada sirve quedarse en la letra de la ley, en simples teorías, si falta el verdadero amor. Lejos de la esclavitud de la letra, el Señor quiere que se le dé culto con obras y de verdad, dictadas por la fidelidad de un corazón generoso. Es esta la base del compromiso fiel.

La fidelidad al compromiso, propia de la entrega generosa y sacrificada, necesita afianzarse cada día. Cuanto mayor sea, tanto más firme y fecundo será el compromiso de amor. Un amor que permite superar egoísmos y manías, impaciencias y rutinas, y que insufla en las relaciones interpersonales comprensión, disculpa y perdón. Particularmente necesario en momentos de crisis generalizadas como las actuales, ya sea en el ámbito familiar, político, económico o deportivo. De todas ellas, y como origen y expresión de las demás, se encuentra la crisis matrimonial. Más grave por afectar al núcleo de la propia familia, célula básica de la sociedad.

El amor entre los esposos ha de ser por esta razón el punto de partida para una renovación eficaz de la vida social. Pero, como en todo, ha de comenzar por una decisión personal de los propios esposos, atrevida, generosa y sacrificada. Es decir, por un compromiso que facilite la comprensión, la disculpa y el diálogo, a pesar de los defectos y fallos que puedan advertir entre ellos. Superar la letra de la ley es actuar con libertad de espíritu, descubrir nuevos mediterráneos para el amor, un amor que facilite el reconocimiento del valor del otro, la colaboración

desinteresada, el estímulo y la confianza. Los esposos deben aceptarse como son. No con el ingenuo idealismo de la época del noviazgo, en el que ella buscaba al príncipe azul y él a la princesa maravillosa. No, el realismo lleva a aceptar los fallos del otro y a saltar sobre ellos, ayudándose mutuamente, con el firme propósito de corregirse y mejorar la relación.

En esto juega un papel importante el respeto a la dignidad de la persona. Más que construirse sobre las arenas movedizas de una fría legalidad, el amor y el respeto verdadero se construye sobre la base de una fidelidad auténtica, sin fisuras. Lo contrario sería quedarse en la superficie, dejarse llevar por los fallos y manías que distancian, con las secuelas de resentimientos, críticas y murmuraciones que conducen al rechazo. Y así, lejos de apagar el incendio de la indignación, por falta de amor se exacerbarían los ánimos, aparecerían los enfados y se multiplicarían las discusiones, sobre todo al rememorar hechos del pasado, que ni se perdonan ni se olvidan. Comenzar y recomenzar con más humildad y realismo. Ese y no otro es el camino para superar inquinas y resquemores, para aprender a amar y darse de verdad.

3. CRECERSE EN LA DIFICULTAD

ES OBVIO QUE TODOS ASPIRAMOS a lo mejor, queremos sobre todo ser felices. Por desgracia, no siempre lo conseguimos. La vida está llena de obstáculos y dificultades que es preciso afrontar con decisión. No siempre salen las cosas como nos gustaría. Pero, en lugar de protestar e indignarnos, la prudencia aconseja a no hacer tragedia, a no ver en la dificultad solo su aspecto negativo.

La dificultad forma parte de la condición humana. Desde que nacemos nos vemos sometidos al bombardeo continuo de distintas adversidades: frío, hambre, enfermedad, dolor, soledad... Pequeños diablillos que pretenden echar por tierra los planes de felicidad que nos hacemos, y como no somos inmunes a la adversidad, tendremos que redoblar en esos momentos la esperanza y la fortaleza para crecernos en la dificultad.

Puede ayudarnos recordar en esos momentos estos sabios consejos: «Vivir es enfrentarse con dificultades, sentir en el corazón alegrías y sinsabores, y en esta fragua el hombre puede adquirir fortaleza, paciencia, magnanimidad, serenidad» (Amigos de Dios, 77). Por lo tanto, sería una ingenuidad que, a pesar de saberlo, olvidásemos la presencia de las dificultades en nuestra vida, y tanto más cuando se trata de tomar una decisión. Las dificultades las encontramos a la vuelta de cada esquina. Aunque en diferentes grados, a todos nos afecta: al pobre y al rico, al sabio y al ignorante, al anciano y al joven. Todos nos topamos con más frecuencia de la que desearíamos con obstáculos y dificultades, que en ocasiones nos pueden parecer insalvables.

No es una simple posibilidad, es un hecho real. Lo sabemos y quizá no tengamos reparos en admitirlo. Pero, puede que nos preguntemos: ¿qué hacer para superar las dificultades?, ¿cómo reaccionar ante ellas? Hay personas que ante el dolor o el sufrimiento instintivamente se sienten movidas a rechazarlos. Y más cuando piensan que pueden verse privadas de ciertas comodidades a las que se habían acostumbrado. Es lógico que a este tipo de personas les resulte muy costoso decidir y hacer planes para el futuro, y más cuando el sufrimiento en cualquiera de sus formas puede poner a prueba su resistencia física o moral.

Ante un mismo sufrimiento o adversidad se puede responder de formas muy distintas. Hay personas que se crecen ante ellos, incluso se sienten estimuladas. Otras, en cambio, se hunden. ¿A qué se debe esta desigual reacción? La diferencia está no tanto en su fuerza física como en la interior, gracias a la cual son capaces de hacer frente a la contrariedad. Hoy se ha puesto de moda hablar de resiliencia, que es la capacidad de resistir que todo ser humano tiene para superar las dificultades y no dejarse vencer por ellas. Conviene saberlo, porque a muchos podría hacerles un gran bien descubrir esa capacidad que les ayudaría a desarrollarse como personas.

¿QUÉ ES LA RESILIENCIA?

La psicología moderna ha adoptado la palabra resiliencia para referirse a la capacidad que tiene el ser humano de resistir ante la adversidad y para sobreponerse a ella. La palabra procede del latín *resilio* (saltar hacia atrás o rebotar), que fue usada al principio por la Física para indicar la capacidad de algunos metales para doblarse e ir hasta el propio límite de su resistencia sin romperse. La Academia de la Lengua admitió esta palabra en el mismo sentido que le da la Física y también la Psicología: la capacidad que tiene el ser humano para resistir y afrontar situaciones difíciles de la vida, adaptarse a ellas y salir fortalecido. La misma adversidad puede convertirse así en palanca de superación, no en fuente de encogimiento o frustración.

La diferencia por tanto entre la persona resiliente y la que no lo es está en el modo de afrontar la adversidad. En este sentido depende mucho del grado de madurez alcanzado, de la educación recibida, de las destrezas y habilidades que posea. No es que las personas resilientes no sientan el dolor o el sufrimiento, y mucho menos que sean masoquistas, es simplemente que reaccionan de modo positivo ante la adversidad, resisten y se crecen ante ella. No puede calificarse como un rasgo propio del carácter, sino consecuencia de una conducta interior fuerte y decidida que toda persona está en condiciones de aprender y practicar.

Lo cual exige en primer lugar fuerza de voluntad, para educar el propio comportamiento, que es siempre una cualidad adquirida, no innata. Cada cual es responsable por tanto de desarrollar su voluntad de superación, a través de actos repetidos que aumenten su capacidad de resistencia. No olvidemos que la fuerza de voluntad se modela y se acrisola mediante el esfuerzo, que ha de ser firme y perseverante. Se desarrollan así una serie de habilidades físicas y mentales que refuerzan la capacidad de resistencia hasta los límites de las propias fuerzas, sin que estas lleguen a romperse.

CARACTERÍSTICAS DE LA RESILIENCIA

Como acabamos de ver, la resiliencia es la capacidad de crecer ante la adversidad. Gracias a la fuerza de voluntad que anida en el interior de la persona, esta puede lograr un desarrollo fuerte y resistente en todas y cada una de sus potencialidades. Así, cuanto mayor sea su fuerza de voluntad, tanto mayor será su fortaleza y capacidad de resistencia.

A partir de estas premisas señalamos algunas de las características que definen a las personas resilientes. Entre ellas, cabe destacar:

- Fuerza de voluntad. Capacidad de esfuerzo y resistencia ante la adversidad, que les lleva a proponerse metas y objetivos concretos junto con los medios para alcanzarlos. Además, como la libertad reside en la voluntad, la persona resiliente se siente muy libre a la hora de decidir y elegir los medios que considera oportunos. Gracias a su libertad de espíritu y a la fuerza de su voluntad, puede enfrentarse a la adversidad y superar el miedo, junto a los desánimos y complejos.
- Seguridad y confianza. Se sienten estas personas competentes y gozan de una alta autoestima, que les lleva a confiar en su capacidad de superación y en el modo de resolver sus problemas. Lo cual les sirve para aumentar aún más su resistencia y capacidad de superación, dotándoles de una visión nueva de la vida y una actitud ante ella serena y esperanzada.
- Sentido de la realidad. Aceptan las cosas como son, conscientes de que están sometidas a un cambio casi continuo que no pueden controlar. Lo saben y lo aceptan. Son realistas. De ahí que actúen con sensatez en sus decisiones, intentado mejorar y adaptarse a lo que les supera.
- Visión optimista de la vida. Gracias a ello descubren la bondad de las cosas, y ante las dificultades ven sus posibles soluciones, sabiendo que antes o después podrán solucionarlas. De ahí su optimismo. No se lamentan ni se quejan, se adaptan a la realidad, mirando hacia el futuro con ánimo renovado.
- Alegría y buen humor. Actitud en ellas imprescindible para responder a la adversidad con buena cara. Gracias a su alegría y buen humor, la propia autoestima aumenta su capacidad de resistencia, lo cual les permite relativizar los problemas y responder a ellos con serenidad.

— Ilusión y deseos de metas altas. Con ánimo sereno, la persona resiliente es capaz de definir con objetividad las metas que se propone, esencial para una toma acertada de decisiones. Y lo hace apuntando alto, con magnanimidad. Gracias a ello está en las mejores condiciones de vencer cualquier obstáculo, consciente de que con ello tiene la mitad del camino andado.

— Empatía. La persona resiliente tiene mayor capacidad de empatía con las personas de su entorno. Y como, por otra parte, tiene experiencia de lo que es el sufrimiento y el dolor y sabe cómo plantarles cara, se siente en condiciones de ayudar a los que sufren y lo pasan mal.

La resiliencia es una maravillosa y reconfortante realidad. Todos tenemos esa capacidad, que hemos de descubrir. No basta con saberlo. Es necesario decidirse a educar la voluntad, con el fin de fortalecerla y hacerla capaz de crecerse ante la dificultad. Gracias al afán de superación producido por la resiliencia, algunos han logrado superar con nota muy alta los obstáculos que se les presentaban.

UN EJEMPLO DE RESILIENCIA

Es el caso, entre otros, de Teresa Perales (Zaragoza 1975), nadadora paralímpica, ganadora de veintiséis medallas paralímpicas y de cinco records mundiales. Sin duda, una de las deportistas más brillantes de nuestro tiempo, y la que más medallas ha alcanzado en la historia de los Juegos Paralímpicos. A los 19 años sufrió una neuropatía que le llevó a perder la movilidad de ambas piernas, teniéndose que mover a partir de entonces en silla de ruedas. Podía haberse refugiado en su enfermedad y mantenerse pasiva. Pero no, supo sacar de su flaqueza la fuerza necesaria para hacer frente a esa adversidad. Gracias a su fuerza de voluntad supo plantarle cara a la dificultad. En su libro *La fuerza de un sueño*, da la clave de su superación: «querer es poder», enarbola como lema y frase favorita, frente al grito de impotencia que pronuncian los que se refugian en el «no puedo».

Crecida ante los obstáculos, decidió practicar el deporte de élite, que le llevó como hemos dicho a batir récords mundiales de natación y a conquistar casi una treintena de medallas paraolímpicas. A partir de su propia experiencial ha formulado su teoría del espiralismo, según la cual cada persona es capaz de crear su propia espiral de optimismo y de felicidad, gracias a la fuerza transformadora que se contiene en su frase favorita: «querer es poder».

En su libro *Mi vida sobre ruedas*, hace una síntesis muy sugerente de su pensamiento: «La muerte —afirma— es lo único que no tiene solución. Caminar, sentada o de pie, en el fondo no importa, lo verdaderamente importante es si quieres hacerlo o no. Si la respuesta es positiva, siempre encuentras la fórmula para hacerlo: querer es poder, ahí está la clave de todo». También de las decisiones atrevidas, como la suya.

Es un buen modo de definir la resiliencia. Porque es en la misma adversidad donde crece la voluntad de superación, se forja el carácter y se potencia la capacidad de resistencia. Y como en esto está en juego la voluntad, y el querer es obra del amor, se ha de entender que lo que ennoblece a la persona ante la adversidad es su capacidad de amar. El amor transforma el dolor en deseos de supervivencia, y el sufrimiento en trampolín del optimismo. Es el amor, no lo olvidemos, el que eleva a un plano trascendente y superior las propias decisiones, el que permite crecerse en la dificultad, el que dota a la persona de dosis grandes de paciencia y constancia.

EVITAR EL VOLUNTARISMO

No se ha de confundir la fuerza de voluntad con el voluntarismo. Sería un error, que si no se corrige podría hacer mucho daño. Es verdad que para crecerse en la dificultad es preciso partir de las propias fuerzas, de la capacidad personal de superación. Pero hay que saber también que las fuerzas personales tienen un límite. Se ha de contar por ello con un factor aún más decisivo: con el poder de la gracia. La persona de fe lo sabe, y por eso se crece ante las dificultades, no porque confíe en sus fuerzas, sino en el poder de Dios. Es Él quien da al hombre no solo el querer sino también el poder obrar. La persona voluntarista en cambio confía en sus fuerzas, se atribuye a sí misma el éxito de sus acciones, por el que lucha hasta la extenuación. Por encima de todo confía en su voluntad, sin que se le pase por la cabeza pensar que su voluntad es prestada.

En la exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, el papa Francisco pone en guardia frente al nuevo pelagianismo que tanto daño puede hacer. Y lo dice de modo claro y directo:

«Todavía —comenta— hay cristianos que se empeñan en seguir otro camino: el de la justificación por las propias fuerzas, el de la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, que se traduce en una autocomplacencia egocéntrica y elitista privada del verdadero amor. Se manifiesta en muchas actitudes aparentemente distintas: la obsesión por la

ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. En esto algunos cristianos gastan sus energías y su tiempo, en lugar de dejarse llevar por el Espíritu en el camino del amor, de apasionarse por comunicar la hermosura y la alegría del Evangelio y de buscar a los perdidos en esas inmensas multitudes sedientas de Cristo» (n. 57).

Quien ama a Dios sabe que todo, hasta lo más profano, viene de Él y conduce a Él. La mayor dificultad que podemos encontrar es la de confiar en las propias fuerzas, como si todo dependiera de nosotros. La persona prudente, de recta conciencia, sabe muy bien que por sí misma poco o nada puede. Así lo entendió santa Teresita de Lisieux, quien a pesar de su juventud es, para todos, un ejemplo de sensatez. Así lo expresa en su oración: «En el atardecer de esta vida me presentaré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos» (Acto de ofrenda al Amor misericordioso).

Por su parte, el apóstol Pablo era consciente también de que no era él, sino la gracia de Dios con él a la que debía atribuir lo bueno de todo cuanto hacía. Es más, con gran humildad reconoce que es el amor el que engrandece todo cuanto el hombre hace. De ahí su afirmación: «Sabemos que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios» (Rom 8, 28). Al comentar estas palabras, advierte san Bernardo:

«Fíjate bien que no dice que las cosas sirvan para el capricho, sino para la utilidad; no para el placer, sino para la salvación; no para nuestro deseo, sino para nuestro provecho. En este sentido cooperan todas las cosas a nuestro bien, aun incluyendo la misma muerte, aun el mismo pecado [...] ¿Acaso no cooperan los pecados al bien de aquel que con ellos se vuelve más humilde, más solícito, más precavido, más prudente?» (Sobre la falacia y brevedad de la vida, 6).

La voluntad impulsada por el amor a Dios, se crece de manera prodigiosa ante los obstáculos. Quien vive de fe y confía en Dios, lo ve todo con ojos nuevos, su inteligencia alcanza una mayor capacidad para penetrar en los planes de Dios, y su voluntad un poder más grande para identificarse con el querer divino. Algo del todo desconocido para el incrédulo, para el que mira a ras de tierra por falta

de fe. Este difícilmente superará las dificultades, empeñado en confiar en sus fuerzas y no en buscar la ayuda de lo alto.

Es maravilloso a este respecto el comentario de J. Bowber, cuando afirma que una sola persona que se abandona plenamente en Dios tiene más fuerza y poder que todo un ejército. No es que por eso entienda todo cuanto pueda sucederle, pero sí puede estar seguro de que será lo mejor, si por encima de todo confía en la bondad y sabiduría divinas. Pone para ello un ejemplo. Recuerda el lema usado por un grupo de judíos durante el largo tiempo que tuvieron que permanecer ocultos debido a la persecución nazi. En la bóveda de la bodega en la que estuvieron refugiados aquellos largos meses, escribieron:

Creo en el sol, aunque no brille;
creo en el amor, aunque no lo sienta;
creo en Dios, aunque Él se calle.

En efecto, el sol de la fe los fortaleció, les sirvió para disipar las nebulosidades de su temor, les hizo crecerse en el sufrimiento, los llenó de esperanza en medio del dolor; y así, consolidados en su amor, superaron con alegría aquellos terribles e infernales momentos. Debieron practicar para ello las virtudes de la fe, la esperanza y el amor. También nosotros, como ellos, nos creceremos en las dificultades y miraremos con optimismo el futuro, si en lugar de ser voluntaristas y confiar en nuestras fuerzas, buscamos la ayuda del cielo.

Si amamos al Señor y confiamos en la ayuda de su gracia, nada hemos de temer. Pues, en efecto, «todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios» Todo, incluso lo que a primera vista pudiera parecernos negativo, como la persecución, la calumnia o la contradicción. Quien vive de fe sabe que las mismas dificultades sirven para crecer en amor de Dios y crecerse ante ellas. No hay que perder de vista que cualquier adversidad ha sido querida o al menos permitida por Dios para nuestro bien. Y eso, aunque en un principio cueste entenderlo. Es el momento de hacer nuestro el grito del Apóstol, que lleno de convicción exclamaba: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación o la angustia, la persecución o el hambre, la desnudez, el peligro o la espada? [...] Sobre todas estas cosas triunfamos por Aquel que nos amó. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom 8, 35-39).

NO EXAGERAR LAS DIFICULTADES

Por grande que sea la dificultad, no hay que exagerarla. Ante ella hemos de evitar hacernos la víctima, es decir, buscar que nos compadezcan, o bajar la guardia y renunciar a la lucha. Es verdad que hemos de aceptar nuestras limitaciones, pero en ningún caso renunciar a superarlas. Sería una cobardía.

Qué gran lección nos da en este sentido la húngara Edith Eger. Cuando tenía 17 años los nazis invadieron su país, y tanto a ella como a su familia los llevaron deportados a Auschwitz - Birkenau. Allí sufrió y vio de cerca los horrores más grandes que se puedan imaginar. Sobrevivió a ellos y logró escaparse cuando sus padres ya habían sido enviados a la cámara de gas. Salvó su vida gracias al sanguinario Josef Mengele, médico y oficial alemán apodado el Ángel de la Muerte, que le pidió que bailara El Danubio azul. Lo hizo, y quedó tan complacido que le facilitó la huida. Huyó a Checoslovaquia, y más tarde emigró a los Estados Unidos.

Desde allí, en su libro *La bailarina de Auschwitz* (2018), lanza un mensaje rememorando su historia. Su tesis es sencilla y original: «Tenemos la capacidad de escapar de las prisiones que construimos en nuestras mentes y podemos elegir ser libres, sean cuales sean las circunstancias de nuestra vida». Apoya su afirmación en su experiencia personal, en la búsqueda de la libertad. Reconoce que el sufrimiento es universal, pero asegura también que es opcional. Lo explica así:

«Todos podemos ser víctimas a lo largo del tiempo de algún tipo de desgracia, calamidad o abuso, provocado por circunstancias, personas o instituciones. Estas dificultades vienen de fuera, sobre ellas no tenemos capacidad de control. Son las producidas por los matones del barrio, el jefe que se enfada, el marido que pega, el amante que engaña, las leyes discriminatorias, el accidente que te envía al hospital...».

Pero, con ser todo esto peligroso, lo que más daño hace —afirma— procede del interior de la persona, que califica de victimismo.

«Nadie desde fuera puede convertirnos en víctimas, salvo nosotros mismos. Y nos convertimos no por lo que nos sucede, sino por desarrollar una mentalidad de víctima, una forma de pensar y de ser rígidos, culpable y pesimista, atrapada en el pasado, implacable, castigadora y sin límites o fronteras saludables».

Tras este cuadro tan realista, acaba diciendo:

«Nos convertimos en nuestros propios carceleros cuando optamos por limitarnos mediante una mentalidad de víctima. ¿Cuándo sucede? Cuando exageramos las dificultades, cuando nos creemos perseguidos o incomprendidos, cuando sin base alguna engordamos los problemas, agrandados por la imaginación y lanzados como proyectiles hacia otros en defensa propia».

Las dificultades ciertamente existen. Pero seamos realistas, no las exageremos. Si procedemos con sensatez, recuperaremos la serenidad y el tino necesarios para decidir en las mejores condiciones. Y comprobaremos entonces que las grandes montañas que a veces nos creamos en nuestra imaginación se desvanecen. Y nos reiremos de nosotros mismos. Así, con nuevo brío y diligencia, afrontaremos sin miedo ni complejos los desafíos que se nos presenten.

4. RECTIFICAR ES DE SABIOS

A NADIE, POR LO GENERAL, LE GUSTA DECIR que se ha equivocado, ni admitir que debe rectificar. Pero somos falibles y nos equivocamos muchas veces. Lo sensato en esos casos es rectificar sin protestar, la mejor manera de aprender. Así actúan las personas sensatas. Decía Goethe que «el único hombre que nunca se equivoca es el que no hace nada». La verdad es que esto convertiría a las personas en cadáveres andantes. Seamos sensatos. Tenemos muchas limitaciones y es normal que nos equivoquemos, no una sino muchas veces. Rectifiquemos pues sin inhibiciones ni complejos.

Decidir es tanto como estar dispuestos a rectificar. Del todo necesario al hombre de hoy. Apoyado en su larga experiencia, comenta san Josemaría:

«No es prudente el que no se equivoca nunca, sino el que sabe rectificar sus errores. Es prudente porque prefiere no acertar veinte veces, antes que dejarse llevar de un cómodo abstencionismo. No obra con alocada precipitación o con absurda temeridad, pero asume el riesgo de sus decisiones, y no renuncia a conseguir el bien por miedo a no acertar. En nuestra vida encontraremos compañeros ponderados, que son objetivos, que no se apasionan inclinando la balanza hacia el lado que les conviene. De esas personas, casi instintivamente, nos fiamos; porque, sin presunción y sin ruidos de alharacas, proceden siempre bien, con rectitud» (Amigos de Dios, n. 88).

Otros, en cambio, se enfadan y se sienten frustrados por minucias; no aprovechan sus errores para rectificar y seguir adelante. Acaban parapetándose en excusas y lamentaciones, con los consiguientes desánimos y complejos, que lejos de animarles les hunde y bloquea. No es este el camino. De los errores se ha de aprender para ganar en humildad y madurez.

Hay personas que tienden a estigmatizar a quienes se equivocan o cometen errores. De modo inmisericorde les ponen el sambenito de ignorantes o incompetentes. Suele suceder incluso con los que aún son niños, cuando suspenden alguna asignatura, o con el opositor que no aprueba a la primera, o con el deportista que sufre una pájara y abandona, o con el investigador que

tras duros años de trabajo reconoce que ha fracasado. Los errores, cualesquiera que sean, están mal vistos. Entre otras cosas porque en lugar de ver lo positivo que hay en ellos, se pone el acento en lo negativo, en lo que contraría y se ve como una desdicha.

Pero equivocarse no significa fracasar. Solo fracasan los que por orgullo se niegan a rectificar, los que se aferran a su criterio y no reconocen su error. Olvidan estos que han existido muchas personas que debieron su éxito precisamente a los errores cometidos. Se suele poner de ejemplo lo que le sucedió a Alexander Fleming, el inventor de la penicilina. La descubrió precisamente a causa del error que cometió un día por despiste al dejar abierto uno de los frascos que utilizaba en el laboratorio. ¡Qué gran bien hizo con su “error” a la humanidad!

Los grandes aciertos han estado precedidos no pocas veces de grandes errores. No debe importar cometerlos. Lo que sí debe preocuparnos es no rectificar cuando los hemos cometido. No por obligación, sino por rectitud, por justicia y amor a la verdad. Quien conscientemente desfigura la verdad o la desprecia, difícilmente admitirá sus errores. Se mantendrá en ellos contra viento y marea. Así actuaban los caballeros del Medievo, a quienes se atribuyó por su falta de sensatez el dicho de sostenella y no enmendalla. Los errores se han de aprovechar, porque permiten tomar la medida de lo que realmente somos.

RECTIFICAR CON REALISMO

El capitán de barco sabe que, si quiere llegar al puerto señalado, debe rectificar de continuo el rumbo de su nave, y más cuando ha de enfrentarse a fuertes oleajes que amenacen su embarcación. Si no actúa con decisión y firmeza, es decir, si no rectifica a tiempo, se expone a poner en peligro no solo la nave sino la vida del pasaje. Y tal vez se desvíe de su ruta y se aleje cada vez más del puerto al que se dirigía. Si es sensato, no dudará en dar órdenes al timonel para que maniobre con rapidez y role, ya sea a estribor o babor, para mantener el rumbo de la nave.

En la vida de las personas ocurre algo parecido. Transcurre no pocas veces en medio de tempestades y fuertes oleajes que pueden poner en peligro las decisiones tomadas. Sería ingenuo pensar que los mares en los que avanza y transcurre nuestra vida se van a mantener siempre en bonanza o calma serena. Por desgracia, las turbulencias se suceden con relativa frecuencia, aunque por momentos se disfrute de una cierta tranquilidad. Ninguna situación personal, por brillante que sea, es inamovible, y menos definitiva. Estamos expuestos de

continuo a cambios de planes que nos exigirán actuar con decisión y fortaleza. Y, como es lógico, tendremos que rectificar el rumbo, corregir los errores y armarnos de paciencia, si es que de verdad queremos alcanzar la meta que nos habíamos propuesto.

El paso de los días ayuda a poner cada cosa en su sitio al recordarnos que no siempre se cumplen los planes en los términos que los habíamos previsto. Lo más probable es que tengamos que introducir cambios, reconsiderar lo que en un principio nos llamó la atención y considerábamos atractivo, corrigiendo los planes iniciales y reconociendo los errores si los hubo. En ocasiones no es fácil, por haber cristalizado el pensamiento y carecer de la necesaria flexibilidad. Se necesita para esto ser humildes, dar el brazo a torcer y reconocer con sinceridad que es preciso cambiar de chip.

HUMILDAD PARA RECTIFICAR

Se suele decir que «rectificar es de sabios». Y es verdad. Pero con un matiz. Sin humildad no hay sabiduría, ya que para rectificar se necesita ser humildes, reflejo patente de la verdadera sabiduría. El humilde reconoce sus errores, el soberbio y el orgulloso no. Sencillamente porque no han alcanzado el grado de sabiduría necesario para rectificar. Tal vez por amor propio, por la vanidad de creerse en posesión de la verdad. Enrocadas en una actitud altiva y desafiante, estas personas se niegan a reconocer sus errores, y si no rectifican lo más seguro es que los errores se les acumulen con el paso de los días.

¿Cómo salir de una espiral tan nociva? Aceptando la realidad como es, sin negar los errores ni intentar enmascararlos. La humildad, fundada en la verdad, lleva a reflexionar y a tomar conciencia de los errores que se cometen. Y no se queda ahí. Va a la raíz de esos mismos errores para corregirlos, sin tratar de edulcorarlos. La persona humilde rectifica, no se lamenta. Gana de esta forma en sensatez y sentido de la realidad. En ningún caso, ante un error, se le ocurre acudir al socorrido expediente de hacerse la víctima o echar la culpa a otros de lo que solo es culpa suya.

Decía la santa de Ávila que la humildad es andar en verdad, manifestación de sabiduría. La persona humilde actúa con sinceridad, sin arrogancia ni disculpas; llama a las cosas por su nombre y, si se equivoca, reconoce sus fallos. Con su actitud desenmascara la mentira, prefiriendo el camino de la justicia y la equidad. Enseña con su ejemplo a combatir con firmeza el amor propio, a agachar la cabeza cuando advierte sus errores. Logra con ello el triunfo de la

verdad sobre la mentira, la superación de la ignorancia por la verdadera sabiduría.

Nada de esto se logra sin humildad. Librémonos, pues, de fantasías e imaginaciones que acaban desfigurando la verdad. Los errores se deben aprovechar para extraer de ellos lo positivo que tienen, aquello que permite encarar las decisiones que se toman con ánimo atrevido y optimista. En este sentido, la humildad y la sensatez van de la mano. La persona humilde es realista, no confía sus planes a la buena suerte, al contrario, espera el éxito de sus decisiones del trabajo bien hecho, de la responsabilidad asumida y de la fortaleza con que se empeña en llevar a cabo su tarea. Todo ello termina engendrando en su alma una actitud de disponibilidad y paciencia, que le permite aceptar los errores y corregirlos con alegría.

RECTIFICAR CON ALEGRÍA

Rectificar con alegría es lo más realista que uno puede hacer. Es vivir en el presente y no anclarse en el pasado, y menos dejarse influir por lo que pueda suceder en el futuro. Los éxitos de las decisiones que se toman depende del empeño y la laboriosidad con que se enfrenten, del empleo de los recursos que se tengan al alcance y de la sensatez con que se actúe.

No obstante, es preciso saber también que los triunfos y la fuerza que permiten alzarse con la victoria se debe ante todo a una mano invisible, pero real, que actúa en nuestro interior: se trata de la gracia, que nos viene de lo alto. Con ella se puede todo. Esto no es incompatible con pasar a veces noches de insomnio, de desvelos y preocupaciones. Con todo eso cuenta el Señor para fortalecernos y hacernos humildes, para mantener la ilusión y trabajar con optimismo. Si nos equivocamos, lo más sensato es rectificar en seguida con alegría. Los errores y posibles fracasos ayudan a tomar las decisiones con más cautela. Las decisiones serán entonces más realistas y ponderadas, nos permitirán llegar a buen puerto, a pesar de los vendavales o dificultades que se puedan presentar.

El desafío es claro: rectificar pronto y con alegría. Oportunidades no nos faltarán. Pero sabiendo también que los errores no son para exhibirlos como trofeos en un expositor, sino para incorporarlos a la propia vida. Y eso obliga a vivir en el presente, en el hoy ahora, intentando descubrir la belleza de la creación, lo bueno y positivo de las cosas. Con visión positiva es más fácil rectificar, superando las dudas y disipando el miedo. Abierta la mente a la verdad y fortalecida la voluntad por la gracia, se pueden rectificar los errores sin perder la paz, a la vez que se aprende de ellos.

RECTIFICAR LAS ACTITUDES INSOLIDARIAS

Es importante rectificar también cuando se advierten en la conducta actitudes insolidarias. Con espíritu de colaboración, venciendo la pasividad o la indolencia, sin dejarse amilanar por el miedo o la desconfianza; se gana con ello en generosidad, dispuestos a estar pendientes de los que sufren o lo pasan mal. Y habrá que rectificar si en lugar de ser generosos sentimos el tirón del egoísmo que nos hace insolidarios, por ignorar a los que pasan necesidades.

En la medida de lo posible es preciso ser solidarios y ayudar a los que sufren o padecen enfermedades, a los marginados y a los desprotegidos. Cada uno ha de ponderar lo que puede hacer, y rectificar si hasta ese momento no ha hecho nada por ellos. Habrá de poner los medios para salir cuanto antes de esa actitud cerrada y abrirse generosamente a los que lo puedan necesitar.

La perspectiva de solidaridad y los horizontes de generosidad se ensanchan cuando se experimenta en propia carne la indigencia y el sufrimiento ajeno, a la vez que se siente un gran gozo interior cuando se rectifica y se vence la comodidad. La actitud solidaria no se improvisa: requiere sacrificio, el estar pendientes de modo activo de los pobres, los enfermos, los que perdieron su trabajo, los inmigrantes, los refugiados y tantos otros. Sin acepción de personas, sin exclusiones ni favoritismos. Es una solidaridad que se pide a todos, de modo especial a los cristianos, llamados a dar ejemplo de amor al prójimo, de solidaridad y caridad cristiana.

Pero se ha de evitar un equívoco, pues como advierte el Papa Francisco «nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro [...] Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe» (Exh. Apost. *Evangelii gaudium*, n. 199). En esto se diferencia la opción preferencial por los pobres de las ideologías que intentan instrumentalizarlos con la intención de ponerlos al servicio de intereses espurios o egoístas.

SE NOS PEDIRÁ CUENTA

Al final del Evangelio de san Mateo se encuentran unas palabras del Señor que hacen alusión al juicio final. Vale la pena recordarlas.

«Entonces dirá el rey a los que estén a su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme”. Entonces los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”. Y el rey les dirá: “En verdad os digo: cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis”» (Mt 25, 34-40).

Es la anticipación del diálogo que mantendrá Jesús con los que fueron fieles y generosos, y que ahora con alegría y no sin asombro ven que son recompensados por sus obras. Obras de misericordia, referidas en este pasaje a la misma persona de Cristo. Él ha venido a salvar a todos, pero siente una particular predilección por los pobres, por los enfermos, por los encarcelados... Se solidariza con ellos, hasta el punto de considerarlos como sus hermanos pequeños, necesitados de su ayuda y consuelo. Todo cuanto hagamos con ellos —ha dicho— es como si se lo hiciéramos con él mismo.

Se explica así que al final de la vida se nos pida cuenta del bien que hicimos o del que dejamos de hacer, no de modo genérico sino concreto. Ahí están esas personas con las que convivimos a diario o tenemos algún trato, esas que muchas veces ignoramos por ir a lo nuestro. La sentencia, para los que dejaron de ayudar al prójimo necesitado, estremece. «E irán estos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna» (v. 46).

La solidaridad se manifiesta de modo particular en las obras de misericordia. Estas crecen y se desarrollan al compás del amor que manifestamos al prójimo. Que, como es natural, han de plasmarse en decisiones generosas y solidarias, al ritmo de las necesidades que advirtamos en los que sufren. Aunque cueste, aunque suponga sacrificio al tener que compartir nuestros bienes y nuestro tiempo con los más necesitados. A todos se nos pide más generosidad, que es estar pendientes y desvivirse por los que lo necesitan. Nos debe importar, y mucho, que al llegar la hora final podamos presentarnos ante el Señor con las manos llenas de buenas obras.

Qué gran ejemplo el de aquel empresario que un día tomó conciencia de lo que podría hacer con sus bienes ante la mucha indigencia que veía a su alrededor.

Todo comenzó cuando un domingo, al salir de Misa, encontró a un hombre joven en la puerta de la iglesia pidiendo limosna. Le dio una cantidad generosa. Pero no había recorrido más que unos pocos metros cuando pensó: con lo que le he dado a este hombre poco puede hacer para alimentarse. Se volvió, habló con él y después de saber a qué se había dedicado antes, le preguntó si aceptaría un trabajo en su empresa. Por supuesto, le dijo. La vida de aquel hombre desde aquel día dio un vuelco inesperado.

Esto no debe hacernos pensar que solo pueden ser solidarios los que tienen riquezas. También los que no la tienen dan prueba en ocasiones de solidaridad en medio de su pobreza. Recuerdo el caso de un nigeriano que pedía limosna al pie de un semáforo donde ofrecía algún que otro servicio a los automovilistas que se detenían. En una ocasión, para su asombro, descubrió que a uno de los que pasaban por allí, distraídamente se le cayó la cartera. Llevaba en ella bastantes euros. No los tocó. En cuanto pudo, se dirigió a la comisaría más próxima y allí la dejó depositada. Días más tarde apareció su propietario, que lo recompensó con una buena propina. Todos los periódicos de la localidad se deshacían en elogios hacia el nigeriano, por su solidaridad y honradez.

CON LA MIRADA EN LA META

No hay que olvidar que existieron civilizaciones e imperios poderosos que sucumbieron cuando, por egoísmo y ambición, perdieron de vista la meta a la que se dirigían. Terminaron haciéndose insolidarios. Dieron la espalda a la realidad, tomaron sus decisiones, tanto personales como colectivas, olvidando los deberes más elementales de justicia y equidad. Por falta de visión, sucumbieron al miedo y se llenaron de complejos; y ni aun así rectificaron. En poco tiempo perdieron lo que en horas de gloria y esplendor habían logrado. Tan estrepitosa fue su caída, que hombres y mujeres se zambulleron en auténticas aberraciones morales, impropias de personas cultas e ilustradas.

El panorama de aquella llamativa inmoralidad lo describe con precisión san Pablo en su Carta a los Romanos:

«Presumiendo de sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen semejante a la de hombre corruptible [...] Por lo cual, Dios los entregó a las apetencias de su corazón, a la impureza con la que deshonraron sus cuerpos entre sí, a ellos que cambiaron la verdad de Dios por la mentira [...] Por esto Dios los entregó a pasiones deshonorosas; pues sus mujeres invirtieron el uso natural por el que es contra naturaleza. Igualmente, también los hombres, abandonando el uso

natural de la mujer, se inflamaron en deseos de unos por otros, hombres con hombres, practicando la infamia y recibiendo en sí mismos el pago merecido por su extravío» (Rom 1, 22-27).

Sin convicciones, debilitado su carácter y anestesiada su conciencia, aquellos hombres olvidaron por egoísmo hacia dónde se dirigían. Cegados por sus pasiones perdieron de vista la verdadera meta que debían alcanzar. Vivían para sí mismos, sin más horizonte que el de triunfar y dar gusto a sus sentidos y pasiones. Un futuro de lo más triste, un horizonte sin esperanza.

Hoy se nos pide mayor sensatez. Es decir, saber a dónde nos dirigimos y con qué medios contamos. No podemos contentarnos con vivir al día, es preciso labrarse un futuro de esperanza, de ilusión y optimismo. Lo tenemos al alcance de la mano, con todos los medios para alcanzarlo. Pero es necesario rectificar lo que hasta ahora hubiéramos podido hacer mal. Y después, con serenidad y audacia, plantearnos metas de más altura, con el atrevimiento de salir de nosotros y sembrar a manos llenas el bien por el mundo entero.

5. UN FUTURO DE ESPERANZA

CUANDO ALGUIEN SE PROPONE ALCANZAR una meta, la esperanza de alcanzarla le sirve de punto de apoyo para redoblar su entusiasmo y su esfuerzo, para superarse ante las dificultades y, armado de valor, caminar sin desfallecer por grande que sea el cansancio. La misma ilusión que mueve al campesino que cada año siembra con la esperanza de recoger el fruto de lo sembrado; para ello prepara la tierra y la abona, la riega y la protege de las malas hierbas y de las inclemencias atmosféricas. Otro tanto hace el que se dedica a las faenas de pesca: trabaja sin descanso, dispuesto incluso a pasar la noche en vela pensando en los peces que podrá capturar. Y lo mismo le ocurre al ganadero, al granjero, al panadero, o a cualquier otro que espere ver recompensado su trabajo. Todos ellos se esfuerzan por la esperanza que les mueve, dispuestos a sacar fuerzas de flaqueza de la misma dificultad, renovando con nuevos bríos e ilusión su tarea.

Para los cristianos, la esperanza además de ser una virtud humana es también una virtud teologal: tiene como fin a Dios y como medio las gracias que Él nos envía. De esas gracias procede la fortaleza que se necesita para encarar sin miedo el futuro, para trabajar en cada momento sin dejar de poner la mirada en la meta a la que nos dirigimos. Gracias a la esperanza, sabemos que cuanto mayor sea la dificultad que encontremos, tanto mayor será la gracia que recibamos.

«La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón a la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad» (CEC 1818).

No pensemos, sin embargo, que la virtud de la esperanza es una invitación a alejarse del mundo, a abandonar las legítimas aspiraciones de progreso y desarrollo personal y social. Todo lo contrario. Pues, como afirmaba el pasado Concilio y conviene recordar,

«la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación por cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios» (Gaudium et spes, 39; CEC 1049).

Este recordatorio debe servirnos de estímulo para aspirar a metas cada vez más altas, para trabajar a conciencia y contribuir al desarrollo y prosperidad de todos. Es una decisión que vale la pena tomar, un bien que no podemos dejar de hacer, evitando reduccionismos y omisiones. Y eso, aunque, como es natural, el fruto tarde en llegar y podamos sentir el cansancio y en ocasiones pueda desdibujarse la ilusión.

CAMINAR SIN CANSANCIO

La esperanza es la virtud del caminante, del hombre o la mujer joven de espíritu, que aun sabiendo a qué meta se dirige, sabe también que ha de esforzarse por alcanzarla. Como en todo, también en esto hemos de ser realistas. Pues a pesar de nuestra buena voluntad, sabemos que no podremos eliminar el cansancio, que aparecerán los obstáculos y las contrariedades. El camino no se presentará la mayoría de las veces alfombrado de rosas, sino más bien plagado de punzantes espinas. Lo normal, por tanto, es que tengamos que sortear incomprendiones, celos y rivalidades. Pero estos obstáculos no son insuperables para el que vive de esperanza. En esos momentos viene bien recordar la promesa de Jesús: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, que yo os aliviaré» (Mt 11, 28). Es un consuelo, una ayuda estupenda para seguir adelante, aunque el cansancio sea grande y la tarea nos supere.

Gracias a la virtud de la esperanza es posible caminar con espíritu alegre y deportivo, con la juventud del que está de camino. Si alguna vez flaqueamos, pensemos entonces en el futuro que nos aguarda. Y reemprenderemos la marcha y caminaremos sin desfallecer, con la ilusión y alegría del caminante que, a pesar de las dificultades, está dispuesto a caminar sin detenerse. Este debería ser nuestro lema. Así lo recomendaba el papa Francisco:

«Caminar sin detenerse, puesta la vista en la meta. La canción de los alpinos: “el arte de subir no está en no caer, sino en no quedarse tirado. Canta y camina”. Y si has caído, ívelántate!, te espera la caricia de la

misericordia de Jesús que lo perdona todo, y ahí está la alegría del encuentro con Jesús [...] Si una persona no camina y se queda quieta, ni sirve ni hace nada. Pensad que el agua, cuando no está en el río, no avanza, se para y se pudre. Igual el alma que no camina haciendo el bien, es un alma que acaba en la mediocridad y en la miseria espiritual. Por favor: ¡no os paréis en la vida!» (Radio-mensaje 6-VI- 2015).

Un sabio consejo que, en momentos de apuro, de cansancio o de fatiga, puede servirnos de revulsivo. Sin miedo al futuro, puesta la mirada en la meta a la que nos dirigimos, con la convicción de alcanzarla si nos nutrimos de la fuerza y valentía que proporciona la virtud de la esperanza. Aunque cueste, aunque falten las fuerzas, apoyados en la esperanza caminaremos sin desmayo, venceremos el miedo al esfuerzo y mantendremos viva la ilusión de llegar a la meta, aunque aún esté lejos y no podamos verla.

¡Qué fuertes y alegres se sienten los que viven de esperanza! Apoyados en ella se atreven a decidir y a asumir sus compromisos, a actuar con libertad de espíritu, con generosidad y optimismo. Tan necesario hoy para cortar las amarras de la comodidad y de esa galopante mediocridad que nos amenaza, para afrontar con valentía los desafíos y atrevernos a dar la cara sin miedo ni complejos. Aumentaríamos con ello la autoestima, robusteceríamos nuestra seguridad y confianza, aguardaríamos con ilusión un futuro lleno de esperanza.

CONFIAR EN DIOS

Seríamos unos ingenuos, no obstante, si aguardáramos el futuro confiando solo en las propias fuerzas, en la resistencia física, en la experiencia o en la propia fuerza de voluntad. Nos toparíamos pronto con el cansancio y la desgana, nos volveríamos pesimistas ante los primeros fracasos. El hombre o la mujer sensata saben que nada conseguirán si no se apoyan en Dios, si no confían en el poder de la gracia, si no viven de esperanza.

Cuando el pueblo de Israel estaba a punto de entrar en la tierra prometida, Moisés aprovecha para dar un consejo a Josué de parte del Señor, ya que sería él quien debía conducir desde entonces al pueblo. Y, para que no lo olvide y viva de esperanza, le dice:

«Se fuerte y valiente. Tú has de introducir a este pueblo en la tierra que el Señor, tu Dios, prometió dar a tus padres y tú les repartirás la heredad. El Señor avanzará ante ti. Él estará contigo, no te dejará ni te abandonará. No temas ni te acobardes» (Dt 31, 7-8).

De esa esperanza vivió Josué y todo su pueblo. A partir de entonces se abrió para ellos un futuro de seguridad y confianza. Estaban convencidos de que Dios nunca los abandonaría si permanecían fieles a sus mandatos, y eso a pesar de sus muchas debilidades y miserias. Bastaba con que amarán al Señor su Dios «con todo el corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas» (Dt 6, 4). Él se había comprometido desde el principio a caminar al lado de su pueblo, a no dejarles nunca solos. La misma promesa que Jesús hará tiempo después a los cristianos: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Con el Señor a nuestro lado nada hemos de temer; al contrario, experimentaremos que se renuevan nuestras fuerzas, que ganamos en valentía y optimismo, en sensatez y realismo.

Basta tener fe en Dios y vivir de esperanza. Comprenderemos entonces que nada ocurre por casualidad, que no estamos abocados a un destino ciego. Cualquier dificultad que se nos presente entra en los planes de Dios, con una clara finalidad: la de afianzar nuestra confianza y enseñarnos a contar siempre con la protección todopoderosa del Señor. Por lo tanto, aunque podamos atravesar por momentos oscuros y dificultosos, como los israelitas en el desierto, aunque parezca que se cierra el cielo y que el Señor no nos escucha, si somos fieles podemos estar seguros de contar con su ayuda.

En el corazón del cristiano no cabe el pesimismo, siempre hay para él un rayo de esperanza. Todo cuanto pueda ocurrirle, aunque pueda parecerle en un primer momento negativo o incomprensible, se convierte en instrumento de la gracia divina. El Señor solo espera que le abramos de par en par las puertas del corazón, que lo escuchemos y nos identifiquemos con su voluntad, con la plena convicción de que nunca nos abandona. Se ha quedado con nosotros para ayudarnos, para consolarnos y para que nunca nos sintamos solos.

En la primera Jornada Mundial de la Juventud a la que asistió el papa Francisco en julio del 2013, se dieron cita en Río de Janeiro cerca de dos millones de chicos jóvenes procedentes de diversas partes del mundo. Aguardaban las palabras del Pontífice llenos de ilusión y, en cierto modo, también de intriga. En la "Fiesta de acogida de los jóvenes", en el paseo marítimo de Copacabana, fue donde el Papa dirigió a aquellos jóvenes las siguientes palabras:

«Cuando está Dios en nuestros corazones habita la paz, la dulzura, la ternura, el entusiasmo, la serenidad y la alegría, que son frutos del Espíritu Santo (Gal 5, 22), y nuestra existencia se transforma, nuestro modo de pensar y de obrar se renueva, se convierte en el modo de pensar y de

obrar de Jesús [...] Y añadía como si entre aquella multitud solo hubiera una sola persona:

Querido joven: Pon a Cristo en tu vida [...] Él te espera: escúchalo con atención y su presencia entusiasmará tu corazón [...] Puedes ser un testigo gozoso de su amor, un testigo entusiasta de su Evangelio para llevar un poco de luz a este mundo. Déjate amar por Jesús, es un amigo que no defrauda».

En estas palabras está la clave para encarar el futuro con esperanza, por muchos que sean los problemas que nos acucien o hayan sido numerosos los fracasos o desilusiones que hayamos podido tener.

MOTIVOS PARA EL OPTIMISMO

El optimismo cristiano se funda en la fe, y de modo más específico en la filiación divina, pues como hijos de Dios es fácil ver el lado positivo de las cosas. Es un error apoyar el optimismo en los triunfos o en las victorias personales, en las riquezas o en la buena salud. Solo apoyados en Dios, en su fuerza y poder, seremos verdaderamente optimistas. En medio de todos sus dolores y sufrimientos, el apóstol Pablo se sentía feliz, optimista y esperanzado, no por él sino por la fuerza de la gracia que actuaba en él. En su carta a los Romanos, se despide de ellos con estas palabras: «Que el Dios de la esperanza os colme de alegría y paz en la fe, para que abundéis en la esperanza con la fuerza del Espíritu Santo» (Rom 15, 13).

De esta fe y esperanza procede el optimismo cristiano, el que han vivido los santos persuadidos de que solos nada podían, pero sabiendo que con el Señor lo podían todo. Santa Teresa de Jesús escribe: «Teresa sola no puede nada; Teresa y un maravedí, menos que nada; Teresa, un maravedí y Dios, lo puede todo». En la base de este razonamiento está la humildad, que le lleva a saberse criatura, a esperar todo de Dios su Creador, dispuesta a hacer su voluntad. Aunque se sentía poca cosa, vivía de esperanza y confiaba por encima de todo en la benevolencia divina.

Si vivimos de fe y esperanza, tampoco nosotros tendremos motivos para desalentarnos, aunque sean muchos los errores, fallos o equivocaciones que podamos acumular. Optimistas, pues, aunque seamos poquita cosa. Dios lo puede todo. De ahí este sabio consejo, que procede de un hombre que se sentía capaz de cometer todos los errores y todos los horrores que han cometido las personas más ruines, pero que por encima de todo confiaba en la misericordia de Dios:

«Echa lejos de ti esa desesperanza que te produce el conocimiento de tu miseria. —Es verdad: por tu prestigio económico, eres un cero..., por tu prestigio social, otro cero..., y otro por tus virtudes, y otro por tu talento...

Pero, a la izquierda de esas negaciones, está Cristo... Y iqué cifra inconmensurable resulta!»

(Camino, 473).

Un motivo más que razonable para aumentar la esperanza y recuperar la visión optimista de la vida. El cristiano, cualquiera que sea su condición social, está llamado a ser santo, con la convicción de que la gracia hará posible en él que la voluntad de Dios se realice. Así lo explicaba san Pablo a los primeros fieles de Corinto:

«Mirad, hermanos vuestra vocación: pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni mucho poderosos, ni muchos nobles. Dios eligió, más bien, lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil, del mundo para confundir a los fuertes, lo vil y lo despreciable del mundo, lo que nos es, para destruir lo que es, para que ninguno se gloríe delante de Dios» (1 Cor 1, 26-29).

A pesar de la pequeñez personal, el panorama que el cristiano tiene por delante es extraordinario: un auténtico mar sin orillas. Desalentado andaba Simón el día que se encontró con el Maestro a la orilla del lago de Tiberiades. Toda la noche la habían pasado intentando pescar, pero no habían conseguido nada. Jesús, que se había metido en su barca para predicar a la muchedumbre, al terminar le dice: «Guía mar adentro y echad vuestras redes para la pesca» (Lc 5, 4). Simón le responde: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada, pero fiado de tu palabra echaré las redes». Y así lo hicieron. «Y recogieron tan gran cantidad de peces que las redes se rompían». Ante el asombro de todos, y una vez que llegaron a la orilla, cuenta san Lucas que «Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5, 8).

Sobre la fe y humildad de Simón, Jesús obra el milagro. Había reconocido el fracaso de una noche entera intentando pescar. Pero después, fiado en la palabra de Jesús, obedece. Al final, asombrado de la pesca recogida, se arrodilla a los pies de Jesús reconociéndose un pecador. Y, postrado ante él, termina llamándole Señor, es decir, lo reconoce como verdadero Dios. De ahora en adelante, a Pedro se le abre un futuro de esperanza; nunca más estará solo, contará desde entonces con la ayuda de su Maestro y Señor, que termina

anunciándole que en adelante será “pescador de hombres”. Con la alegría de saberse llamado por Jesús, Simón Pedro lo deja todo y le sigue.

También nosotros, a pesar de nuestra personal fragilidad, si vivimos de fe y esperanza tenemos razones sobradas para ser optimistas y encarar el futuro con espíritu deportivo. Todo tiene arreglo cuando se es humilde y se confía en la gracia divina. Benjamín Franklin, presidente de los Estados Unidos, decía: «No anticipéis las tribulaciones ni temáis las que seguramente no os puedan suceder. Vivid siempre en un ambiente de optimismo». En efecto, el optimismo es constructivo, genera confianza y magnanimidad, deseos de emprender grandes y ambiciosas empresas, la primera de todas la de la propia santidad.

En el ambiente un tanto pesimista que se respira hoy, el cristiano está llamado a irradiar optimismo, confianza y alegría. Es esta una de las principales y mejores decisiones que se pueden tomar. Y eso, aunque a algunos pueda parecerles un atrevimiento insensato o un modo irreal de afrontar el futuro. Habrá que aprovechar la ocasión para explicarles la razón de nuestra esperanza, el fundamento de la coherencia que procuramos vivir. Para el que confía en Dios y se sabe hijo suyo, no hay nubarrones que puedan ensombrecer su horizonte; para él brilla siempre la alegría de saberse querido y protegido por su Padre Dios, que lo puede todo.

Junto con la gracia del Señor, contamos también con la intercesión pronta y segura de nuestra Madre Santa María. Su pariente Isabel, cuando recibe su visita, la saluda diciendo: «Bienaventurada la que ha creído que se cumplirán las cosas que se le han dicho de parte del Señor» (Lc 1, 45). Y es que María, abandonada por completo en las manos de Dios, vivía de fe y esperanza, sin miedo al futuro; encaraba las cosas con la decisión y el atrevimiento de los que llenos de humildad confían del todo en el Señor y en el poder de su gracia.

Antonio Fuentes Mendiola es sacerdote, doctor en Teología y profesor de Sagrada Escritura. Ha ejercido la docencia en la Universidad de Navarra y en otras universidades. Es autor de la versión del Nuevo Testamento publicada en esta editorial. También en Rialp ha publicado, entre otros, El sentido cristiano de la riqueza, La aventura divina de María, Aprender a madurar y El placer de ser libre.

(email: a.fuentesmendiola@gmail.com)

ANTONIO FUENTES

El placer de ser libre

Temple y dominio



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

El placer de ser libre. Temple y dominio

Fuentes Mendiola, Antonio

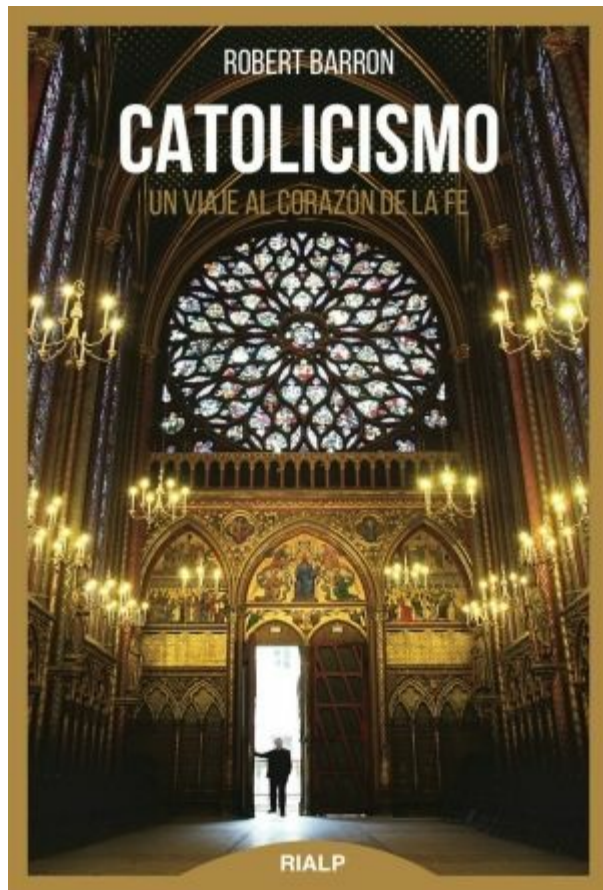
9788432143342

248 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dios, al crearnos, ha querido que seamos felices. Pero, ¿lo somos de verdad? Muchos disponen de casi todo, pero se sienten desgraciados. Otros pasan necesidad, y parecen felices. El secreto de una vida más feliz no está en disponer de más cosas, sino en usarlas con temple y dominio. Tenemos como modelo a Jesús de Nazaret. De su libertad de espíritu y de su grandeza de corazón aprenderemos a valorar más el ser que el tener. Viviendo como Él, sin antojos y sin crearnos necesidades, seremos más libres y también más felices. ¿Cabe mayor placer?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Catolicismo

Barron, Robert

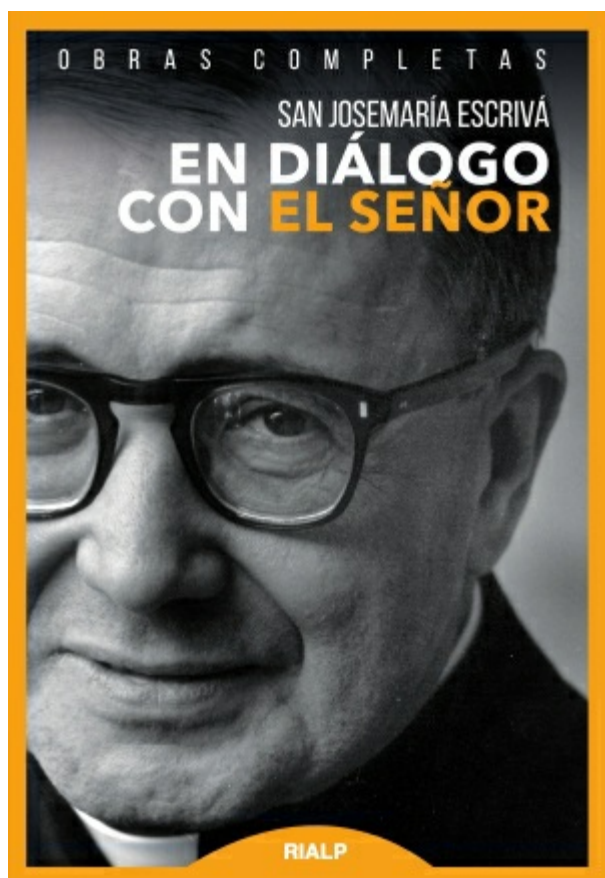
9788432148484

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué es el catolicismo? ¿Es solo una tradición que ha logrado mantenerse viva durante más de dos mil años? ¿Es una visión del mundo? ¿Una forma de vida? Robert Barron comienza a explicarlo desde los cimientos: el nacimiento de Cristo, su vida y sus enseñanzas. Desde ahí, va presentando los elementos que definen el catolicismo -los sacramentos, la oración, la Virgen María y los santos, la gracia, el cielo y el infierno, etc.- de la mano del arte y de la literatura, de la filosofía, la teología y la historia, introduciendo algunos relatos personales. Catolicismo es un viaje íntimo, que capta "lo católico" en toda su belleza y profundidad mediante un lenguaje contemporáneo y accesible. Ha sido ya leído por cientos de miles de personas en todo el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

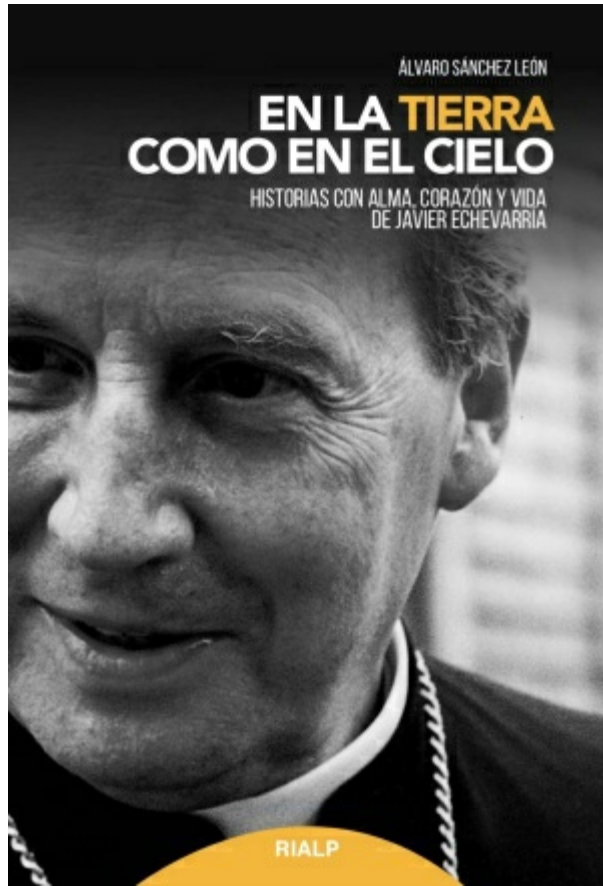
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CITA	3
CRÉDITOS	4
ÍNDICE	5
PRÓLOGO	6
PRIMERA PARTE. VENCER EL MIEDO	8
1. MIEDO A DECIDIR	10
2. MIEDO AL COMPROMISO	19
3. MIEDO AL RIESGO	29
4. MIEDO AL FRACASO	34
5. MIEDO AL FUTURO	38
SEGUNDA PARTE. ARMARSE DE VALOR	43
1. CON LA FUERZA DE LA VIRTUD	48
2. DE LA MANO DE LA PRUDENCIA	52
3. PASOS PARA DECIDIR BIEN	56
4. CONTAR CON LA EXPERIENCIA	62
5. PEDIR CONSEJO	69
6. LIBERTAD PARA DECIDIR	73
TERCERA PARTE. DECIDIR CON SENSATEZ	77
1. ACTUAR EN CONCIENCIA	81
2. FIDELIDAD A LOS COMPROMISOS	89
3. CRECERSE EN LA DIFICUTAD	97
4. RECTIFICAR ES DE SABIOS	106
5. UN FUTURO DE ESPERANZA	114
AUTOR	121